

ediciones al
margen

pavesas

rafa rius

Pavesas

Rafa Rius

Ediciones Al Margen
Valencia, 2022

EDICIONES “AL MARGEN”. Nº 29

Edita: **Ediciones Al Margen**
C/ Palma, 3 bajo izq.
Tel. 96 392 17 51
46003 VALENCIA

Portada: Foto del autor (*Pavesas*)

Contraportada: Foto de un óleo de Marisa Juan (*Niños saharauis*)

Imprime: Grafimar, S. Coop. V.

Dep. Legal: V-1293-2022

ÍNDICE

Pavesas	09
Akrasía.	11
Apuntes sobre la violencia (una vez más)	13
Beautiful losers.	16
Blade Runner: time to die	18
China en el Caribe.	20
Como atún en almadraba.	23
¿De qué demonios estamos hablando cuando decimos populismo?	26
Desafección	28
Deus ex machina	30
Dulce Navidad de pandemias	32
El eufemismo falaz de la "Unión Europea"	34
El final de los tiempos	36
El hermoso país de los Pirineos	38
El mundo es de todos	41
El novísimo PP: chistes viejos con caras viejas	44
El Premio Genocida de la Paz	46
Esperando el solsticio	49
¡Estamos creciendo!	51
Estocástico	54
Factor de inevitabilidad	56
Foucault y la biopolitica	58

Frivolidad informativa	60
Google Street View como paradigma de control	62
Hatajo de canallas.	64
<i>Homo sacer</i> en el Tarajal	66
LGTBIQMNÑOP	69
La cuadratura de los círculos	71
La estrategia del miedo	73
La Palma de nuestro martirio cotidiano	75
Lañas.	77
Le cimetière marin	79
Ley de Desmemoria Histórica Democrática	81
Libre te quiero: en el Día del Orgullo.	84
Lo que el viento de la pandemia se llevó (y lo que nos dejó)	86
Los lechos de Procusto	88
Malditas fronteras	90
Municipalismo y anarquía: insumisos al poder estatal	93
iOh, aquella gran amistad frustrada!	96
Où sont les neiges d'antan?	99
Pandemia y cambio climático	101
Pandemia y sumisión: reflexiones pandémicas	103
Por boca ajena	105
Prensa y Poder	107
Presente eterno: el mundo es ancho y ajeno	109
Qui lo sa!	111
¿Réquiem por la comunicación interpersonal?	113

Resiliencia y procastinación obligada.	115
Retórica y poliacroasis.	117
iSaquemos la Religión de las escuelas!	119
Scripta manent verba volant	122
Silencio y algarabía	124
Tiempo y reclusión: reloj no marques las horas.	127
Time goes by... (De generaciones)	129
Trampas y miserias del lenguaje “político”	132
Trapecio.	135
Tren.	137
Va, pensiero, sull'ali dorate	140
Vidas ejemplares: comisario Villarejo	142
“Viva la comunicación, abajo la telecomunicación”	145
Yo zoi ejpañó, ejpañó, ejpañó.	148

PAVESAS

Pavesas, o lo que es lo mismo, las brasas, los resquicios que quedan tras la hoguera. El fuego que permanece dormido pero que en cualquier momento puede volver a manifestarse. Tómese como se quiera, en sentido literal o metafórico, esas médulas que han gloriosamente ardido, en palabras de Quevedo, siempre dejan jirones de memoria de lo que fueron.

Descreo de las autobiografías y las memorias desmemoriadas que suelen estar plagadas de narcisismo, autocomplacencias y piadosos olvidos. La memoria acostumbra a ser selectiva y tiende a recordar, convenientemente maquillado, lo que nos ennoblece y a abandonar en el ancho campo del olvido aquellas evocaciones que nos provocan vergüenza, desazón, desasosiego, ansiedad...

Muy pocas personas de las que cuentan su vida en visión retrospectiva, son sinceras; las más de las veces tienden a edulcorar o directamente ignorar aquellos momentos en que no quedaron en buen lugar, en los que sus actos pusieron de relieve sus mezquindades, sus cobardías, sus vilezas o sus más notorias miserias.

Me fío más de aquellos retales de pensamiento que reflexionan sobre lo que hay y que dan cuenta de los múltiples aspectos parciales que, situados sobre las coordenadas del espacio y el tiempo, conforman una cierta visión fragmentada del mundo, tan subjetiva como cuestionable pero que puede abrirnos otras perspectivas a la hora de transitar a través del caleidoscopio laberíntico y sombrío en el que habitamos.

Nunca fui amigo de los sistemas pretendidamente exhaustivos de pensamiento. Siempre me resultaron más provechosos para despertar ecos y sugerencias para la introspección, pensadores como Wittgenstein o Cioran cuando desgranan sus reflexiones a través de breves fragmentos de sus cavilaciones.

Así las cosas, mi percepción del mundo no se ha construido en ningún caso de manera sistemática, siempre ha sido narrada a partir de fragmentos de las distintas capas de realidad que iban llegando hasta mí. Cuando hablo de caleidoscopios y laberintos, no se trata de metáforas gratuitas sino de mi forma de percibir el caos más o menos organizado según va irrumpiendo en mi cotidianidad. Por eso, los distintos textos, están secuenciados de manera totalmente arbitraria.

Por otra parte, ahora ya no se escriben y reciben cartas al estilo del XIX o incluso del XX. Nos hemos quedado sin interlocutores, sin espacios interpersonales para la reflexión escrita y comunicada. En la sociedad cibernetica los mensajes escritos son necesariamente breves y por lo general banales. Tuiter o Guasap, con su número limitado de caracteres imponen su ley de manera casi absoluta, así que sólo queda el recurso a esta especie de cartas abiertas, dirigidas específicamente a cada uno de sus lectores y que ojalá obtengan algún tipo de respuesta porque la comunicación nunca debería ser unidireccional: un emisor sin receptor suele resultar patético.

Entonces, en las noches en que la humedad que viene del mar no me deja dormir, escribo estos mensajes de naufrago y los meto en imaginadas botellas con destinos inciertos y pienso en esos otros yoes que fui cuando los escribía, mientras la memoria se pierde en los meandros del recuerdo.

¿Qué más me es dado desear? Mis viejos hábitos tan recurrentes y mi vida deslizándose tranquila hacia la muerte y la nada: "... nadar sabe mi llama la agua fría / y perder el respeto a ley severa."

Quevedo dijo y yo me apunto.

Akrasía

Poco que ver con la acracia. La acracia tiene que ver con lo social, la akresia con lo individual. Aristóteles en el libro VII de su Ética a Nicómaco, la viene a definir como el deseo que vence a la razón. Dejarse llevar por la akresia, supone actuar haciendo aquello que nos apetece por encima de aquello que razonablemente pensamos que nos conviene y es lo correcto. Si somos golosas, comeremos productos que contienen azúcar aunque sepamos que no es sano o podamos acabar diabéticas. Si nos gusta el alcohol, beberemos aunque acabemos con el hígado hecho gelatina. Si en cambio nos resistimos a ello, actuaremos según lo que se supone moralmente adecuado.

Sin embargo, caer en el reduccionismo moral de analizarlo siempre en términos de absoluta coherencia binaria (Akresia = vicio, enkrateia o continencia = virtud) supone que el deseo siempre nos lleva por el mal camino y por el contrario, seguir los dictados de la razón, siempre resulta éticamente correcto. ¡Aventurada suposición, pardiez! ¡Cuántas veces hemos podido comprobar que seguir nuestro deseo, además de proporcionarnos placer, nos conduce a lo mas conveniente para nosotras! ¡Cuántas veces racionalizar en exceso determinadas conductas nos lleva inexorablemente a meter la pata!

Pues bien, si el concepto de akresia que, como hemos dicho, pertenece al ámbito de lo individual, cometemos el atrevimiento de extrapolarlo al terreno de lo social, nos podemos encontrar con curiosas consecuencias. Si tenemos en cuenta que en nuestra aldea global, los beneficios del crimen organizado en las diversas mafias –tráfico de armas, de personas, de drogas y blanqueo de capitales, principalmente- superan los de la mayoría de las quinientas primeras empresas clasificadas en el ranking de la revista

Fortune y que muchas de estas empresas mantienen además una fluida relación de cooperación con los distintos grupos mafiosos, comprobaremos que, en la actualidad, la nítida línea que según los pensadores clásicos separaba el vicio de la virtud, el bien del mal, va poco a poco adelgazándose hasta llegar a difuminarse por completo.

Si a ello le añadimos que numerosos miembros de los diversos Estados, con sus diferentes fórmulas de Gobierno, son en buena parte cómplices cuando no colaboradores entusiastas y beneficiarios de esas actividades supuestamente ilícitas, podemos llegar a la conclusión, empañada y lastrada por un comprensible pesimismo, de que poco margen queda para la acción individual o de pequeños colectivos sin acceso a los grandes ámbitos de decisión. Y que nadie venga con el cuento de las posibilidades de la acción parlamentaria en los diversos Poderes Legislativos cuando estamos hartas de comprobar la inanidad de unos Parlamentos convertidos en teatrillos fuleros incapaces de implementar leyes que beneficien a las personas más necesitadas de ello.

En cualquier caso, más allá de la akrasia y como salida de la razón práctica (qué hacer), por imperativo ético habría que seguir al pie de las diversas barricadas, cuando lo único que poseemos con alguna certeza es tiempo y aún así, no sabemos hasta cuando.

Apuntes sobre la violencia (una vez más)

Siempre que se analiza algún conflicto, sale a relucir el tema de la violencia como uno de los elementos polémicos del discurso, llegándose a utilizar la respuesta popular en situaciones tan distintas como las de Grecia, Italia, Francia o Portugal para apoyar la tesis que más convenga en cada momento. Dejando a un lado a los cofrades del pensamiento binario (buenos – malos, violencia – pacifismo), enemigos por lo general de cualquier tipo de matices y sutilezas y que no suelen aportar nada relevante a la cuestión que nos ocupa, quizás sería conveniente empezar por centrar el tema en el concepto mismo.

Así pues, ¿De qué hablamos cuando hablamos de violencia? ¿Podemos hablar genéricamente o tal vez sería preferible hablar de violencias, en plural, y especificar en cada caso los orígenes, las dimensiones, el alcance y el recorrido de esa violencia? ¿Es comparable la violencia impune y prepotente que ejerce Estado con la de aquellos que pelean por no perder su casa o defender su puesto de trabajo?

En cualquier caso, el correlato habitual de cualquier conflicto es la sensación de impotencia de aquellos que pensaban que esa alteración de la normalidad patológica vigente podría ser aprovechada para implementar una serie de cambios en el sentido de una mayor justicia social. Al comprobar que no sólo no es así sino que más bien suele ser al contrario, se produce un sentimiento de frustración recurrente que puede llevar a tergiversar los heterogéneos elementos a analizar con vehementes apreciaciones emocionales que en nada ayudan a clarificar el debate.

De entrada, cabría establecer una premisa: por sí mismos, ni el pacifismo ni la violencia aseguran una evolución dialéctica y esclarecedora que nos permita dilucidar las claves de un determinado conflicto y resolver la situación.

A lo largo de la Historia tenemos sobrados ejemplos del fracaso de ambas opciones.

La acción social no violenta suele ser contemplada con disciplincia por el poder establecido, convencido éste de que detenta el monopolio de la violencia, seguro de que siempre tendrá una mayor potencia militar que en cualquier momento puede sacar a la calle y convertir sus “misiones de paz” en misiones de guerra social. Es frecuente poner como ejemplo de los logros políticos del pacifismo la actuación de Ghandi en el proceso de independencia de la India, pero se obvia en esas ocasiones el que los británicos estaban ya en proceso de liquidación de su imperio colonial, que el propio Ghandi murió víctima de la violencia que supuestamente rechazaba, así como el hecho de sus frecuentes contradicciones militaristas durante la 2^a Guerra Mundial y sus manifestaciones racistas –y por tanto violentas- mientras vivía en Sudáfrica. Así y todo, aún con sus contradicciones a cuestas, no se conoce ningún otro caso histórico en que la militancia no-violenta haya influido a la hora de modificar sustancialmente una determinada circunstancia socio-política.

Por lo que se refiere a la llamada violencia revolucionaria, si atendemos así mismo a la Historia, la situación en cuanto a resultados, no parece mucho mejor. La Revolución Francesa abrió las puertas a la burguesía y el capitalismo, la Revolución Rusa al Estalinismo, la Revolución Cubana, más allá del gran logro de expulsar a un sanguinario dictador como Batista, ofrece en la actualidad un panorama con tantas luces como sombras... tan sólo en China la victoria militar revolucionaria parece haber servido para descubrir un nuevo engendro: el capitalismo comunista, aunque quizás para este viaje no hubieran hecho falta alforjas revolucionarias...

En cualquier caso, cuando frente a cualquier conflicto nos planteamos el eterno dilema de cómo afrontarlo, surge inevitablemente la disyuntiva de la acción no violenta o violenta. Visto que ninguna de las dos opciones ofrece garantías de éxito, sólo se me ocurren dos reflexiones al respecto. En primer lugar, contextualizar la situación adecuadamente porque no hay una panacea válida y universal: cada espacio de lucha, en cada momento, requerirá una determinada respuesta que inevitablemente debería ser consensuada por todos los que participen en ella, procurando huir como de la peste de vanguardias de *iluminados* que nos indiquen el camino a seguir. En segundo lugar, no condenar ni estigmatizar ninguna forma de lucha. Podremos estar de acuerdo o no frente a una determinada manera de entender la acción social pero, cuando la impotencia nos invade, cuando oímos repetir hasta el cansancio que “esto es lo que hay” y que vivimos en el menos malo de los mundos posibles, todo aquel que se rebela de la forma que estime más conveniente frente a la iniquidad de una sociedad como la que nos ha tocado vivir es merecedor de respeto.

Beautiful losers

Hermosos vencidos. Tomo prestado a Leonard Cohen el título de una de sus novelas para adjudicárselo ahora mismo a los resistentes del Forn de Barraca contra la ampliación de la V-21 de entrada a València, pero también a los combatientes de Fraguas contra la despoblación y el abandono o a los vecinos de La Punta que lucharon contra la destrucción de su hábitat secular por la maldita e inútil Zona de Actuación Logística del Puerto de Valencia... y a tantas y tantas otras luchas de tantas y tantas otras personas que, aun conscientes de su inferioridad de fuerzas frente al Leviatán que intentaba someterlas, han venido manteniendo una resistencia heroica y ejemplar.

Lejos de ingenuidades improcedentes, el mantener una lucha aun siendo conscientes de una derrota segura aunque nunca definitiva, tiene dos explicaciones fundamentales: el mantenimiento de la propia dignidad y el ejemplo para quien viene detrás. El mantenimiento de la propia dignidad porque nadie debería poder seguir viviendo en armonía consigo mismo sin ser fiel a sus convicciones, sin defender hasta las últimas consecuencias aquello que considera justo y cabal; y el ejemplo, porque más allá de las palabras, tantas veces vacías, sólo queda aquello que los viejos libertarios llamaban “la propaganda por el hecho”, es decir, aquellas acciones ejemplares que, observadas y analizadas por otras personas, puedan incitar a imitarlas.

Es un combate lento, hecho de cientos de micro conflictos que han venido llenando nuestra historia reciente. Nadie piensa - excepto algún político parlamentario, pretendidamente ingenuo - en heroicas conquistas de palacios de invierno ni asaltos a unos cielos inexistentes. Lo que nos muestra la realidad cotidiana es

un largo y tortuoso camino, hecho de pequeñas pero abundantes y fecundas experiencias liberadoras que, más allá de sus eventuales derrotas, dejan un poso de ejemplo, de anhelo de continuidad y perspectivas de un futuro diferente.

Frente al brillo de oropel de los horteras triunfadores, insaciables engreídos ahítos de una necesidad que oculta su sentimiento de inferioridad, disimulado en su fe en el “tanto tienes, tanto vales” ; frente a tantos impunes estafadores de lo público que disfrutan vergonzantes de sus miserables trapicheos mientras transitan sus vidas inanes y malgastan sus energías en eludir una justicia que siempre se mostrará comprensiva con sus saqueos; frente a tantos políticos ineptos que a diario traicionan y se traicionan a sí mismos negando lo que ayer afirmaban y mintiendo de continuo y sin rubor alguno a quienes dicen representar; frente a unos valores sociales dominantes que hacen del triunfador - siempre entendido como aquel que más posesiones materiales acumula- el modelo de referencia a imitar...

Frente a todo ello, frente a tanta envilecida fealdad triunfante, siempre quedará la belleza inmarcesible de los hermosos vencidos.

Blade Runner: time to die

En noviembre de 1982 llegó a los cines 'Blade Runner' (Cazarecompensas) la cinta de Ridley Scott que acabó por convertirse en objeto de culto cinematográfico. Adaptaba libremente la novela "¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?" de Philip K. Dick y mostraba una visión del futuro de la ciudad de Los Ángeles en el noviembre del año 2019.

Pues bien, ya hemos sobrepasado con creces noviembre de 2019. Mientras sigamos vivos es obvio que todo futuro acaba por atraparnos y cualquier ficción acaba por dejar de serlo. Lamentablemente, hasta las más terribles distopías producto de la imaginación, acaban por quedarse cortas ante la realidad histórica y terminan revistiéndose de un despiadado barniz naïf. De la misma manera que "1984" de Orwell ya había dejado muy atrás sus previsiones catastrofistas de control social a la altura del año 1984 y su malvado Gran Hermano, había sido degradado a programa de telebasura, y ya resultaba un tierno corderito al lado de los mecanismos de vigilancia e intervención puestos en marcha a la sazón por los distintos poderes, también en el 2019 de Blade Runner la fecha se ha visto desbordada en muchos casos por la realidad de ahora mismo.

Comparando nuestro 2019 con el 2019 que nos muestra Blade Runner, vemos que acierta en algunos de los aspectos más importantes de sus predicciones. Es bien cierto que todavía no contamos con coches voladores ni parece que a corto plazo vayamos a colonizar otros planetas, pero de otro lado, esa mezcla extraña de idiomas –la neolengua- con la que se comunican sus personajes nos puede parecer más próxima al galimatías de emoticonos y abreviaturas que colonizan nuestras pantallas y constituyen ele-

mentos definitorios de nuestros hábitos de relaciones interpersonales. Por otra parte, la bioingeniería avanza cada vez más deprisa y contamos con unos robots cada vez más sofisticados, más en su papel de androides replicantes y por último, pero no en último lugar, esa atmósfera sucia, ominosa, que se palpa en la película tras un apocalíptico desastre ecológico, nos resulta cada vez más familiar ante nuestro desastre ecológico más inminente y cotidiano.

El problema bíblico de predecir un Armagedón a plazo fijo, como muy bien saben ciertas sectas cristianas, es que una vez cumplido el plazo sin que nada ocurra, siempre tienen que acabar rectificando con lo que ello supone de desgaste para sus atributos proféticos. Con las predicciones literarias ocurre algo similar, con la notable ventaja a su favor de que nunca traspasan las reconocidas fronteras de la ficción y además no pretenden engañar a nadie vendiendo su producto ilusorio y embaucador.

El año 2019, el de la temible distopía de *Blade Runner*, ha sido también el de la muerte de Rutger Hauer, el gran actor que interpretaba a Roy Batty, el replicante obsesionado por su mortalidad y herido por el tiempo, quien moría sentado en una terraza desvencijada y decadente, acariciado por la lluvia, con la mano atravesada por un clavo y pronunciando el monólogo más citado de la ciencia-ficción contemporánea:

“Yo he visto cosas que vosotros no creeríais. Atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser”.

Ahora mismo podríamos añadir: “He visto cosas que vosotros no creeríais, he visto dos años de pandemias y confinamientos y bombardeos mediáticos al respecto”, a pesar de lo cual, todos esos momentos que ahora se nos antojan eternos, “se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia”.

China en el Caribe

Ha muerto el peso cubano convertible –requiescat in pace. En Cuba, a partir de la desaparición de la URSS y el re-crudecimiento del embargo estadounidense y con ello el comienzo de lo que se denominó con desafortunado eufemismo *periodo especial*, que no fue sino una grave crisis económica y social que propició que existiese desde 1994 hasta hoy, lo que podríamos denominar esquizofrenia monetaria, transformada en esquizofrenia social, con personas que cobraban y vivían en precario con pesos cubanos, y una minoría de privilegiados del régimen así como todo lo relacionado con el turismo y el export-import, que vivía con el peso convertible equivalente a un dólar. A partir del uno de enero de 2021, eso se acabó.

En un mensaje televisado, el presidente Miguel Díaz-Canel ha dicho que el Partido Comunista había decidido empezar el “proceso de unificación monetaria y cambiaria y el resto de las necesarias transformaciones que lo acompañan (...) como un paso decisivo en el ordenamiento monetario del país”.

Con la reforma, anunciada por Díaz-Canel, flanqueado por Raúl Castro, líder histórico del Estado cubano, la isla pasará a tener una sola moneda, el peso cubano, cuya tasa de cambio se ha fijado en 1 US\$ = 24 pesos.

Esto supondrá de facto una drástica devaluación de la moneda cubana y los expertos alertan de los más que probables efectos colaterales ya que todo apunta a que la demanda de dólares se va a disparar.

La reforma monetaria había sido una demanda durante años de la mayoría de expertos económicos y las autoridades cubanas habían insinuado en varias ocasiones que el peso convertible ter-

minaría por desaparecer, pero no queda nada claro que la actual reforma sea la más conveniente para los intereses de la mayoría de la población que malvive con salarios de miseria en pesos cubanos.

En cualquier caso, el anuncio llega en uno de los momentos más difíciles para la economía cubana, en lo que se vislumbra como un nuevo *periodo especial*, con la isla golpeada por la caída del turismo provocada por la pandemia de covid-19, la larga crisis de Venezuela, que la había apoyado durante años, y el endurecimiento del embargo estadounidense en la era Trump, entre otros factores.

En estas circunstancias, no se descarta que Cuba viva un proceso de devaluación de su moneda que acentúe un comportamiento cada vez más frecuente entre los cubanos: la búsqueda de dólares, con lo cual, estaremos en las mismas: una economía oficial y otra real.

Entre 1995 y 2004, el dólar fue de curso legal en Cuba. El gobierno cubano permitió su uso con la intención de mitigar la escasez de divisas que lo acuciaba.

Cuando en 2004 se aprobó el peso convertible al valor del dólar, muchos economistas lo interpretaron como un intento del Estado de recaudar los dólares que circulaban por la isla. Así se generó un tipo de cambio sobrevaluado que ha distorsionado la contabilidad nacional desde entonces. Hasta las empresas estatales operaban también en pesos convertibles, lo que impide calibrar realmente su viabilidad.

Y es que, aunque los expertos la consideran una medida imprescindible para sanear la economía cubana a largo plazo, en un futuro inmediato la desaparición del peso convertible supondrá una terapia de choque que puede resultar inviable para una mayoría de los habitantes de la isla, acostumbrados a tener que hacer largas colas para obtener los productos más esenciales y a subsistir con salarios que rondan los 30\$ al mes.

El gobierno ha anunciado que subirá los sueldos sin concretar cuánto ni cuando, pero aún así es previsible que la devaluación masiva del peso cubano lleve, al menos en los primeros meses, a lo que califican de “estampida inflacionaria”, una subida acelerada de los precios, ya que al reducirse al mínimo la llegada de turistas al país, lo ha hecho también la entrada de divisas.

El cubano de a pie ya está sintiendo los efectos de la escasez de dólares. En los últimos meses, el gobierno ha ido abriendo tiendas dolarizadas que están mejor abastecidas que las que admiten pesos cubanos, la moneda que maneja la mayoría.

Consecuencias a medio plazo: La China caribeña. Los economistas de mercado señalan que la ordenación monetaria era un paso necesario, pero ya amenazan con que sólo funcionará si se acompaña de otras reformas que liberalicen la economía y la hagan eficiente. Lo dicho: pretenden crear una China en el Caribe: Control político férreo por parte del Partido Comunista Cubano y liberalismo total en lo económico, con lo cual, como en el caso de China, se creará una casta privilegiada de mega ricos y un abismo social que condenará a los más pobres a una precariedad sin esperanza.

El Presidente Díaz-Canel dijo en su alocución que en la Cuba socialista “no habrá terapias de choque para el pueblo”, a pesar de lo cual, en lo que prácticamente todos coinciden es en vaticinar un horizonte difícil para los habitantes de la isla. Una isla dotada de un régimen que tantas simpatías y esperanzas había despertado, con incuestionables logros en educación o sanidad, abocado a repetir el proceso chino, como la manera más rentable para los grandes tiburones del Capital de controlar un Estado.

Tanto da que sea en Extremo Oriente como en el Caribe.

Como atún en almadraba

Somos atunes en la almadraba, nos movemos como peces en el agua llevados por nuestro aparente libre albedrío, pero, de pronto nos topamos con una red que nos impide seguir nuestro camino. No importa, damos la vuelta y seguimos nadando felices hasta que nos encontramos de nuevo con la red, pero como somos peces y tenemos, como quiere el tópico, memoria de pez y no poseemos memoria histórica ni de la otra, seguimos dando la vuelta una y otra vez hasta que nos izan para convertirnos en un bocadito de sushi.

En esta sociedad poscibernética de 5G y multimillonarios aburridos de turismo en el espacio exterior, no es casual que el espacio virtual se conozca como "redes". Redes de nodulos interconectados pero también de las otras, de las de almadraba, en las que nosotros, atunes sumisos y obedientes, establecemos nuestros diálogos de besugos y nadamos confiados en que gozamos de libertad de movimientos cuando en realidad lo hacemos en un espacio reducido y acotado en el que nuestras libertades acaban donde empieza la red. Qué más les da, en ese espacio reducido y controlado, nos han vendido la moto de que tenemos acceso -siempre que dispongamos del capital suficiente- a todo tipo de mercancías y bienes de consumo (en su mayoría perfectamente prescindibles) que harán de nuestra vida una suerte de paraíso en la tierra.

Por otra parte, como remate y jugada maestra, nos han metido el miedo en el cuerpo ofreciéndonos seguridad, contándonos que más allá de la red de redes pululan los tiburones más sanguinarios, pero se han callado que buena parte de esos tiburones ya están dentro de la almadraba y además son unos tiburones tai-

mados cuyas dentelladas silenciosas nos devoran sin que apenas nos demos cuenta.

Por si eso fuera poco, las circunstancias siempre parecen operar a su favor, siempre parecen encontrar nuevas coyunturas para mantener e incrementar la sensación de miedo, ese miedo que nos hace dóciles. De otro lado, el pánico es un terreno propicio a todo tipo de cábalas y rumores que se propagan como el fuego en una pradera seca. Hasta en situaciones tan infaustas como una pandemia, encuentran motivos y oportunidades para poner en práctica nuevos mecanismos de control social e individual; y qué miedo más efectivo, universal y paralizador que el miedo a la muerte.

Así que aquí estamos, más acobardados que indignados. Frente a ese miedo a la muerte, cualquier sacrificio nos parece poco e incluso las transgresiones a lo políticamente correcto en tiempos de pandemia están codificadas y son inocuas para el poder porque entran de lleno en el campo de la estupidez colectiva, tal como la celebración de un botellón o de un triunfo (¿?) deportivo.

Así pues, ¿por qué decimos negacionismo cuando en muchas ocasiones deberíamos decir disidencia? Y no estoy hablando de ese puñado de descerebrados filofascistas que no saben hacer otra cosa que calumniar, insultar y lanzar exabruptos zafios contra todo aquel que no trague sus ruedas de molino ni tampoco de esos gurús esotéricos que prometen la salvación salutífera absoluta. No, estoy hablando de esa mayoría silenciosa y sumisa que escucha y asiente a todas las palabras puestas en boca de Pablo Simón y compañía, como si fuera la palabra revelada de una nueva biblia sanitaria y social.

Estamos de nuevo ante otro caso de pensamiento simple y binario propio de nuestra posmodernidad: o conmigo o contra mí, o con mi ciencia o con la superstición; no se admiten matices ni sutilezas y cualquier forma de pensamiento crítico y disidente es considerada como una traición inaceptable y responsable directa de todas las desgracias que nos agobian.

¿Negacionismo? ¿Alguien en su sano juicio puede negar a estas alturas, que estamos viviendo y muriendo en medio de una terrible pandemia con su secuela de trágicas consecuencias sanitarias y socioeconómicas? Pero, de igual modo, ¿Alguien puede negar que ahora, tal vez más que nunca, se hace necesario un pensamiento crítico que desvele las trampas del poder y sitúe la pandemia en su justo contexto?

Puestos a matizar, no sería desdeñable que tomáramos en consideración el hecho de que, como nos recordaba Guy Debord hace más de 50 años, vivimos en la sociedad del espectáculo y en ella, todo, hasta lo más trágico, deviene en parte pura representación.

De igual manera que durante la pandemia ha seguido aumentando el número de millonarios en igual medida que el número de personas precarias y el abismo social es cada vez más insosnable y que la maldita pandemia ha devenido ocasión de negocio para aquellos que desconocen cualquier tipo de escrúpulos y el dolor ajeno les resulta, eso, ajeno, existen también personas lúcidas y poseedoras de ese bien tan escaso que antaño se llamaba sentido común, que desde la sensatez de un pensamiento crítico, sin perderse en la inextricable maraña de unas estadísticas que ocultan más que muestran y sin dejarse llevar por el circo mediático de continuos despropósitos, pretenden aprovechar tan infustos momentos como los que estamos viviendo, para explorar una salida que sirva para aprovechar las enseñanzas y potenciales conclusiones útiles que las secuelas de tan trágicos tiempos vayan consintiendo.

Así pues, quizás sería bueno dejar el sistema binario para la informática: (0 ó 1 – planteamiento oficial o negacionismo) y exatriarnos en reflexiones abiertas a todo tipo de matices que nos permitan desvelar algunas de las incógnitas de una situación no tan insólita como quieren hacernos creer.

En cualquier caso, bueno sería seguir en la brecha, pertrechados con una racionalidad crítica que nos permita ir más allá de las negras tormentas que agitan los aires. Ya decía Bertolt Brecht que los grandes cambios siempre empiezan en un callejón sin salida.

¿De qué demonios estamos hablando cuando decimos populismo?

*Un filósofo dijo: el populismo se combate con menos populismo.
Y yo me pregunto ¿El boludismo, con qué se combate?*

Anónimo argentino

En cada contexto sociohistórico existen palabras contaminadas por la ambigüedad y la moda. En nuestras sociedades la palabra “populismo” es una de ellas. Su indefinición y su polivalencia, la hacen útil tanto para un roto como para un descosido. Su vaguedad y su imprecisión llegan hasta tal punto que mantiene un alto grado de sinonimia con el término “demagogia”, dentro de un tono escasamente descriptivo y sí claramente despectivo y descalificativo, y al parecer eso no sirve para advertir a quienes la utilizan que ellos mismos caen con su uso en una actitud claramente manipuladora y por tanto demagógica y populista.

Según estos finos analistas, el discurso (¿?) de Trump o el de Le Pen son populistas en la misma medida que los de Podemos o Shiriza. De Beppe Grillo ya, ni hablemos. ¿Qué tienen en común todos ellos?, ¿Qué pretenden explicarnos al designarlos a todos con tan inabarcable concepto? Al parecer no se detienen en cuestiones nimias como el hecho de que unos estén por mantener el *statu quo* social imperante, defendiendo los intereses del poder financiero, o, por el contrario, otros aspiren a cambiar radicalmente el Sistema social vigente. En el caso de eso que llaman España, lo único que parece obvio es que todo lo que no sea PP o PSOE, es populismo.

Las continuas -y constatables en hemeroteca- mentiras y manipulaciones del PP en las últimas legislaturas o las del PSOE en otras más remotas, no resultan populistas porque provienen de partidos del *establishment* y por tanto son políticamente aceptables. Desde ese punto de vista, ¿No es populista un PP que lleva la denominación de Popular hasta en el mismo nombre del partido y que siempre ha ignorado las necesidades del pueblo llano? ¿No lo es el PSOE cuando en su acontecer político su supuesta condición de Socialista y Obrero no se ha visto por ninguna parte? A pesar de ello, ese parece ser el discurso dominante en los medios. El populista, como el culpable, siempre es el otro.

Por otra parte, debería resultar obvio que los partidos de ultraderecha no son rechazables por ser populistas -sea ello lo que fuere- sino, yendo a lo concreto, por su nazionalismo, su xenofobia, su misoginia, su homofobia... Del mismo modo, partidos autoproclamados de izquierdas, resulta de todo punto inaceptable que sean metidos en el mismo saco bajo la etiqueta nebulosa del populismo ¿Cuáles son las razones que han llevado a Shiriza a transigir con las imposiciones de la Unión europea? ¿Qué hay de cuestionable en la actuación de la alcaldesa de Roma, perteneciente al Movimiento Cinco Estrellas? ¿Por qué Podemos ha abandonado su primitiva estructura horizontal de Círculos para devenir una pirámide de poder? ¿Qué hay de cierto en estos planteamientos? Ese tipo de preguntas son las que deberían guiar nuestra reflexión en contextos históricos, geográficos y políticos tan diversos en los que a la hora del análisis se hace necesario contextualizar, concretar y matizar. De nada sirven las descalificaciones genéricas y confusas, para nada inocentes, de no ser para fortalecer las estructuras de poder de aquellos partidos que convienen al Sistema vigente.

Sería bueno que no cayéramos en la trampa de prestar oídos al uso y abuso de palabras comodín como "populismo", que conforman un latifundio semántico que, pretendiendo abarcar tanto y nombrar tantas cosas, en último extremo no dicen absolutamente nada y no sirven para nada que no sea para -una vez más- llevarnos al huerto que les interesa a los que pretenden controlar nuestras vidas.

Desafección

Para el término “desafección” los diccionarios de sinónimos recogen palabras como “malquerencia, rechazo, aversión”, palabras que no captan su esencia; en cambio, para el adjetivo “desafecto” ya afinan algo más cuando consignan: “que no siente estima por una cosa o muestra hacia ella desvío o indiferencia”

Pues bien, en los interminables períodos preelectorales, electorales y postelectorales con que nos agobian, me declaro desafecto a todas esas citas pretendidamente insustituibles para nuestra paz social y personal. No siento hacia ellas malquerencia, rechazo o aversión, pues es bien sabido que cuando te opones a algo con denuedo, sólo consigues darle más sustancia y reforzar su poder. No, simplemente me limito a manifestar hacia ellas mi indiferencia y mi desafección.

Otra de las monsergas con que nos castigan de manera recurrente para mendigar nuestro voto, es la fábula de la importancia de la identidad nacional. Pues bien, teniendo en cuenta que los Estados y las naciones son construcciones históricas que se dan sólo durante un determinado espacio de tiempo y por tanto efímeras, no sé a qué viene esa obstinación en que nos sintamos españoles, catalanes o polinesios, por el simple hecho aleatorio de haber sido nacidos en uno de esos lugares. La insistencia recurrente en la identidad nacional, no parece tener otro objeto que mejorar los mecanismos de manipulación de aquellas personas con baja autoestima o déficit de identidad personal, mediante el recurso artificioso de simular su pertenencia ilusoria a un grupo social en el que puedan sentirse amparadas por una supuesta homogeneidad común.

Así que, cuando, a pesar de todas las precauciones tomadas, llegan hasta mí algunas de las estúpidas falsedades banales con las que los líderes políticos al uso suelen sazonar su discurso, solo

puedo dejarme ganar por el estoicismo y la desafección ante ellas.

A los políticos de derechas no los escucho : mi sistema nervioso no lo consiente. Y cuando escucho algún político de las autocalificadas izquierdas, (esas otras derechas) *hondtamente* preocupado por la Ley d'Hondt, perorar acerca de lo que puede perjudicar(nos)(les) un elevado índice de abstención: ("- iAh!, iojito!, que si no votamos en masa, viene "la derechona", ya que, la política, si no la haces te la hacen") –refiriéndose al parecer con lo de "*hacer política*" al hecho de depositar una papeleta en una urna cada cuatro años- frente a tan obvio sofisma, cabría recordar que en el terreno de juego del sistema vigente - ya sea de alcantarilla o de Parlamento (esa otra alcantarilla)- la política siempre nos la hacen ellos o sus amos, nunca nosotros, a los que no se nos permite hacer otra cosa que votar y callar.

Y de paso, cabría recordar también que existen otros espacios donde las reglas de actuación las consensuan aquellas personas que participan en esos espacios a diario, sin necesidad de delegar en nadie y sin necesidad de tener que esperar cuatro años para otorgar la confianza a alguien que, probablemente y por lo que llevamos visto hasta ahora, acabará traicionándola.

Y eso también es acción política y en mayor grado, teniendo en cuenta que "nuestros sueños no caben en sus urnas".

Deus ex machina

Los antiguos griegos amaban el teatro. Cuentan que cuando en una representación la trama se complicaba y no sabían muy bien como resolver el conflicto creado, aparecía una grúa sobre el escenario; en ella iba subido un actor-dios (dios desde la máquina) que, utilizando sus superpoderes, ponía fin al embrollo en que se encontraba el argumento y solucionaba una dificultad de la trama, ardua de superar con argumentos racionales. Los romanos continuaron con la tradición teatral del *deus ex machina*. Suponía hacer algo de trampa con el guión, pero formaba parte de las convenciones del teatro de la época y la gente, al parecer lo aceptaba sin plantear mayores problemas.

De la misma o parecida forma, en la actualidad, cuando los poderes fácticos o políticos, se meten en un atolladero lógico difícil de justificar y no saben como salir del enredo inadmisible que ellos mismos han creado, teniendo en cuenta que conciben y desarrollan su actividad en buena medida como representación teatral, recurren al truco del *deus ex machina* y así, cualquier arbitrariedad por absurda que parezca, puede ser explicada y admitida; todo es perfectamente justificable, todo vale y gracias a ello, el tinglado de la antigua farsa puede continuar. *The show must go on.*

Uno de los *deus ex máquina* más utilizados en la actualidad es el de la ciencia. Tomando su nombre en vano, la utilizan lo mismo para un roto que para un descosido y la hacen responsable de los más increíbles disparates:

"El Gobierno nunca se atrevería a tomar decisiones sobre temas que desconoce; el Decreto Ley de obligado cumplimiento

que hemos promulgado, se limita a seguir las indicaciones de un comité de expertos científicos".

"¡Oiga, que eso que usted dice no hay por donde cogerlo!

No lo digo yo, lo han dicho unos científicos, doctores *honoris causa* por un montón de Universidades".

Y si cuela, cuela.

¿Quienes, cuando, con que argumentos, en base a qué? Nunca lo sabremos con seguridad porque será *deus ex máquina*- información clasificada.

Cualquier estupidez, cualquier falsedad disfrazada de certeza, puede ser admitida, siempre que cuente con el aval de una supuesta y manipulada ciencia, una ciencia que, bien al contrario, a través de sus mentes más lúcidas, nunca se ha caracterizado por llegar a conclusiones insuficientemente contrastadas y exhaustivamente verificadas, nunca se ha caracterizado por estirar más el brazo que la manga y traspasar alegremente las fronteras de la metafísica.

Junto a un *deus ex machina* que explique lo inexplicable, se busca y sacrifica un chivo expiatorio que cargue con los pecados de la tribu y con esos miembros, se puede salir con bien de cualquier situación por embarazosa y turbia que parezca.

Un dios subido a una grúa, obra milagros.

Dulce Navidad de pandemias

Sabemos que los antiguos romanos conmemoraban la llegada del solsticio de invierno y el aumento progresivo de horas de insolación, con sus fiestas en honor de Saturno – que por cierto está mucho más visible y brillante estos días - (el planeta digo, no el dios). También sabemos que la Iglesia Católica, tras conseguir con Constantino el poder político en el Imperio, se adueñó del calendario y de las paganas fiestas Saturnales -en las que además de ofrecer banquetes y regalos, se celebraban orgías (vade retro Satanás) - para situar en ellas, de manera arbitraria y espuria, el nacimiento de su niño dios.

Hasta aquí nada nuevo, nada que la Iglesia no haya hecho en otras latitudes del calendario, sustituyendo el equinoccio de primavera por la semana santa o el solsticio de verano por san juan. Lo que diferencia la navidad del resto de usurpaciones eclesiásticas del calendario es su descubrimiento, tras la Revolución Industrial y el advenimiento del Capitalismo, de que era la ocasión perfecta para celebrar la gran fiesta del consumismo. La excusa poco importa. Poco importa si en esos días nació dios o su santa madre; el descenso desde remotas regiones boreales hacia el Sur de santa claus o el viaje hacia occidente de unos reyes magos y orientales. Lo que sí importa es celebrar la gran orgía del consumo. Comprar lo que sea de manera compulsiva y por lo general innecesaria, sin otro objeto que cumplir con un ritual impuesto al que nos lanzamos año tras año con total sumisión y con una fruición digna de mejor causa.

Pero he aquí que desde 2020 se ha presentado un invitado con el que no se contaba. El maldito virus ha cambiado por completo las reglas del juego navideño y ha trastocado radicalmente tanto los hábitos sociales como los planes de negocio. A la habi-

tual pandemia navideña que se venia repitiendo año tras año y que, si tal vez no afectaba a nuestra salud física, sin duda afectaba a nuestra salud mental, se ha sumado la pandemia sanitaria con su séquito de restricciones de movilidad, toques de queda y enclaustramientos varios.

Entre muchas consecuencias aciagas y lamentables como la práctica imposibilidad del habitual reagrupamiento familiar y la consiguiente desaparición de momentos navideños tan entrañables como las célebres discusiones entre cuñados, podemos conjeturar que quizás haya algunos efectos positivos. De entre ellos podríamos destacar como muy valiosa la posibilidad de meditar, aprovechando los momentos de soledad, acerca del sentido de celebraciones tan tramposas y artificiosas como esa navidad que nos venden (nunca mejor dicho) todos los años por estas fechas.

Tal vez las mascarillas hayan servido paradójicamente para desenmascarar el juego de trileros navideño.

El eufemismo falaz de la “Unión Europea”

Tras el final de la 2º Guerra Mundial y la formación de la Comunidad europea del Carbón y el Acero, en 1952 y posteriormente, tras el tratado de Roma en 1957, la creación por los mismos países del Mercado Común (posteriormente Comunidad Económica Europea) como unión aduanera de países industrializados, los términos de la ecuación estaban claros: sin dar opción al equívoco, se trataba de un mercado en el que sus miembros buscaban las posiciones más favorables de cara a la economía globalizada que se avecinaba.

Después entró la “alta política” por medio y las cosas empezaron a cambiar. Tras la incorporación de nuevos países: Reino Unido, Grecia, Irlanda, Portugal, España... empezó a crecer la idea -sobre todo a partir de Francia- de crear una entidad supranacional que fuera más allá de lo económico y diera pasos hacia una integración de los distintos Estados en una especie de comunidad federal, un poco al estilo de los EEUU. El apogeo de ese proceso de búsqueda de esa entidad supranacional, se produjo en 2004 con la incorporación de diez estados del Este, anteriormente vinculados al COMECON - el equivalente soviético al Mercado Común- desmoronado en 1989.

A partir de ahí y en contra de lo previsto tras la euforia inicial, comenzó un largo periodo de decadencia de la idea europea que aún no ha acabado; situación en la que las actuales diferencias acerca de como encarar las consecuencias económicas de la actual crisis sanitaria, son una muestra lógica y palpable.

Hay países ricos que desde su integración vienen siendo año tras año contribuyentes natos: siempre aportan más de lo que

reciben; en cambio otros, siempre han recibido más ayudas que el total de lo que han aportado. Y, por simplificar, los Estados ricos se han cansado. Y es que, a pesar de contar con una macroeconomía saneada, tienen en su interior importantes bolsas de pobreza y numerosos problemas sociales; si a ello le unimos el hecho del progresivo auge de los partidos de extrema derecha, xenófobos, nacionalistas y por tanto antieuropeos, la situación se explica por si sola.

En cualquier caso, nada nuevo que no estuviera ya en el ADN de una Unión Europea totalmente sometida a los intereses de los mercados industriales y financieros y que, por lo visto hasta ahora, tiene poco de europea y menos de unión.

Como curiosidad mitológica, cabría recordar que Europa, la hermosa doncella raptada por Zeus que dio nombre al continente, no era europea: había nacido en una zona asiática de la actual Turquía.

El final de los tiempos

Todas las religiones venden apocalipsis a la carta y de las más variadas estirpes. Todas basan su *marketing* en las más diversas escatologías; tienen todas ellas – vaya usted a saber por qué- una especial predilección por las postrimerías de este mundo, ignorando deliberadamente que no hay otro. Para sus cabecillas, vender parcelas en cualquiera de sus paraísos es al parecer una operación inmobiliaria sumamente rentable.

Y aunque todas las religiones cojean del mismo pie, son sin duda las monoteístas, las más conspicuas y contumaces. Las tres tienen como libro de cabecera un Antiguo Testamento que no es sino un relato fabuloso de un terror sin tregua, un escenario controlado con poder omnímodo por un dios vengativo y cruel que deja caer su santa ira sobre cualquier desgraciado a la más mímina supuesta provocación.

Así ha sido siempre a través de la Historia y ahora continúan igual. Mientras machacan sin piedad a sus primos hermanos de religión, invocan a su dios para que los guíe y proteja, porque su dios siempre está de parte de cada uno de ellos y en contra del vecino.

En cualquier caso, la victoria de uno o de otro en sus continuos armagedones, depende de factores en absoluto metafísicos y más bien de orden político-militar.

Una prueba: En estos momentos EEUU-Israel tienen un poder económico y militar infinitamente superior a unos palestinos convertidos desde hace tiempo en los parias del Islam. El Islam de unos países que, más allá de sus retóricas manifestaciones de fe coránica, a la hora de la verdad, están siempre con el más poderoso porque los palestinos tienen poco que vender...

Sin olvidar al cristianismo en general y a la Iglesia Católica en particular que a lo largo de dos mil años bañados en sangre –con aberraciones tan notorias como las cruzadas o la inquisición- han demostrado saber nadar y guardar la ropa. En todo caso, las tres religiones monoteístas, al tiempo que predicen amor y salvación eterna, se machacan sin piedad en nombre de su dios.

Unos siguen esperando la llegada del mesías mientras se dan cabezazos contra un muro disfrazados de enterradores con trenzas, otros esperan el segundo advenimiento rodeados de una caterva milagrosa de cristos, vírgenes y santos y unos terceros predicen con fervor la yihad, convencidos de que la guerra puede ser santa y los llevará sin escalas a un paraíso poblado por 70 huríes por barba (a ellos, claro, porque a ellas, como no tienen barba y no guerrean, no tienen derecho a huríes).

Y entretanto, los parias de cualquier religión o sin ella, siguen sufriendo las consecuencias de tanto despropósito mientras esperan un final de los tiempos que para ellos llegará más pronto que tarde dadas sus precarias condiciones de subsistencia.

Lo que los gurús de toda ralea parecen ignorar es que el meteorito ya ha caído sobre nosotros, dinosaurios frágiles, y la clepsidra de nuestra desaparición como especie ha comenzado a gotear implacable hacia un apocalipsis que nosotros mismos hemos provocado.

Y a partir de ahí, no hay paraíso que valga.

El hermoso país de los Pirineos

El penúltimo escándalo financiero prepandemia, ahora casi olvidado, nos lo proporcionó el Banco Madrid, filial de la Banca Privada d'Andorra. Al parecer existían fundadas sospechas de que -¡Oh sorpresa!- se estaba utilizando para blanquear fortunas procedentes de actividades delictivas. Lo que sigue es de manual: en cuanto se filtró la noticia de la investigación, los clientes acudieron en masa a por su dinero y el banco, de acuerdo con la autoridad monetaria, se vio obligado a bloquear las cuentas, limitando los reintegros a los consabidos 100 000€. Y no es que uno sienta precisamente empatía y compasión por los usuarios de un banco que no te abría una cuenta por menos de 300.000€, cantidad estratosférica para la inmensa mayoría de habitantes de un país hundido en múltiples precariedades.

Pues bien, el último escándalo -de momento- con sede en Andorra, ha sido una cuenta opaca más del rey sinmérito.

Las cintas del excomisario José Villarejo sobre la operación Kitchen que llevan un tiempo viendo la luz, van mucho más allá de ese confesado entramado para espionar a Luis Bárcenas. En los centenares de grabaciones encontradas en los registros de la casa y el despacho del expolicía tras su detención en el 2017 hay numerosos pasajes en los que el ex mando policial denuncia en conversaciones privadas una confabulación al más alto nivel para tapar desde hace años las presuntas operaciones económicas irregulares de Juan Carlos I. Una conspiración -relata el imputado- en la que participaron, al menos, el Centro Nacional de Inteligencia (CNI) y el Ministerio de Economía del Gobierno de Rajoy.

Según explica Villarejo, en el 2014, el entonces director de los servicios secretos y archienemigo declarado del excomisario, Félix Sanz Roldán, llegó a detener una macrooperación en Andorra que involucraba al banco Andbanc, y en la que estaban implicados 4.000 empresarios catalanes, porque esas pesquisas iban a acabar salpicando al exjefe del Estado, dado que aparecían transferencias a la ahora famosa y entonces desconocida –excepto para algunos, claro— cuenta «Soleado» de Suiza, el depósito que gestionaba Arturo Fasana, el testaferro del Rey.

Villarejo en esos audios sostiene que el golpe policial-judicial que paró Félix Sanz con la ayuda de algunos responsables de Asuntos Internos de la Policía "hubiera descabezado a muchos independentistas, ya que muchos de los investigados en Andorra eran de tendencia soberanista" (cosa nada de extrañar, porque es bien sabido que una cosa es la República Catalana y otra bien distinta "*la pela*"). El expolicía insiste en que fue un error frenar este operativo sólo por no «molestar» al emérito, cuando hubiera bastado con «quitar de ahí» la cuenta «Soleado» - pues eso, se «quita de ahí» esa cuenta y ya está; *cap problema*.

Villarejo, que asegura que varios de sus interlocutores habituales cercanos al PP estaban al tanto de las maniobras del CNI para 'salvar' a Juan Carlos, en otra conversación afirma que Luis de Guindos, ministro de Economía en los gobiernos de Rajoy entre 2011 y 2018 y actual vicepresidente del Banco Central Europeo, fue informado en su momento por el Servicio de Prevención de Blanqueo de Capitales (Sepblac) de la «sociedad y cuentas» que el exjefe del Estado tenía en el extranjero, pero, como es bien sabido que la información es poder, se la guardó para una ocasión oportuna y, a otra cosa.

Hasta aquí los hechos conocidos. Quizás faltaría por saber lo que se esconde en los varios trasfondos fétidos ocultos tras la operación financiera. No es en modo alguno casual el hecho de que el epicentro del seísmo se encuentre en el "hermoso país de los Pirineos". La oligarquía andorrana siempre ha ligado su supervivencia y prosperidad al contrabando y los trapicheos financieros.

Prácticamente desaparecido el negocio del comercio minorista porque ya no compensa ir hasta Andorra para comprar una cámara fotográfica o una vajilla, los caciques del lugar se han refugiado en actividades menos confesables. Sería ingenuo recordar que las cuestiones éticas no forman parte de la ecuación. *"La pella es la pella"* y no tiene sentido cuestionar su procedencia.

Visto que el dinero no conoce patria alguna porque su única referencia identitaria es la consecución de la máxima rentabilidad (véase el hondo catalanismo de los dineros del clan Pujol y algunos independentistas "andorranos") los sátrapas del enclave pirenaico han descubierto la piedra filosofal sin salir de su pequeño país. Cual si de unas madres condescendientes se tratara, se dedican a dar mucho y pedir poco. Dar todo tipo de facilidades para blanquear y "redistribuir" todo tipo de capitales y no pedir ningún tipo de información acerca de su procedencia y su situación con respecto a la legislación o el sistema impositivo de sus países respectivos. Todo muy pulcro, pero tan descarado que en su día provocó que hasta el gobierno del Gran Hermano Obama se "mosqueara" y decidiera intervenir.

En cualquier caso, quien arriesga su riqueza en semejantes estercoleros bancarios ya sabe a lo que se expone. Toda institución financiera está basada en la rapiña, su negocio es la usura, pero existe una especie de pacto entre ladrones basado en mantener las formas y no sobrepasar ciertos límites con actuaciones que pongan en peligro la tan necesaria discreción. De todas formas, La Banca Privada d'Andorra aún no ha dicho su última palabra: tiene en sus listas de clientes, demasiados nombres conocidos que se verían en una posición delicada si se divulgaran.

El duelo entre los excrementos financieros junto a las hermosas nieves pirenaicas no ha hecho más que empezar.

El mundo es de todos

Hablar de emigrantes o refugiados es hablar de todos nosotros. Desde la más remota Prehistoria las poblaciones humanas se han desplazado a todo lo largo y ancho del planeta en busca de mejores condiciones de vida. La diferencia entre el Paleolítico y nuestros acaigos días es que entonces no había fronteras y las personas viajaban libremente llevadas por su albedrío o su necesidad. Ahora nos conformaríamos con gozar de las mismas condiciones de los capitales financieros, que viajan de punta a punta del mundo sin trabas.

Desde los primeros asentamientos neolíticos y conforme avanzaban los siglos, las sociedades humanas se han ido volviendo más ensimismadas, con más miedo al forastero: mas xenófobas y en los últimos doscientos años, el modo de producción capitalista, ha llevado todo esto a la exacerbación. En el contexto de una visión mercantilista de la sociedad en la que los factores éticos no cotizan en bolsa, a no ser que haya una necesidad perentoria de mano de obra barata, los migrantes no son rentables y por tanto no interesan. Son pobres y no consumen apenas, en cambio, sí devoran los fondos de servicios sociales, dan "mala imagen" y son una rémora para la cuenta de resultados de las empresas. En esta situación, hablar de derechos humanos deviene una ingenuidad.

A pesar de lo cual, habrá necesariamente que seguir hablando de Derechos Humanos en un entorno global en el que los problemas derivados de guerras, hambrunas y persecuciones de toda índole abarcan la totalidad del planeta. Tal parece que los europeos hayamos hecho consciente el problema sólo cuando nos afecta. Oriente Próximo (próximo a los europeos) lleva ya muchos años sufriendo una situación insostenible procedente de la época

colonial y la desaparición del Imperio Otomano (Líbano, Kurdistán, Palestina, Irak...) pero parece que sólo existe a partir del conflicto sirio y su posterior tsunami de refugiados. En realidad, el asunto abarca en distintos ámbitos todo el planeta, desde la minoría musulmana de los rohingyas en Myanmar, abandonados en el Índico o los masacrados por la terrible dictadura eritrea, a los latinoamericanos en la frontera Sur de Estados Unidos o los gays de los 32 países subsaharianos que persiguen en su Código Penal la homosexualidad.

El asunto es de una gran complejidad derivada de la multiplicidad de factores concurrentes. Como cuestión previa, habría que acabar con la espuria distinción entre migrantes y refugiados. Más allá de matices retóricos autojustificativos, cabría concluir que cualquier persona que abandona su casa en esas condiciones, no lo hace por capricho o turismo y por tanto, desde el punto de vista de la acogida, poco importa que huya de la miseria y el hambre, de la discriminación y persecución en razón de su sexo o de la guerra. Habría que acabar con la macabra y absurda distinción entre refugiados "legales" que son acogidos en pisos con unas mínimas condiciones de dignidad y los migrantes detenidos en las calles por sus rasgos o el color de su piel y recluidos en los Centros de Internamiento de Extranjeros –verdaderos infrapresidios- sin haber cometido más delito que el de intentar buscar una vida más digna. Dos situaciones semejantes y un Estado incongruente y culpable, que arbitra dos soluciones diametralmente opuestas para un mismo problema.

Por lo que se refiere al Cercano Oriente, y aunque las cifras son difícilmente cuantificables, la situación en Siria y los países limítrofes, se está haciendo por momentos insostenible. En la propia Siria hay más de dos millones de desplazados. En Turquía alrededor de un millón, en Líbano un millón doscientos mil (para una población autóctona de menos de cinco millones) en Jordania más de seiscientos mil, en Egipto ciento cincuenta mil... sin contar los muchos cientos de miles que intentan llegar a Europa por todos los medios y a través de distintas rutas, pensando que se dirigen a una tierra de asilo... la inmensa mayoría, excepto los

muchos que han muerto en el camino, ya han podido comprobar en sus carnes exhaustas y maltratadas que no es así.

Junto a la indignidad del comportamiento de los gobiernos de la llamada Unión Europea que en los últimos meses han puesto sobradamente de manifiesto su incapacidad de gestión tanto como su xenofobia, habría que poner de relieve el comportamiento de las teocracias de Arabia Saudí y los Emiratos del Golfo. Países que gozan de las mayores rentas per cápita del mundo, paradigma de todas las opulencias, Hermanos en Alá de los desdichados migrantes; mientras financian el armamento de numerosos grupos yihadistas, no han destinado ni un petrodólar a ofrecer hospitalidad a los refugiados, en clara desobediencia de uno de los principales mandamientos a los que Mahoma les exhortaba en el Corán.

A la vista del panorama brevemente expuesto, decir que el futuro de los migrantes se presenta incierto sería un eufemismo. Todos los elementos de juicio de los que disponemos en la actualidad nos inclinan a pensar que la situación de esas personas -hay que insistir en ello, no cifras frías sino personas, poseedoras de los mismos proyectos de vida, los mismos derechos y la misma dignidad que cualquiera de nosotros- no invita a la esperanza, pese a lo cual, seguimos teniendo el deber irrenunciable, cada uno de nosotros, de seguir luchando por todos los medios por que al menos mejoren sus condiciones de vida.

El novísimo PP: chistes viejos con caras viejas

Dudaba entre otros titulares, por ejemplo: "El mito del cambio y el eterno retorno o lo que es lo mismo: el gatopardo llegado de tierras gallegas". Por cierto (una divagación que viene a cuento) al final de Il Gattopardo, -una novela de los años 50, tan citada como poco leída- su autor Giuseppe Tomasi di Lampedusa, hace que Concetta, la hija y heredera del príncipe de Salina, coja al gatopardo disecado (una lince la muchacha) y, en un acto simbólico, arroje al emblema de la familia por la ventana. Así es como finalmente consigue deshacerse de símbolos y ataduras familiares.

Aquí en cambio, no se ha defenestrado a casi nadie. El PP, al único que ha arrojado por la ventana en Sevilla, ha sido al desdichado Casado que ya estaba más que amortizado, así que: Sras., Sres, todo preparado para que llegara de Galicia la gran esperanza blanca que va a conseguir hacer renacer la esperanza en las filas conservadoras. No más corrupción, no más *navajeo* interno por la espalda, no más espionajes a los colegas, no más intrigas *genovesas*, no más mirar de reojo a VOX.

Ahora están ¡Por el cambio! (perdón, no, que eso era un lema socialista; es que como los tópicos y las consignas se repiten tanto, al final uno se confunde)

Pues nada, ahí tenemos a Nuñez Feijóo, dispuesto a refundar el PP sin refundarlo. ¿Qué tiene de diferente a lo que había?, al parecer, poca cosa. Después del congreso de Sevilla, las aguas parecen –digo parecen– haber vuelto a su cauce. Hasta el propio Casado ha estado elegante, ha dejado su escaño en el Congreso, ha sonreído de medio lado y ha guardado sus rencores para mejor

ocasión. Núñez Feijóo por su parte, ha pronunciado en su congreso un discurso *rajoiano*, es decir, ni sí ni no, sino todo lo contrario y lo único que –repito, parece- que va a cambiar es el tono de insultos zafios que sólo conseguían desmerecer al que los pronunciaba. Como en cualquier caso, los escándalos de corrupción y trapicheo siguen creciéndole como setas tras la lluvia, porque, como diría el escorpión, es su naturaleza, pues ya veremos como les va.

En cualquier caso, es de prever un acercamiento a los estándares de los partidos conservadores europeos en su intento de no dejarse arrastrar por la ola neonazi; en España en cambio, de no conseguir mayorías absolutas, poco previsibles, el PP está condenado -gustosamente por lo que parece- a contar con VOX, tanto en los parlamentos como en los posibles gobiernos. Podemos predecir que intentará subirse al carro de aquello tan viejo y etéreo del centro-derecha que ni ellos mismos saben muy bien lo que es... y poca cosa más.

El problema de la llamada derecha es que a la hora de proponer políticas, tienen pocos argumentos confesables que no sean la mentira y el disimulo, porque las razones reales de defensa de los intereses de su clase y de su Iglesia, esos no los van a divulgar, así que se entretienen navegando entre tópicos y retóricas vacías, apoyados en sus símbolos eternos –Dios, Patria, Rey- y , ya digo, poco más, porque en su lonja hay poco pescado de ideas para vender. Y, además, buena parte de ese discurso, ya se lo han robado, por una parte VOX y por otra el PSOE.

Así que, para no acabar como la derecha gaullista francesa, sumida en la inanidad, sólo cuentan con una considerable masa de votantes fieles, -buena parte de ellos conservadores con poco o nada que conservar- inasequibles al desaliento y a los que por lo que parece, no les importa que en sus gobiernos, reiteradamente, parte de los recursos públicos se devíen a concesiones fraudulentas para sus amigos y familiares (el otro día escuchaba a una señora: -qué pasa si le dan contratas de sanidad a la hermana de Feijóo o al hermano de Ayuso, alguien lo tendrá que hacer, ¿no?; yo haría lo mismo) ... y así nos va.

El Premio Genocida de la Paz

Que algunos de los más conspicuos genocidas del último siglo se encuentren en la lista de premios Nobel de la Paz, no debería sorprendernos a estas alturas. Paradojas mayores nos da la vida. Hallábame no ha mucho informándome sobre la tragedia de los rohingyas en Myanmar, cuando comprobé que, en algunos de los episodios más atroces, aparecía, de manera recurrente, el nombre de Aung San Suu Kyi, líder de facto en su país y Premio Nobel de la Paz en 1991, formando parte de esa larga serie de belicistas confesos que, en sangrienta paradoja, habían obtenido el Nobel de la Paz. He aquí algunos de los casos más infectos:

Neville Chamberlain, (Nobel 1925). Primer Ministro Británico. Fomentó el desarrollo de la industria militar. Reconoció la Dictadura de Franco aún antes de acabar la Guerra en España

George Marshall: (Nobel 1953) Uno de los impulsores de la OTAN (ejemplo de pacifismo) y autor del Plan Marshall de ayuda a Europa, ese Plan que pasó de largo por el Villar del Río de Berlanga.

Henry Kissinger (Nobel 1973) Secretario de Estado USA y autor intelectual de la intervención de la CIA en varios Golpes de Estado en Latinoamérica durante la década de 1970. Se le considera instigador de genocidios sistemáticos de grupos políticos, estando de manera fehaciente, detrás de Golpes de Estado latinoamericanos, tales como la dictadura militar chilena de Augusto Pinochet o el Proceso de Reorganización Nacional de Argentina, así como por ser el responsable de planes represivos internacionales de asesinatos selectivos como la Operación Cóndor, cuya

célula de origen habría sido la Escuela de las Américas (institución militar que no tenía precisamente nada que ver con la educación) Es asimismo uno de los miembros fundadores y todavía activo, del polémico Grupo Bilderberg, entidad no gubernamental, embrión de un nuevo orden mundial oligárquico, en la que se reúnen varias de las personas más poderosas e influyentes del planeta. Todo esto ha dado lugar a que existan numerosas iniciativas para su procesamiento ante instancias judiciales internacionales, así como la retirada de su Premio Nobel. Sin resultados por ahora.

Menájem Beguín. (Nobel 1978) A los 16 años de edad se enroló en el movimiento juvenil sionista Beltar, ocupándose poco después de su adiestramiento militar. En 1941 se unió voluntariamente a las Fuerzas Armadas polacas. También fue miembro de la organización paramilitar Etzel. En 1946 siendo Beguín líder del Irgún, esta organización terrorista atentó contra el Hotel Rey David, situado en Jerusalén. El ala sur del Hotel servía de sede para una oficina de la ONU. El 22 de julio de 1946 los soldados de Beguín colocaron varios potentes explosivos. El objetivo del atentado era eliminar unos importantes documentos secretos que revelaban la relación de grupos clandestinos con la Agencia Judía. El explosivo colocado por la organización de Beguín detonó llevándose consigo la vida de 91 personas. Como vemos, otro conspicuo pacifista merecedor del premio.

- **Fuerzas de Paz de Naciones Unidas** (Nobel 1988) Conocidas como cacos azules. A pesar de que sus objetivos son la solución de conflictos y el mantenimiento de la paz, en varias ocasiones han sido objeto de críticas por actuaciones contrarias a los derechos humanos. Uno de estos casos tuvo lugar en Ruanda en 1994, cuando los Cacos Azules fueron acusados de abandonar a los tutsis a manos del exterminio hutu. Otro ejemplo más reciente fue lo ocurrido en Haití en 2007, cuando un centenar de los integrantes de las tropas fueron acusados de abuso y explotación sexual contra la población femenina. En junio de 2015, salió a la luz una investigación interna de Naciones Unidas sobre un posible ocultamiento de denuncias por abusos sexuales a menores de edad perpetrados por Cacos Azules de la ONU y fuerzas de paz

de Guinea Conakry, Chad y Guinea Ecuatorial en misiones en África. En total hay 13 abusos sexuales a niños, documentados, por parte de 16 soldados en un campo de refugiados en República Centroafricana.

Un tribunal integrado por tres jueces independientes convocados por Ban Ki-moon, llegó en diciembre de 2015 a la conclusión que los funcionarios de la ONU, habían intentado silenciar y ocultar los abusos.

- Aung San Suu Kyi. (Nobel 1991) Por último, pero no en último lugar, porque hay algunos casos más documentados, la última en enseñar su patita, ha sido la líder de facto de Myanmar (Birmania): Ha sido clamoroso su silencio, incluso su colaboración, en la masacre y limpieza étnica de Rohinyás, una minoría musulmana sobre la que el ejército y la mayoría budista están llevando a cabo un genocidio que incluye miles de asesinatos, la destrucción de cientos de sus aldeas, la violación de sus mujeres, el exterminio de sus ganados, la quema de sus campos de cultivo, con un total de 750 000 desplazados y 25 000 muertos y provocando un éxodo de este pueblo a su vecino Bangladesh. Como vemos, otra Premio Nobel de la que tomar ejemplo.

¿Qué sentido tiene seguir concediendo un galardón tan desprestigiado como falso? Su manipulación política en función de los intereses internacionales del momento, es tan evidente y repetida que huelga cualquier comentario. A pesar de ello, todos los años vuelven a levantar el tinglado de la antigua farsa.

Se hace prioritario que los programas educativos incluyan este tipo de informaciones para que las alumnas sepan al menos en qué mundo viven.

Esperando el solsticio

Cada año, cuando los días son más breves, en nuestras ciudades un cielo de luces led impide ver el firmamento y las calles se ven abarrotadas por riadas de compradores compulsivos, entonces sabemos que está llegando el solsticio de invierno. Ese solsticio que los antiguos romanos consagraban al dios Saturno y en el que nuestros contemporáneos se dedican a celebrar entre compra y compra, el arbitrario nacimiento de un dios no menos mitológico que Saturno.

Todo ello, mientras nos dedicamos a navegar por las redes con fruición, ignorando o queriendo ignorar que cualquier banco de datos es susceptible de convertirse en blanco de individuos no autorizados a entrar en él. Las tan publicitadas garantías de confidencialidad nunca son verificables y por tanto resultan quiméricas. En nuestros infaustos y azarosos días es imposible saber que uso se vaya a dar a cualquier nota, reseña o comentario de los que solemos poner en circulación en el ciberespacio de forma tan espontánea como irreflexiva.

En el mundo de la posverdad, los hechos se desvanecen ante las opiniones y toda información es susceptible de ser tergiversada, manipulada y utilizada de manera sesgada en función de unos determinados intereses, siempre en medio de una niebla de indiferencia generalizada.

El valor de verdad ha sido engullido por una imparable avalancha de mentiras comúnmente aceptadas como inevitables (¡Ay!, es lo que hay) que las redes de pesca cibernetica se encargan de multiplicar exponencialmente. Entretanto, nuestros amados políticos, para justificar sus generosos salarios, son

convocados (the show must go on) al gran teatro parlamentario para que se insulten convenientemente en medio de discusiones banales o a los pequeños teatros de las inútiles comisiones de investigación para que mientan a placer porque así lo demanda la gran ceremonia de la confusión.

En un contexto tal que así, el miedo sigue vendiendo cualquier producto, cualquier idea, convenientemente aderezada con el temor más primario: el de la muerte. Para conjurarla, millones de luces multicolores pueblan nuestras ciudades mientras tiendas y almacenes abren sus fauces hambrientas para que el ritual del obligado consumismo devore nuestros maltrechos ahorros.

Aunque tampoco es para preocuparse: la distopía ha abandonado la ficción de anticipación y se ha instalado en nuestra realidad cotidiana. Aquello que podría parecer fruto perverso de nuestra imaginación ha acampado en buena medida en nuestras vidas: somos dinosaurios cuando ya hace un tiempo que ha caído el meteorito. La clepsidra de nuestra desaparición como especie ya ha comenzado a gotear inexorable; más pronto que tarde la humanidad morirá de calor, de estupidez o de ambas cosas a la vez. No hay de qué preocuparse. Al fin y al cabo, sólo somos un pequeño islote en medio de un océano de nada, perdidos en los laberintos inaccesibles de nuestra ignorancia.

En cualquier caso, aún nos queda una luz de esperanza: millones de devotos frente a sus altares preferidos, santas y santos en éxtasis equívocos, miran al futuro de espaldas mientras rezan a un dios sordomudo.

¡Estamos creciendo!

"Toda nuestra producción es un contrasentido.

Al negocio no le interesan las necesidades de la sociedad, sólo trata de aumentar las ganancias del negociante. Por eso, la industria fluctúa constantemente y está en una crisis crónica."

Kropotkin

Érase una vez... Eso que llaman macroeconomía no es más que un relato legendario o si se prefiere, un cuento de hadas desconectado de lo real cotidiano porque ¿Macroeconomía? nadie vio jamás a tan importante señora. Por el contrario, la microeconomía de las personas, la única concreta y cotidiana, es eso: micro, insignificante. Por mucho que los políticos de turno la utilicen de continuo para rentabilizarla electoralmente con su retórica huera, la vida digna de las personas les trae sin cuidado. Si no fuera así, no degradarían las condiciones de explotación de las personas trabajadoras y precarias con continuas medidas que ahondan cada vez más el abismo existente entre los poseedores y los desposeídos. Lo único importante para la macroeconomía es crecer y aumentar exponencialmente sus cifras de negocio a costa de lo que sea y de quien sea. Si esa loca carrera hacia ninguna parte, provoca la desaparición de la especie humana sobre el planeta, no importa, para entonces sus verdugos ya estarán muertos o cómodamente instalados en el espacio exterior o en algún planeta vecino (o eso creen ellos).

En un contexto tal que así, para nuestro sistema capitalista y por tanto de mercado, las denominadas crisis son tan recurrentes e intrínsecas a su esencia que - como nos recordaba Kropotkin hace más de un siglo- devienen necesariamente crónicas; y no son desafortunados accidentes con los que tropezamos en el camino de un progreso sin fin, sino, muy al contrario, están inscritas en el ADN del sistema y constituyen la forma más adecuada de maximizar beneficios.

¡Estamos creciendo! Hay que crecer por encima de cualquier otra consideración; y para crecer hay que consumir como sea y lo que sea, no importa si lo consumido es innecesario o banal: hay que comprar para crecer – jalouin, blacfraidei, papanoel, los reyesmagosdeorient, las fabulosas rebajas de enero o cualquier otra estafa que vayan inventando. En este estado de cosas, planteamientos como el de algunos locos que hablan de decrecimiento como única salida posible frente a tanto despropósito, son tomados como inútiles y peligrosas extravagancias que, de manera absurda, demandan frugalidad en medio del banquete.

No importa si los salarios o las pensiones suben muy por debajo de la inflación y el IPC, los expertos en marketing ya encontrarán la manera de que sigamos consumiendo por encima de nuestras posibilidades y en último extremo hay que confiar en que el sistema encontrará la manera de no colapsar. Hasta ahora siempre ha venido siendo así y en cualquier caso, si hay un verdadero desastre, a qué preocuparse si los perjudicados serán los de costumbre.

Ahora que nuestro inefable Presidente del Gobierno nos asegura a diario que estamos creciendo imparablemente y saliendo con fuerza inusitada de la crisis económica provocada por la pandemia; que en cuanto lleguen los prometidos y hasta ahora apenas recibidos fondos europeos, España será Wonderland y ataremos los perros con longanizas, ¿A qué preocuparse? ¿Qué importa que los precios de los alimentos, la luz, el gas o los combustibles continúen su ascenso imparable? ¿Qué importa que las colas del hambre sean cada vez más largas? ¿Qué importa que

cada vez más personas afronten un duro invierno sin tener con qué calentarse? ¿Qué importa si la precariedad laboral y los índices de desempleo continúan en unos límites difícilmente soportables? ¿Qué importa que los grupos fascistas impongan cada vez más su miserable visión del mundo?

Un año más, el solsticio de invierno llenará nuestras calles de luces y despilfarro y los que se creen nuestros amos seguirán intentando convencernos de que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Nosotros no sé, pero ellos, sin duda.

¡Que no decaiga!

Estocástico

Consideramos que un proceso de cualquier tipo es estocástico cuando en su devenir no excluimos la posibilidad de intervención del azar –o del azahar, según se mire.

Decimos que es determinista, en cambio, cuando conjeturamos que cualquier fenómeno está preestablecido necesariamente en función de las condiciones del contexto y por tanto no cuenta con el azar

Sin ser maximalistas en uno u otro sentido, habremos de convenir que *la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida* y que el azar, la eventualidad, la contingencia, la índole de los distintos hados propicios o nefastos, la casualidad tanto como la causalidad, están presentes en nuestras vidas de manera perenne y perseverante.

Dejando a un lado los avatares individuales de nuestras ajetreadas existencias, tanto en nuestra dimensión social en general como en nuestra dimensión política concreta, es innegable que a menudo nos encontramos con acontecimientos de difícil previsión. Incluso aquellos que se nos presentan como incontrovertibles pueden acabar resultando sorprendentes.

Si el futuro es con toda obviedad aquello que todavía no es y por tanto en buena medida azaroso e indescifrable, los axiomas más indiscutibles pueden resultar inexactos o incluso ilusorios. Lo imprevisible insospechado puede estar esperándonos a la vuelta de la esquina.

¿Quién iba a pensar en la Francia de 1871, hace ahora 100 años, que tras la Guerra Franco-prusiana, el pueblo de París se iba a levantar en armas y proclamar la Comuna? ¿Cuántas guerras habían acabado sin otras consecuencias que las masacres habituales? ¿Cuál fue el factor determinante que hizo que aquella vez las consecuencias fueran diferentes? Podemos especular al

respecto hasta la saciedad pero dada la imposibilidad de verificación objetiva de cualquiera de los supuestos, habrá que concluir que en algún momento estocástico estuvo presente la intervención de Tiqué, la diosa del azar y, por esta vez, los acontecimientos se desarrollaron de manera diferente. Por poner otro ejemplo: ¿Qué Harpías nos iban a profetizar a comienzos del actual milenio que pocos años después, una pandemia devastadora iba a diezmar el planeta?

Más allá de la eterna cadena de causas y consecuencias, casi siempre podemos detectaren en el devenir de lo que acontece, la presencia sigilosa de un factor de imprevisibilidad que augura que los hechos puedan ser diferentes de lo que sería de esperar.

La novela del mundo todavía no ha acabado. Por mucho que predicara el final de la Historia, Fukuyama nunca pudo prever Fukushima. Nunca acabará de estar todo el *pescao* vendido, ni todos los naipes sobre la mesa; siempre quedará una penúltima baza por jugar y los acontecimientos más aparentemente previsibles, pueden tomar, en función de la evolución de los distintos contextos, rumbos que jamás hubiéramos creído posibles.

Si esto es así, quizás no sería aconsejable arrojar la toalla antes de tiempo. Es incuestionable que las fuerzas irrationales de la codicia desmedida y asesina de los amos del planeta, elevada a extremos difícilmente comprensibles para aquello que llamamos el sentido común y propiciadora de terribles tragedias para muchos millones de personas, parece en estos momentos, difícilmente reversible, pero nunca se sabe. En cualquier instante, la situación puede dar un giro inesperado y las personas, a pesar del férreo control represivo, podemos empujar la gota que desborda el vaso de nuestra indignación y con nuestra acción directa sobre la realidad, dar la vuelta a la tortilla.

iCosas veredes! Never say never more.

Factor de inevitabilidad

Inevitabilidad: condición de aquello que se considera inevitable.

Entre las muchas estupideces y vilezas que se han dicho y perpetrado con el asunto de las personas migrantes, existe un aspecto de la cuestión que de ordinario se ha pretendido pasar por alto y no es otro que el de su factor de inevitabilidad.

Desde los remotos tiempos paleolíticos en que los primeros homínidos andaban recorriendo las selvas y sabanas del continente africano en busca de sustento hasta ahora mismo en que las guerras y el hambre impulsan a las personas a abandonar sus devastados lugares de residencia en demanda de unas mejores condiciones de vida, las migraciones obligadas han sido, además de una lacra vergonzosa en nuestra historia, un hecho incontrovertible absolutamente imposible de evitar.

Por muchas fronteras, alambradas con ensangrentadas conciencias, muros de 5 metros como el que están construyendo en Polonia; por muchas FRONTEX que organicen o por cualquier otro elemento disuasorio que se les ocurra a las fuerzas represivas de los Estados, jamás - y lo estamos comprobando cada día - podrán impedirlo y el flujo de migrantes, por tierra, por mar y hasta por aire continuará imparable.

Más allá del hecho innegable de que la necesidad objetiva de la migración ha sido creada por factores externos a la propia población afectada y a causa de situaciones tan trágicas como las provocadas por el imperialismo, el neocolonialismo explotador de recursos o la tiranía corrupta de sus propios gobernantes, cabría tomar en consideración el hecho de que las personas implicadas no disponen de alternativas. Aquí no hay plan B: o te quedas y

mueres o emigras con lo puesto. Aunque con ello pongas en riesgo tu vida y la de los tuyos. Y nadie ni nada ha podido nunca impedirlo.

Para los medios y los voceros de la derecha más extrema y fascista, tal parece que los migrantes se desplazaran para hacer turismo. Tal parece que abandonaran todo aquello que había formado parte de sus vidas: sus casas, sus trabajos, su medio social, las personas queridas, incluso en muchos casos, los niños extrañados en un mundo desconocido, y todo ello lo hicieran por afán de aventura o por venir a cosechar fresas y naranjas a dos euros la hora y de paso quitarles el trabajo a los muchos nacionales que lo harían gustosos por ese salario...

El problema más grave es que el discurso xenófobo del miedo al otro, cada vez va calando en más amplias capas de la población precarizada y palabras como solidaridad o apoyo mutuo cada vez están más lejos de sus centros de interés.

Aturdidos y engañados por los oropeles de la sociedad de consumo y sus medios de formación de masas, no asumen que todas las personas, vengamos de donde vengamos, viajamos a través del espacio en el mismo planeta y que si se acaba, se habrá acabado para todos.

Lo que se empeñan en ignorar quienes nos gobiernan es que sus leyes y decretos referentes a los migrantes, son papel mojado. Podrán devolverlos en caliente, encerrarlos indignamente en los CIE, aumentar la insoportable cifra de víctimas durante el traslado, pero lo que no podrán impedir nunca, mientras sigan destrozando en origen las condiciones de vida de las personas migrantes, es que sigan viniendo.

Eso que las autoridades europeas conocen de sobra, de lo resultan sin duda culpables y pretenden ignorar es lo que podríamos denominar el factor de inevitabilidad, porque, se pongan como se pongan, venir, lo que se dice venir, van a seguir viniendo.

Foucault y la biopolítica

Ahora que estamos centrados de manera casi exclusiva en la crisis sanitaria en la que quizás los árboles no nos dejen ver el bosque, tal vez convendría ampliar el foco para analizar lo que está pasando en un ámbito más amplio que nos permita entender mejor el contexto en el que nos movemos.

La biopolítica es un concepto que, ya en la década de los 70, acuñó el filósofo Michel Foucault y que alude a la relación entre la política y la vida y describe las transformaciones en las formas de gestionar la vida individual y social en Occidente. La biopolítica intenta hacer comprender como se ha generado la organización y el gobierno de nuestras sociedades promoviendo unos modos de vida y no otros. Foucault sitúa el origen del tinglao en el siglo XVIII, cuando cambió el sistema de soberanía vigente desde la Edad Media en el que un soberano ejercía su autoridad mediante la gestión de un territorio, imponía leyes y castigos y tenía el poder sobre la vida y la muerte de sus súbditos. A partir de finales del S. XVIII, con la entrada de las tecnologías liberales de gobierno, la vida dejó de estar sometida a las decisiones del soberano para incorporarse a la gestión política de una nueva autoridad: El Estado. En esta nueva forma de gestión, la intención es regular la vida, hacerla eficiente para los intereses de ese Estado, regulando las normas sobre la salud, la higiene, la sexualidad, la natalidad o incluso la raza. Opera de un lado, hacia la gestión y el adiestramiento de los cuerpos para maximizar su fuerza e integrarla en el modo de producción capitalista y de otro hacia la regulación de la relación entre el territorio y las personas que lo habitan, desplegando técnicas de gobierno que permitan que esas personas conduzcan por si mismas sus acciones de manera aparentemente voluntaria, hacia la conservación de las lógicas del Estado y el aumento de las riquezas de sus protegidos.

A diferencia del régimen del soberano, donde se trataba de imponer las leyes, se trataría de que las mismas personas, siguiendo libremente su deseo, orienten sus decisiones y sus formas de vida hacia los intereses políticos y económicos del Estado.

Se trataría también de crear y desplegar una serie de estrategias de intervención y control hacia las formas de existencia colectiva que pudieran resultar peligrosas para el buen orden estatal y que pueden especificarse, como ahora mismo, en términos de emergencia biosocial.

En ese contexto, los individuos creen gobernarse a sí mismos en relación con discursos de "verdad" y en nombre de su salud o de la salud de la población. Foucault intentaba responder a cómo es que la vida se había convertido en un objeto político central en el gobierno y la gestión de las sociedades humanas. A partir de ello, el concepto de gubernamentalidad daría cuenta del conjunto de las instituciones, procedimientos, análisis, cálculos y tácticas que permiten ejercer una determinada forma de poder sobre una población específica.

Para que la economía capitalista funcione, no es suficiente con imponer la propiedad privada y crear la división del trabajo, es necesario desplegar todo un conjunto de tecnologías, prácticas y estrategias que no tienen otro objeto que el control y la explotación de nuestras vidas para convertirnos en simples unidades de producción y consumo y además, estando convencidas de que es precisamente eso lo que queremos.

La actual crisis sanitaria debería servirnos para que, como el niño de la fábula, seamos capaces de ver desnudo al rey del capitalismo, pongamos al descubierto todas sus vergüenzas y actuemos en consecuencia.

Frivolidad informativa

Inanidad inútil, valga el pleonasio. Las grandes empresas que controlan lo que se publica, cuando pasan una época de sequía de noticias importantes y, dado que tienen que seguir publicando o emitiendo a costa de lo que sea, sacan petróleo informativo de cualquier futilidad. Casi siempre, haciendo pasar por trascendentales novedades de última hora lo que ya sabíamos de sobra y además importa menos que un pimiento.

Sólo por poner dos ejemplos:

-*El emérito mantiene en Abu Dhabi amistades peligrosas con traficantes.* (Ooohhhh!!!! Qué novedad! Qué notición!) Podemos chismorrear ya de las novias y amigos del emérito pero no de cómo robó a todos los españoles su mal ganada fortuna, una fortuna que estará al parecer, eternamente sub iudice y bajo secreto de sumario.

Incluso lo que antaño estaba reservado a las revistas de coloquines y cotilleos, ahora llena los platós y los titulares:

- ¡*Urdangarín engaña a Cristina de Borbón!* Y la noticia acapara todas las portadas... Y a nosotras qué demonios nos importa su vida privada; en todo caso, nos importaría saber qué ha hecho con todo el dinero que estafó a las cuentas públicas y sobre todo, si habría alguna posibilidad de recuperarlo (¡Qué ingenuidad la mía).

¿Por qué no nos hablan de las impunidades de la monarquía y sus allegados con la connivencia de jueces y fiscales afines? ¿Por qué no nos hablan del anacronismo y el sinsentido que supone la pervivencia de una jefatura de Estado monárquica en nuestros días? Pues porque los reporteros del pesebre, a pesar de presumir

de periodismo de investigación y libertad de expresión, nos muestran cada día que en este país aún sigue habiendo bastantes temas tabú, temas intocables que cuentan con el agravante de intentar hacernos tragarnos que no es así.

Y, si esto ocurre de ordinario en cualquier momento, cuando el flujo de noticias fuertes decae se evidencia de manera sustancial. Apagado un volcán en La Palma, con la gente aburrida de estadísticas pandémicas, ¿de qué hablar para vender?

Porque, según los técnicos de marketing periodístico, la guerra entre Rusia y Ucrania despierta un interés más que relativo. Todo lo relativo a Oriente Medio, ya cansa; de África ya ni hablemos ¿A quién le interesa Sudán, Somalia o el Sahel, por no hablar de los desventurados saharauis? Ni siquiera América Latina con su tan cacareada como hipócrita consideración de pueblos hermanos consigue atraer la atención de los gacetilleros.

Quizás convendría recordar aquí las palabras de Bertolt Brecht tras el ascenso de Hitler al poder, en su libro: Poemas para los Héroes Futuros: "*¿En los tiempos sombríos se cantará también?, también se cantará sobre los tiempos sombríos*".

Y cuanto más sombríos son los tiempos, más necesaria se hace una reflexión seria y profunda sobre lo que está pasando. Esa debería ser la labor de todo periodista que quiera considerarse como tal y no un simple esbirro amanuense al servicio de las empresas que venden información inane y manipulada como quien vende churros.

Google Street View como paradigma de control

Cuando hablamos del espacio urbano como ámbito de socialización, ignoramos a menudo que se trata también y sobre todo de un espacio de manipulación y control. Continuamente aparecen nuevos mecanismos dedicados a ello que amplían hasta límites insospechados la vigilancia y, llegado el caso, la intervención represiva, hasta un punto en el que las fantasías distópicas -1984 y su Gran Hermano de ojo omnipresente- se han quedado claramente naif.

Dentro de este inquietante horizonte, una vez más, internet juega un papel determinante. Desde el año 2007, Google Maps y Google Earth proporcionan a sus usuarios panorámicas a nivel de calle -Google Street View- de la mayoría de ciudades de EEUU y Canadá, 19 países latinoamericanos, 40 europeos, 20 asiáticos, 11 africanos, Australia, Nueva Zelanda, Groenlandia y hasta de la Antártida... dentro de un nuevo género conocido -con el eufemismo correspondiente- como Geomática.

Teóricamente, todas las tomas son modificadas antes de su publicación final, difuminando caras y matrículas y también en teoría, no permite la divulgación de imágenes no consentidas, pero a la hora de la verdad, el sistema tiene multitud de fallos en la privacidad y además, vaya usted a saber en qué bases de datos se almacenan previamente para ser utilizadas cuando convenga, dado que el control de las imágenes obtenidas es en la práctica imposible.

Sus cámaras de cuarta y quinta generación proporcionan imágenes en alta definición que, con 360 grados de movimiento horizontal y 290 vertical, con sistemas de medición del entorno

hasta 50 metros, ofrecen un detallado muestrario en tiempo real de lo que está pasando en aquellos lugares por los que circulan sus vehículos espía. Por si algo se les escapa, además de otros vehículos, utilizan triciclos – Google Trike- para filmar en parques, campus universitarios y centros históricos de las ciudades, en su mayoría zonas peatonales.

La meta no oculta de google es invadir la mayor parte del planeta y, para conseguirlo cuenta además con la ventaja de que sus operadores son “freelancers” es decir, falsos trabajadores por cuenta propia, con los que no mantiene ningún tipo de obligación laboral como empresa -antigüedad, prestaciones médicas, vacaciones- con lo cual el negocio acaba de redondearse.

Todo lo anterior, que parece sacado del guion de una película de ficción científica distópica, está ocurriendo ahora mismo en nuestras calles ante la indiferencia generalizada o hasta la complacencia de algunos esclavos satisfechos que lo consideran un adelanto tecnológico incuestionable e incluso es posible que saluden cuando vean pasar el coche con la cámara.

Una vigilancia aleatoria e impredecible que nos convierte en sujetos observados sin nuestro consentimiento en una suerte de laboratorio global, que genera un monstruoso volumen de información gráfica, susceptible de ser utilizada indiscriminadamente.

Ante este paisaje de violencia estructural, invasor de la privacidad y usurpador del espacio público para convertirlo en instrumento de negocio y espionaje, con la colaboración de las distintas instancias de Estado y silenciado de manera cómplice por los mal llamados medios informativos, no cabe desentenderse.

Ahora el ojo del Gran Hermano es móvil y omnipresente, así que sólo cabe, desde la ingenuidad de quien sabe lo desigual del combate, la denuncia denodada, aunque solo sea por respeto a la propia dignidad atropellada.

Hatajo de canallas

Políticos europeos. Hatajo de canallas. Piara de cobardes asesinos encubiertos que no ensucian sus blancas manos putrefactas con sangre ajena. Se limitan a hablar y hablar, tomando inicuas decisiones sobre la masacre parapetados tras una ideología y unas leyes que los protegen. ¿Frente a quién? Frente a cientos y cientos de miles de personas indefensas que huyen de una muerte segura -que, entre otros, los países colonialistas europeos han propiciado- para ir al encuentro de una muerte lenta e indigna.

En nuestros aciagos días, el huevo de la serpiente fascista se incuba de nuevo con fuerza en numerosos Estados de eso que llaman "vieja Europa"; más que vieja, caduca, porque sus ideales de democracia y libertades yacen sepultados bajo miles de toneladas de todo tipo de vergonzosas vilezas. La xenofobia campa a sus anchas por doquier mientras los partidos que la utilizan como bandera, la rentabilizan electoralmente. Francia para los franceses, Polonia para los polacos, Hungría para los húngaros siempre que no sean gitanos... y España para los españoles, claro. Muchos obreros en paro, incluso muchas de las personas en mayor situación de precariedad, rechazan a los que llegan de otros horizontes. Cuando nunca han poseído nada, proclaman indignados: "¡Vienen a quitarnos lo nuestro!" y no se preocupan en absoluto de poner en su sitio a los verdaderos responsables de sus miserias. En estos momentos, el "viejo continente" se deshace por las costuras y nadie parece saber como ponerle fin a este lento suicidio.

A todo esto, en nuestra amada España, nuestros no menos amados políticos, muy democráticamente elegidos por aquellas personas que votan, incumplen sistemáticamente los compromi-

sos adquiridos sobre acogida de refugiados y, eso sí, se enzarzan en interminables reuniones –cobrando sus correspondientes dietas, claro- para dilucidar aspectos muy importantes acerca de la condición sexual de los demonios y conseguir por fin formar un gobierno que nos lleve desde la nada hasta las más altas cumbres de la miseria. Y mientras, nosotros, dolientes súbditos de su majestad Felipe VI, silbamos, miramos hacia otra parte y abarroteamos de turistas -y de paso degradamos- playas y montañas y vamos a votar cuantas veces nos lo pidan porque para algo nos han dicho que vivimos en democracia y nuestro gobierno es del pueblo y para el pueblo. Y lo que es peor: al parecer nos lo hemos creído.

Durante la misma secuencia temporal, muchos miles de hombres, mujeres, ancianos y niños, personas obviamente tan dignas como cualquiera de nosotros, olvidadas por casi todos –porque pobres como son, a quién interesan- deambulan desesperadas, famélicas, exhaustas, atónitas y dispersas por una tierra ajena o se encuentran recluidas en campos de concentración de refugiados sin refugio, por el único azaroso delito de haber nacido en un tiempo y un lugar, al parecer equivocados.

¿Es un capricho del todopoderoso destino? ¿Son unos hados infaustos y denodados los que han llevado a los migrantes a tan dramática situación? No, es un crimen. Un crimen de lesa humanidad en el que todos los que habitamos Europa, por acción u omisión, -y obviamente unos mucho más que otros- tenemos nuestra cuota de responsabilidad.

Entretanto, los dueños del cortijo aparentan ignorar que nuestras maravillosas sociedades cibernéticas, serán mestizas o no serán.

***Homo sacer* en el Tarajal**

En Derecho Romano, *homo sacer* era la tenebrosa figura jurídica que aludía a una persona sin derechos de ninguna clase y que por tanto, podía verlos atropellados con total impunidad para el atropellador. Pero no es necesario retroceder veinte siglos; en la actualidad también existen sobrados ejemplos: hace algo más de 15 años, el filósofo Giorgio Agamben (*Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida, Pre-textos – 2004*) nos lo recordaba en su muy interesante texto. De entrada, en latín, la palabra *sacer*, posee una aparente contradicción semántica en sus dos acepciones: sagrado y maldito. Dos acepciones que quizás no sean tan contradictorias como parece y tal vez no haga falta remontarse tanto en el tiempo para comprobarlo.

A lo largo de la Historia y hasta ahora mismo, podemos encontrar numerosos ejemplos en los que algo sagrado -la vida humana, puesto que es única e insustituible- puede ser al mismo tiempo, considerado algo maldito, abominable y por tanto prescindible. Es lo que Agamben denominaba la nuda vida, es decir, una vida que no vale nada en términos de valor de uso o de cambio y por tanto puede ser eliminada sin más problema que deshacerse de los restos.

En los últimos tiempos, tenemos numerosísimos ejemplos en los que se pone de manifiesto la consideración de *homo sacer* por parte de los distintos estamentos del poder, para aquellas personas más desprotegidas, que pueden ser sacrificadas al margen de cualquier Ley y sin mayores consecuencias:

Guantánamo, Abu Graib, rohinyas en Birmania, prisioneros palestinos en Israel, saharauis en las prisiones de Marruecos, víctimas de paramilitares de Bolsonaro en las favelas de Río... tantos

y tantos otros no-lugares de indignidad, tortura y muerte... y ahora mismo, El Tarajal.

El Tarajal, donde –dejando aparte la actuación de la monarquía alauita marroquí que siempre ha dado más que sobrados ejemplos de su desprecio por la vida humana y la consideración de las personas como objetos- el ministerio del Interior y el de Defensa del Gobierno español, contraviniendo todos los acuerdos internacionales al respecto, empezando por la Declaración Universal de Derechos Humanos firmada en su día por España, han manejado a las personas migrantes de manera denigrante y totalmente inaceptable para un Estado que dice ser “de Derecho”. No se puede tratar a las personas como bestias, al margen de cualquier normativa jurídica aceptable. No se pueden devolver a palos y en manada, a medida que van entrando y sin hacer la preceptiva identificación individual y el adecuado examen médico para verificar las condiciones en que se encuentran.

Durante la dictadura argentina, se llamaban de manera muy gráfica “chupaderos”, esos lugares sin nombre donde los asesinos del poder hacían desvanecerse en la nada miles de vidas humanas, ahora se llaman Guantánamo, Lesbos, Lampedusa, Libia, Tarajal... el moderno *homo sacer* desaparece al margen de cualquier precepto legal –y si las leyes vigentes no se adaptan a sus necesidades, se retuercen esas leyes hasta donde haga falta- y queda eliminado ante nuestra mirada desafecta sin que aparentemente nunca pase nada.

En Derecho Romano, adquirían la condición de *homo sacer* aquellas personas acusadas de cometer supuestamente un delito. Ahora no es necesario, sólo con una falta administrativa como el no poseer pasaporte, es suficiente para ser un *homo sacer* y desaparecer en cualquier inicua frontera tragado por la crueldad y la vileza de los que se creen poderosos.

En el Código Penal actual, ya no existe la figura del *homo sacer*. No existe en la teoría de las leyes, pero en los hechos cotidianos de la vida real siguen existiendo numerosos *homines sacer* : de ahí los carceleros, los militares, las diversas policías...

Si no existieran, habría que crearlos. Estado los “necesita” para controlar y justificar la existencia de unas políticas represivas que le permitan sostener un *statu quo* que le conviene para mantener los privilegios de sus privilegiados.

L G T B I Q M N Ñ O P ...

En cuestiones de sexualidad, avanza imparable la desaforada manía de poner etiquetas y siglas hasta agotar el abecedario. ¿Por qué complicarse la vida describiendo lo inefable, acotando lo inacotable? Nuestros bisabuelos libertarios no se complicaban la vida y lo nombraban de forma mucho más breve y concisa: amor libre. Y es que la sexualidad humana es compleja y a la vez sencilla: todo debería ser posible y lícito mientras proporcione placer y cuente con el acuerdo de las personas implicadas.

La libido es tan inabarcable y heteromorfa que cualquier intento de encuadrarla obligatoriamente en un ámbito cerrado es peligroso además de inútil. Toda persona debería tener el derecho inalienable de vivir sus pulsiones sexuales de la forma que considerara más oportuna en cada momento.

Desde la masturbación al sexo en grupo, pasando por todos los roles sexuales concebibles, el camino de eros es inescrutable y lleno de matices y resulta una pasión improductiva intentar trazar mapas minuciosos de su territorio cuando sus únicos límites deberían ser el consentimiento y la reciprocidad.

Por otra parte, cuando hablamos de sociedad heteronormativa, si bien es cierto que las relaciones de pareja heterosexual son las que mejor siguen la norma impuesta en nuestra sociedad a mayor gloria de la familia tradicional y el mantenimiento del sistema productivo capitalista, no es menos cierto que cada vez más, las parejas homosexuales de ambos sexos tienden a reproducir el mismo tipo de familia tradicional y con el mismo reparto de roles, matrimonio incluido.

Tanto para Engels como para Levi Strauss, entre otros que se han ocupado del tema, el origen del ámbito normativo de la sexualidad hay que buscarlo en la familia al establecer alianzas de

parentesco y consanguinidad. A lo largo de la Historia, esta alianza se ha conservado con diversas variantes pero manteniendo su esencia inicial de pacto sinalagmático -más o menos imperfecto: *do ut des*. Y dado que al sistema capitalista, tanto como lo fue para el buen orden feudal, ya le venía bien una estructura social que le favorecía y le permitía implementar sin excesivos problemas sus mecanismos de dominación, apostó fuerte por la familia como vehículo de realización sexual, como podemos comprobar hasta la saciedad en los programas políticos de los partidos afines. Y si la testosterona se desboca, el elemento masculino siempre cuenta con la ficción engañosa de la prostitución o la pornografía para desfogar sus ímpetus. Las mujeres, apenas, porque como en una sociedad masculinizada, no se concibe que las mujeres manifiesten su apetito sexual, pues que se busquen la vida.

Por tanto, y visto lo visto, no existe una forma mejor o peor de relacionarse sexualmente, siempre que se cumplan las citadas condiciones de consentimiento y reciprocidad; es una pérdida de tiempo y energías caer en lo “políticamente correcto” y tan válido y satisfactorio puede ser el denostado amor romántico de una sola pareja como la no menos denostada promiscuidad.

Conocí una persona que a los 60 años, después de toda una vida heterosexual, descubrió con perplejidad que le atraía otra persona de su mismo sexo. ¿Y por qué no? Por fortuna, en ocasiones, como diría el Mackie Navaja, la vida nos da sorpresas, sorpresas nos da la vida.

La cuadratura de los círculos

Ahora que por fin parece que llega la primavera, acuden a mi cabeza otras primaveras, otras historias...

Érase una vez un numeroso, hermoso, grupo de gente muy indignada con lo que estaba pasando. Con la estafa descarada de los de siempre a los de siempre. Una estafa interminable que encima pretendían vendernos como crisis coyuntural del sistema. Era un abigarrado, heterogéneo grupo de gente que se reunía en las plazas de pueblos y ciudades para vivir asambleas interminables donde todo el mundo podía opinar y donde se imponía la sensación de que por una vez eran protagonistas de su historia y sentían que podían decidir sobre ella. Un caleidoscopio multicolor de variadas perspectivas se abría ante sus ilusionados ojos. Sentían la fuerza inusitada que les proporcionaba la convicción de pertenencia al grupo de afines. ¡Sí se puede!. Cualquier cosa aparecía en el horizonte como posible. Empezaba en ese momento un futuro incierto preñado de posibilidades. Como en todas las asambleas, su símbolo era el círculo. El polígono perfecto. Con lados infinitos. Sin aristas; con todos sus puntos a la misma distancia del centro, un centro vacío de poderes perdurables. Con todos sus miembros mirándose a la cara mientras se comunicaban sus inquietudes...

En el mismo tiempo histórico, érase una vez un reducido grupo de pescadores en río revuelto que captaron las posibilidades de los bancos de pesca de las asambleas y se dedicaron a lanzar sus redes.

Bajo la bandera del posibilismo y la participación en las instituciones, basados en la teoría de que éstas eran el ámbito fundamental en el que se tomaban las decisiones, convencieron a

muchas personas se dejaron seducir por un flautista de Hamelín que más pronto que tarde, bajo la promesa de asaltar los cielos, ahogó los círculos en las aguas revueltas del torrente parlamentario.

Los pescadores en río revuelto nunca consiguieron asaltar los cielos y progresivamente fueron sumiéndose en la irrelevancia, satisfechos con algunas victorias pírricas que muy poco solucionaban, mientras tragaban con denuedo sapos de todos los colores, al tiempo que convertían los círculos en cuadrados que a su vez servían de base a una pirámide en cuyo vértice se reproducían las luchas de poder a las que tan acostumbrados nos tienen otros cazadores de votos.

Estos pescadores en río revuelto decían antaño: "El cielo no se toma por consenso, el cielo se toma por asalto", "Un proceso constituyente para abrir el candado del 78 y poder discutir de todo" "No cederemos al chantaje, no somos la tabla de salvación de nadie" "Podemos soñar, podemos vencer" "Nos toca ser protagonistas de nuestra historia" "El derecho a sonreír no se vende" "Hacen falta quijotes"

"Así que vas a votar para cambiar el sistema. El sistema tiene que estar hondamente preocupado"...

Pero el sistema, al parecer, estaba poco o nada preocupado...

Y votamos... y una vez más nada cambió...

Y bueno, aquí andamos, a la orilla del camino, sin que nos preocupe origen o destino, observamos el cambio de rueda con impaciencia, entonando la balada de los sueños rotos mientras esperamos la llegada del próximo vendedor de humo que, como Godot, hoy no vendrá pero es posible que mañana, sí.

La estrategia del miedo

Ahora que se cumplen 40 años de la intentona golpista del 23 de febrero de 1981, comenzamos a tener la distancia histórica suficiente como para entender algo de lo que pasó. A pesar de los hectólitros de tinta que se han vertido sobre el sufrido papel para explicarlo, cada año siguen apareciendo nuevas interpretaciones cuya tónica general es permanecer en la anécdota y evitar entrar en el fondo y el trasfondo del asunto.

Lo que las apariencias nos muestran es que el diseño del golpe fue una gran chapuza y su puesta en escena, una chapuza todavía mayor. Parece una obviedad el establecer su fracaso sin pa- liativos. Yo no estaría tan seguro. Desde una cierta perspectiva podríamos concluir que el golpe fue un triunfo en toda regla y que sus autores intelectuales consiguieron todo aquello que se habían propuesto. Veamos.

De un lado, las fuerzas que en aquellos momentos detentaban el poder real –no militar sino económico, por supuesto- necesitaban deshacerse de la rémora de los restos de la estructura política y militar del franquismo más recalcitrante y miope que suponía un serio obstáculo a sus propósitos lampedusianos de cambiar las apariencias para adecuar el marco político a sus objetivos de negocio, como pudimos comprobar poco después del supuesto “golpe”, tras la prevista y orquestada subida de los pseudosocialistas al poder, para hacer todo aquello a lo que no se habían atrevido con un gobierno –nominalmente- más de derechas.

De otro lado, para que el montaje resultase creíble, era necesario arroparlo con la retórica de una defensa decidida de la recién estrenada Constitución “democrática” así como con la pertinencia de mantener y defender una monarquía que aseguraba esos valores -no fuese a ser que algunos desalmados, apro-

vechando la cobardía del rey, que el día de autos no dio la cara hasta que a altas horas de la noche, todo estuvo atado y bien atado, un rey que arrastraba fundadas sospechas de ser conocedor de la intentona, comenzasen a hablar de una 3^a República.

Así pues, tras el adecuado manejo de unos tontos útiles -militares, por supuesto- para que les montaran el numerito, esos poderes fácticos -financieros, por supuesto- se centraron en elaborar una estrategia que les asegurara a largo plazo la defensa de sus intereses. Esa estrategia era vieja, pero siempre había funcionado: el miedo.

El aparentemente frustrado *golpe* triunfó porque instaló ese miedo en nuestros cuerpos y en nuestras mentes, de tal manera que a partir de ese momento ya no hicieron falta tropas que se levantaran en armas. Si queríamos preservar la sagrada democracia, deberíamos portarnos bien y aceptar de buen grado los sacrificios pertinentes para mantener el *statu quo* "democrático". Así, pudimos asistir atónitos aunque resignados, a la creación de los GAL, el cierre de la siderurgia, la reconversión industrial, las privatizaciones de las empresas públicas rentables, la entrada en la OTAN... Si a ello le unimos un mundial de fútbol con Naranjito incluido, para acabar de distraer al personal, la jugada quedó perfecta.

Tras la muerte del viejo dictador asesino, parecieron abrirse muchas perspectivas de transformación social. Ingenuos como éramos, creímos que la utopía estaba algo más cerca. La opereta bufa de Tejero y sus colegas vino a poner las cosas en su sitio. La estrategia del miedo demostró ser el arma más adecuada en la lucha contra las movilizaciones sociales de todo tipo.

Tras cuarenta años de aciagos avatares, el miedo endémico, acrecentado ahora por la pandemia, sigue siendo hoy la mejor y más silenciosa arma de destrucción social masiva. Luchar contra él sigue siendo una cuestión tan urgente como prioritaria.

La Palma de nuestro martirio cotidiano

La palma del martirio es uno más de los símbolos que la Iglesia Católica aprovechó de iconografías y elaboraciones míticas anteriores para adjudicárselo a los que consideraba primeros mártires del cristianismo. Actualmente aún se conserva en las palmas del llamado Domingo de Ramos.

Pues bien, a todos los residentes en ese territorio incierto denominado España, debían premiarnos con la palma del martirio por soportar el bombardeo mediático en *prime time* y a todas horas de aquellas informaciones volcánicas, porfiadas y omnipresentes, con que nos agobiaron mientras estuvo activo desde los distintos soportes mediáticos. Si durante año y medio ha sido la exhaustiva y cansina información sobre los aspectos estadísticos de la pandemia, durante más de un mes nos han venido castigando con una información más que excesiva sobre la erupción del volcán en la isla de La Palma. No sé qué habría ocurrido si se hubieran solapado ambas noticias; probablemente un grave conflicto de distribución de horarios.

RTVE registró unas pérdidas de 31'6 millones y acumula una deuda de 184'1 millones en el primer trimestre de 2021; entre tanto Atresmedia obtuvo unos beneficios de 62'5 millones entre enero y junio, cantidad que triplica lo obtenido en el mismo periodo del año anterior y el resultado neto de Mediaset en el primer semestre del año ha sido de 85'3 millones de beneficios. Así que no, sus decisiones informativas no pueden ser inocentes ni casuales.

La excusa habitual es que ellos ofrecen lo que “la gente” demanda. Pero ese argumento recurrente y agotador no se sostiene porque, más allá de los siempre cuestionables datos de audiencia, no hay ninguna base objetivable que justifique esa supuesta demanda. Con lo cual, contrariamente a su pretendida función de informadores, que se podría sustanciar en mucho menos tiempo de emisión, lo que hacen en realidad es ocultar sus verdaderos intereses.

Ni siquiera –afortunadamente- se han producido víctimas mortales y las pérdidas materiales no son mucho mayores que las de las habituales inundaciones o los no menos habituales incendios en otros puntos de la península. Y lo que es más grave: en otras islas del archipiélago muy cercanas a La Palma, se producen continuas llegadas de migrantes en precarios cayucos procedentes de las costas africanas, entre cuyos integrantes si que se cuentan numerosas víctimas mortales, sin que ello parezca preocupar en demasía a los consejos de administración y redacción de las empresas que controlan los grandes medios y que ningunean o ignoran esas informaciones o, en el mejor de los casos, las relegan a espacios marginales en sus informativos.

Al margen de las espectaculares imágenes de las coladas de lava ofrecidas por los omnipresentes drones, la capacidad epidémica de transmisión de noticias sobre el volcán es tal, que en la televisión ha llegado a desbordar los informativos e infiltrarse hasta en los *realities* y los programas de basura.

Más allá de la dimensión humana de la noticia y teniendo en cuenta que las decisiones de negocio de los grandes medios nunca son inocentes, cabría preguntarse cuales son las razones últimas de semejante monopolio de lo noticiable.

Como premio para quien las adivine: la participación en un *reality* -de esos que nada tienen que ver con la realidad.

Lañas

Érase una vez, en la muy remota antigüedad de hace dos generaciones, en los pueblos y barrios de las ciudades de ese territorio incierto conocido como España, en que la gente precaria se buscaba la vida como podía. Así, existían variados oficios de subsistencia frágil y ahora olvidados, todos ellos de elevado sentido ecológico obligado por la necesidad y centrados en la reparación, recuperación y reutilización de diversos objetos de uso cotidiano.

De tal manera que, existían, por sólo poner algunos ejemplos, los *paragüeros*, dedicados a arreglar y reponer varillas y telas de paraguas deteriorados por la lluvia y el viento; los *pelejeros*, que recogían las pieles de los conejos sacrificados en las casas como única fuente de proteínas; los *silleros*, que reponían los asientos de las sillas de cuerda, rejilla o anea, rotos tras varias generaciones de uso; las mujeres que tras la ventana, subían con su pequeña máquina puntos de media que se habían corrido... En este contexto laboral, también existían los *lañadores* que recorrían los distintos lugares reparando cántaros, ollas o tinajas a las que se le habían abierto grietas por su prolongado uso o su exposición al fuego. Estos protoecologistas, portaban entre su equipaje una especie de grapas metálicas de aspecto robusto, conocidas como lañas, que colocaban de uno a otro lado de la resquebrajadura y dejaban listo el utensilio para una segunda vida... o las que fuera menester.

En esos asuntos andaba divagando, pensando lo procedente que resultaría en esta sociedad del despilfarro la recuperación de algunas de estas ocupaciones, cuando me cruzó la mente la imagen perturbadora y cansina de la situación política actual y mezclándolo todo un poco, pensé en lo bien que vendrían unas lañas en las diferentes fracturas por las que en estos momentos, se escapan en nuestra sociedad la coherencia y el sentido común.

En una situación como la actual en la que un abismo cada vez mayor de renta, de condiciones de vida, de bagaje cultural, separa irremediablemente a las personas y propicia su caída en las redes de oropel de tantos falsos profetas que venden humo y, en la maldita sociedad del espectáculo, predicen sus mentiras por doquier, se echan de menos unas fuertes lañas que unan las dos partes de la brecha y tiendan puentes que las pongan en contacto de nuevo.

Vivimos en una sociedad dispersa y múltiple que se va haciendo y deshaciendo a cada instante, habitada por personas que ocultan o disfrazan su identidad, siempre manteniendo las distancias de seguridad y falsamente protegidas por una tendencia a la paranoia que hace que permanentemente desconfiemos del otro y lo consideremos habitante del otro lado de la fisura. Legiones de hombres y mujeres invisibles que sólo mostramos ante los otros nuestro interior vacío, en todo caso, repleto de banalidades y lugares comunes. Deambulamos perplejos por no lugares inhóspitos, huérfanos de sociabilidad, de paso hacia ninguna parte, en un nomadeo sin propósito y sin sentido.

Así, somos presa fácil para que los mayoriales de los dueños del cortijo nos empujen con la percha y nos conduzcan sumisos hasta el redil que en cada momento les interese.

Insisto, sería bueno redescubrir esas lañas de defensa y mutuo sostén que nos permitan volver a unir y a unirnos en nuestra diversidad, para vivir de forma plena la única vida de la que disponemos, de tal manera que podamos redescubrir el auténtico sentido de un concepto tan manipulado y prostituido por obscuros intereses, como el de libertad.

Le cimetière marin

No, no es el de Paul Valéry: “qué paz parece concebirse / cuando sobre el abismo el sol reposa...” no, muy lejos de cualquier visión poética, es la tumba anónima de muchos miles de niños, mujeres y hombres desesperados que sólo buscaban sobrevivir con dignidad mientras cabalgaban sobre las olas un sueño triste.

No, no es el de Paul Valéry ni tampoco el de George Brassens cuando lo contemplaba con añoranza desde la playa de Sète en la que quería ser enterrado. Ni tampoco en el que nació Serrat... Es el Mediterráneo inconsolable de las costas de Turquía, Libia o Marruecos; el Mediterráneo de Lesbos y Kíos, de Sicilia y Lampedusa, de Cádiz, Málaga y Almería. Pero también el Atlántico, tumba de migrantes tan osados como escépticos, que en frágiles cayucos zarparon de las cosas de Nigeria o Mauritania con la determinación imposible de llegar a las playas de Gran Canaria o Lanzarote...

Y es que lo habitual acaba siendo rutina y percibido como irrelevante; esa otra pandemia callada y ocultada de las migraciones, tal parece que no nos afecte, que la cosa no vaya con nosotros; parecemos ignorar de manera irresponsable que cada muerto era una vida con toda su carga de sueños y realidades, y que por tanto no podemos, no debemos olvidar.

Durante muchos cientos de años el irónica, patéticamente conocido como Mare Nostrum ha sido escenario de cruentas batallas y frecuentes naufragios, por lo que su condición funeraria no le resulta nueva, pero lo ocurrido en los últimos años es inaudito y diferente, no sólo por su intensidad y su número, sino sobre todo por su carácter de evitable, de producto de la confabulación culpable de unos gobiernos y unos países europeos que se creen a

salvo y que prefieren cerrar sus fronteras – sin darse cuenta que es inútil e imposible poner puertas al mar - e ignorar el desastre que ellos mismos han creado durante siglos con su rapiña.

Sur la maison des morts mon ombre passe... Sin embargo, una y mil veces no. Nuestra sombra no puede pasar indiferente sobre esa larga, incesante sucesión semanal de víctimas ignoradas, sobre la tumba marina de los muertos sin más culpa que la de haber nacido en una casilla desafortunada de esta maldita partida de ajedrez global en la que los poderosos juegan siempre con ventaja sobre las víctimas de la estupidez y la crueldad humanas que no entienden que todos viajamos en la misma patera y que sus muertes, más pronto que tarde, serán también las nuestras.

*"La mer fidèle y dort sur mes tombeaux ... ()
les morts cachés sont bien dans cette terre ()
Qui de la mort fais un sein maternel..."*

Y esta semana van... Suma y sigue.

Ley de Desmemoria Histórica Democrática

Hay que tener cuidado con los adjetivos porque los adjetivos los carga el diablo. Primero fue la Ley de Memoria Histórica en 2007, ahora es la Ley de Memoria Democrática en 2021. Lo de histórica ya era una redundancia, casi un pleonasmico: toda memoria bucea en el pasado y por tanto está necesariamente referida a la historia; no hay ninguna memoria que no sea histórica. Por otra parte, resultaba un adjetivo ambiguo por demás: ¿de qué historia hablamos? ¿de la llegada del Cid a Valencia? ¿de la entrada de las tropas napoleónicas en la península? Si lo que pretendía era dar cuenta y reparar en lo posible los crímenes del franquismo debería haberse llamado así: Ley de Memoria de los Crímenes del Franquismo y dejarse de eufemismos y paños calientes. Ya que aquí no ha habido como en Alemania un juicio de Núremberg de memoria y condena parcial de los crímenes nazis, al menos en lo que se refiere a las palabras, al nombrar la Ley deberían haber sido algo más valientes y claros y haber llamado a las cosas por su nombre.

Ahora, visto el escaso éxito de la primera, se sacan de la manga una Ley de Memoria Democrática que, según sus redactores, revisa y actualiza la Ley de 2007. Dice basarse en los cuatro principios fundamentales que establecen los organismos internacionales de derechos humanos: verdad, justicia, reparación y deber de memoria como obligación para no repetir los hechos. Unos principios que hasta ahora, la Ley de 2007 ha incumplido de manera flagrante. En los 14 años que lleva vigente la anterior Ley, ni ha habido verdad, pues se ha seguido mintiendo impune-

mente sobre lo que sucedió, dando una visión edulcorada cuando no la versión oficial filofranquista e insultando la memoria de quienes sufrieron la masacre; ni ha habido justicia pues nada ha sido juzgado y las víctimas han tenido que ir hasta Argentina para intentar alguna reparación que, a pesar de ser crímenes de lesa humanidad que no prescriben, al llegar a España quedado en nada porque los altos tribunales protegen a los franquistas y a sus herederos; ni mucho menos ha habido la más mínima reparación salvo en pequeños asuntos aislados y los familiares de las víctimas, ni siquiera han conseguido en la gran mayoría de los casos que fueran enterradas decentemente; por todo lo cual, del deber de memoria, ni hablemos.

También en la actual Ley, el adjetivo democrática resulta redundante: ¿de qué otra forma podría ser sino democrática? ¿acaso dictatorial? (Tal vez se refiere a que tras la muerte del dictador y ya metidos en eso que se empeñan en llamar democracia, se siguieron cometiendo crímenes de Estado, pero, pensándolo bien, no creo que se refieran a eso) Lo que haría falta es que de una vez por todas y dejándose de adjetivos inútiles, fuera realmente una Ley efectiva.

Ahora, el ministro Bolaños, ha asegurado a los miles de personas que buscan los restos de sus familiares y antepasados que cuentan con el Gobierno para ayudarles en esa misión: "Será el Estado el que tendrá la responsabilidad de buscar a las personas desaparecidas, y se hará una planificación cuatrienal para ir avanzando de manera pausada, pero constante, en la recuperación de restos de personas que fueron represaliadas en su momento" (pasemos por alto el eufemismo *represaliadas* por no decir asesinadas, que es lo que realmente les ocurrió)

Y así mismo, con el fin de facilitar la localización e identificación de las víctimas, se prevé la creación de un banco nacional de ADN y la mejora del derecho de acceso a los archivos y fondos de consulta. Esperemos que al menos esos dos pequeños avances se cumplan.

Eso sí, se ha cuidado el aspecto simbólico: se plantea la creación de dos días de homenaje. La primera fecha, el 31 de octubre, será el Día de todas las víctimas de la guerra civil, - ojo, de todas, de los fascistas que apoyaron el golpe militar, también- del golpe de estado y de la dictadura. Y el 8 de mayo, Día de las Personas Exiliadas, se recordará a todas aquellas personas que tuvieron que abandonar España – esas si que fueron sólo de un bando, por razones obvias- . Dos fechas emotivas y justas que es de temer que en cuanto suba la coalición de derechas al poder, se apresurará a borrar del calendario.

Y, por si alguien se llamaba a engaño, la Ley deja claro que no se pasará del simbolismo: La reparación será histórica y moral, ya que no se contemplan ni la responsabilidad patrimonial del Estado ni indemnizaciones económicas. Sí se hará una auditoría y un inventario de la incautación de bienes que fueron expoliados por el régimen franquista por razones políticas, de conciencia e ideológicas. Un inventario: “Mire usté, para que lo sepa y se fastidie, esto es lo que le robaron a su familia” y ahí acabará la cosa.

En definitiva, a pesar de sus tímidas intenciones, sigue siendo una Ley vergonzosa que, es de temer que siga siendo tan inútil como la anterior.

Com diguem en València: “*De forment, ni un gra*”.

Libre te quiero: en el Día del Orgullo

“ Libre te quiero, ni mía ni de nadie, ni tuya siquiera” sabias palabras del recordado abuelo Agustín García Calvo. Amores homosexuales, heterosexuales, lésbicos, bisexuales, trans, poliamores, amores en pareja, trío, cuarteto, sexteto... incluso un amor romántico como los de toda la vida... Ninguna relación debería restar sino sumar o multiplicar. No debería haber un modelo único de relaciones interpersonales anclado en una determinada ética cargada de “moralina” y con un sospechoso hedor a sacrifício: Cualquier tipo de relaciones afectivas y sexuales son posibles y deseables si las personas implicadas en ellas están bien y se sienten libres.

Es lógico que las personas que han sufrido y sufren discriminación e incluso persecución y agresión en un contexto de homofobia quieran reivindicar sus derechos en un Día del Orgullo porque es una situación que da la sensación de que mejora algo con el paso del tiempo pero que, según los datos de los distintos observatorios de homofobia, parece que no sólo no es así sino que tiende a aumentar mientras las agresiones verbales y físicas no cesan.

Aunque no podamos olvidar nunca la siniestra manipulación publicitaria y la capacidad que posee el dios Mercado de recuperar, fagocitar y hacerse con todas aquellas iniciativas que puedan resultar rentables, sin importar de donde procedan, ni sus implicaciones éticas, a pesar de ello no habría que perder de vista lo esencial, es decir, no debería ser necesario reivindicar lo obvio, a saber: que toda persona- por supuesto, dentro de un estricto y

permanente respeto a los demás- tiene derecho a vivir su afectividad y su sexualidad como mejor le parezca.

En años de pandemias, por razones obvias, los actos tienen otras características muy distintas a los de años anteriores, menos masivos, con más medidas de protección, con mas distanciamiento físico, con más miedo... pero ello no será obstáculo para seguir insistiendo en unas reivindicaciones que, lamentablemente, no han perdido actualidad. Bien al contrario, la actual situación sociosanitaria lo convierte necesariamente en un Día del Orgullo menos espectacular, menos publicitario, pero más íntimo, más propicio a la reflexión, a compartir ideas, sensaciones, perplejidades...

En cualquier caso, habrá que seguir luchando por un día, más próximo que lejano, en el que no sea necesaria la celebración de un Día del Orgullo porque la sexualidad y la afectividad serán vividas de una forma respetuosa, libre y abierta.

Y es que, habría que recordarle a esa minoría de homófobos descerebrados -no todos encuadrados en la extrema derecha- que cualquier relación afectiva entre personas puede ser plausible y satisfactoria.

Recordemos el título de una película de Woody Allen, muy ilustrativa al respecto: "Si la cosa funciona..."

Lo que el viento de la pandemia se llevó (y lo que nos dejó)

Ahora que da la impresión de que el virus y el miedo han devenido crónicos y han pasado a formar parte, tal parece que indispensable, de nuestra vida cotidiana, se impone una reflexión sobre lo que hay ante nosotros en estos momentos y lo que es de prever que nos aguarde agazapado en el futuro inmediato. Más allá de las agobiantes cifras con las que nos bombardean a diario y que impiden que veamos lo que, pretendiendo mostrar, nos ocultan, dando cumplimiento al conocido axioma de que el exceso de información equivale a su ausencia, cabría analizar lo que revela el paisaje tras los primeros escarceos de una batalla por la dignidad y la cordura que de momento se antoja interminable.

Respecto a lo que en el aspecto sanitario la pandemia se llevó, quizás cabría destacar, por lo que se refiere a eso que llaman España y en primer término, la confianza en nuestro sistema de salud. Autoreputado durante décadas por sus responsables como uno de los mejores del mundo pero que en cuanto han soplado vientos de pandemia y ha sido exigido, ha mostrado sus carencias estructurales; por un lado su concentración en grandes macro-hospitales en perjuicio de los de tamaño medio y de una adecuada red de centros de salud, mejor distribuidos por zonas y más cercanos a la población, y por otro lado, la insuficiente dotación presupuestaria, con una permanente y endémica carencia de personal sanitario suficiente. Con unos servicios permanentemente infradotados que no permiten cubrir adecuadamente las bajas y los descansos del personal y unas ratios imposibles para

una adecuada atención a los pacientes y que abocan a los trabajadores sanitarios a unas condiciones de trabajo de un estajano-novismo insoportable y muy lesivas para su salud física y mental.

Si eso es así desde el punto de vista sanitario, desde una óptica socioeconómica, la pandemia ha resultado igualmente reveladora. Aquellos poderes fácticos que determinan y controlan la estructura económica han aprovechado la coyuntura para continuar agudizando el proceso de concentración de capital en grandes empresas, especialmente financieras y de servicios, con su lógica secuela de ERES, despidos masivos y profundización en una situación de desempleo estructural que presenta oscuras perspectivas para sus víctimas.

Por lo que se refiere al ámbito de lo social, el virus predominante, sumamente contagioso y de más graves consecuencias – más allá del COVID- ha sido sin duda el miedo. Inoculados con dosis masivas de temor, ansiedad y desasosiego frente al horror primordial e inmediato de la muerte, aceptamos sumisos cualquier dejación de nuestro albedrío sin cuestionar ninguna decisión por arbitrarria que parezca. Cualquier cosa antes de cargar con el estigma de moda: *negacionista*.

Lejos de un debate abierto y racional sobre la situación y consecuencias de una coyuntura como la actual, se empeñan en situarnos en una encrucijada que, pese a las apariencias, sólo presenta una única salida posible: la que nos marcan como ineludible y necesaria: la obediencia ciega a las consignas emanadas desde el Poder.

Los lechos de Procusto

Cuentan las antiguas historias que Procusto fue un bandido y posadero instalado en el camino que unía Atenas con Mégara y que alcanzó justa fama por su insólito sistema de rentabilizar su negocio. Al parecer, las camas de sus aposentos tenían una doble longitud: unas muy cortas y otras muy largas. Así, si por una infiusta circunstancia, el cliente no cabía en el catre a él destinado, Procusto, ni corto ni mucho menos perezoso, aserraba las piernas o la cabeza del desdichado, hasta dejarlo del tamaño adecuado para disfrutar -es un decir- del lecho asignado; si por el contrario le sobraba un buen trozo del jergón, lo sometía a una sesión intensiva de estiramientos hasta descoyuntarlo y hacerlo coincidir con las dimensiones requeridas. El insólito afán de ajustar el cliente a su lecho por vía ejecutiva, terminó cuando el héroe Teseo - el de Ariadna y laberinto del Minotauro - que casualmente pasaba por allí, indignado con sus tropelías, acabó con su vida y de paso con su floreciente negocio.

Algunas mentes malpensadas y tendenciosas, clasificarían a Procusto como el *homo antecessor* de los actuales asesinos en serie que de forma tan recurrente y cansina aparecen en los telespósitos estadounidenses, pero tal vez cabría conjeturar que se trataba en todo caso de una forma -quizás un tanto radical y extremosa- de optimizar sus recursos y de paso atender su negocio. El mayor problema que presentaba el método de Procusto era que los clientes no solían repetir alojamiento.

Pues bien, recurriendo a la metáfora - que de eso se trata en la práctica totalidad de leyendas y mitologías- podríamos extraer la historia de Procusto a diferentes situaciones con las que nos encontramos en estos nuestros azarosos días

¿Quién no se ha sentido un poco cliente de Procusto - hablando simbólicamente, de momento - cuando han pretendido hacernos entrar a fuerza de sofismas en un determinado planteamiento por demás inaceptable, haciendo uso del viejo sistema del -nunca más apropiado- cortar por lo sano, repitiendo unos presuntos argumentos que no entraban ni con calzador en los límites más estrechos de la lógica más elemental y el sentido común?

Veamos un ejemplo: en eso que llaman España, llevan varios decenios metiéndonos, mediante la amputación de nuestros derechos y libertades, en el lecho de Procusto de una supuesta "democracia" que sólo devenga beneficios a unos cuantos y repitiéndonos la misma monserga, hasta llegar al tedio más insopportable, de que la tal democracia parlamentaria al uso es el sistema político menos malo.

¿Menos malo para quién? Porque la dura realidad de las cifras nos muestra que en nuestra controvertida sociedad, cada vez los menos tienen más, hasta aumentar de manera obscena sus mal ganadas fortunas y los más tienen menos, hasta caer en la indigencia.

Por si esto fuera poco, quieren convencernos de que ante unas condiciones que ellos mismos han creado y que hacen imposible cualquier forma de entendimiento, la única solución es abocarnos a una nueva cita electoral que presumiblemente desembocará en más de lo mismo.

Nos quieren introducir -o de forma más plausible, crean los escenarios para que nos introduzcamos nosotros mismos con nuestra servidumbre voluntaria- en un lecho que nos viene pequeño y en el que para entrar debemos perder nuestra cabeza.

A pesar de lo cual y por muchas leyes mordaza con las que pretendan silenciarnos, cada vez más personas seguiremos pensando que sus urnas son muy exigüas y sórdidas y nuestros sueños, como los clientes de Procusto, no caben en ellas.

En cualquier caso, deberíamos ser conscientes de que los sueños ni se estiran ni se acortan, como querría Procusto y siguen sin caber en una urna como pretenden sus actuales discípulos.

Malditas Fronteras

En el ancestral mundo de la Prehistoria paleolítica, en tierras de cazadores recolectores con sus grupos en continuo movimiento, yendo siempre de aquí para allá en busca de alimento, a nadie se le ocurría establecer otras fronteras que las condicionadas por la caza o la recolección. Desde entonces, a partir del Neolítico, con el desarrollo de la agricultura y la ganadería y el consiguiente establecimiento de residencias fijas, empezaron a demarcarse los respectivos territorios y aparecieron los límites y las fronteras. Y así hasta ahora, donde sólo queda un puñado de pueblos originarios que ignoran las líneas divisorias de su espacio vital.

Hemos retrocedido progresivamente en el proceso de humanización. A todo lo largo de la historia, desde la Antigüedad hasta nuestros días, las fronteras han configurado cada vez más, un relato de violencia y de muerte. La novedad desde no hace tanto tiempo es que las causas de la brutalidad fronteriza han pasado, de ser el deseo imperialista de poseer nuevos territorios, (ahora estamos en la mismas, pero se hace por otros medios económicos y tecnológicos) a estar motivadas por la represión de las migraciones de miles de personas inocentes que huyen de la guerra o el hambre; una represión despiadada que en muchos casos oculta oscuros intereses y en la que los migrantes ejercen de chivos expiatorios y moneda de cambio.

Si no hace mucho era el rey de Marruecos quien amenazaba desde el Sur la frontera española y europea, trasladando hasta ella a centenares de migrantes como chantaje, con la burda e increíble excusa de la ayuda sanitaria prestada a un miembro del Frente Polisario, ahora el chantaje proviene del Este, colapsando la frontera de Bielorrusia con Polonia y Lituania con una avalancha

de miles de emigrantes procedentes en su mayoría de Oriente Medio, la región más masacrada del planeta.

En estos momentos, en la frontera de Bielorrusia con Polonia y Lituania, mas de 4000 personas acampan, intentando atravesar las alambradas que los separan de la mitificada Unión Europea, una UE que los buitres de costumbre , negociantes de precariedades y miedos, les han vendido como un paraíso de leche y miel donde atan los perros con longanizas. Además de tras la frontera, según los residentes de Minsk, la capital, cientos de personas acampan en centros comerciales, pasajes subterráneos y entradas de edificios residenciales de toda la ciudad en espera de poder llegar a la UE.

Para mayor ironía, esa zona fronteriza es conocida como "Wrota Lasu": la Puerta del Bosque, porque da acceso a uno de los últimos bosques primordiales del continente que alberga la mayor población de bisontes europeos del mundo y es Patrimonio Mundial de la Unesco. Allí, eso sí, para los migrantes, una botella de agua cuesta diez veces su valor y hasta la recarga de móviles hay que pagarla. Entretanto, el primer ministro polaco Mateusz Morawiecki declaraba: "Este ataque que está llevando a cabo (el presidente de Bielorrusia) Lukashenko tiene su cerebro en Moscú. El autor intelectual es el presidente Putin". Aguda observación que nos deja perplejos...

Así las cosas, lo único que subyace como evidente en el fondo de la cuestión, es que todo este despropósito criminal que tanto sufrimiento está causando a esas personas abandonadas en medio del frío paisaje de un hermoso bosque centroeuropeo, resulta cualquier cosa menos casual e inocente. Oscuros y poderosos intereses los han llevado hasta ese infierno y son los responsables de lo que se prevé como una auténtica tragedia humanitaria. Entretanto, esos responsables, calentitos en su sillón, mueven ficha en el miserable tablero geopolítico.

Y como todo lo que va mal, puede empeorar, ahora mismo, los dos complejos turísticos polacos más grandes de la zona, Zubrowka y Bialowieski, casi parecen campamentos militares: solo

alojan miembros de las fuerzas de seguridad y tienen aparcados en el exterior numerosos camiones de tropas. Por su parte, al otro lado de las alambradas, Putin y Lukashenko realizan maniobras militares en la región y cuantiosos aviones de guerra sobrevuelan el idílico paisaje.

Que no les pase nada a los refugiados, convertidos en simple moneda de cambio, porque como se desate el conflicto latente, ya sabemos quien va a salir perdiendo.

Ya digo, ¡Malditas sean las fronteras!

Municipalismo y anarquía: insumisos al poder estatal

"Un pueblo, cuya única función política es la de votar delegados, no es un pueblo en absoluto, es una masa".

Murray Bookchin

Si aceptamos la afirmación de Eliseo Reclús de que la anarquía es la máxima expresión del orden, en el sentido de que es un orden autoimpuesto por coherencia personal y no obligado desde fuera por instancias de poder supraindividual, habremos de considerar la afirmación de Bookchin que recoge la cita inicial, desde un punto de vista según el cual, delegar en otras personas la propia libertad de acción y elección convierte al individuo en masa amorfa y maleable.

Los partidarios de mantener el actual *statu quo* social así como aquellos que dicen querer cambiarlo “desde dentro”, pretenden hacernos creer que hacer política es sinónimo de hacer política parlamentaria, como si cualquier actuación política fuera de los distintos parlamentos fuera un juego inútil y una perdida de tiempo y energías porque sólo es en “sede parlamentaria” donde se consigue, mediante leyes *ad hoc*, modificar la realidad, cuando, según nos muestran hasta la saciedad pasadas experiencias, es precisamente todo lo contrario. En contadas ocasiones las leyes surgidas del poder legislativo han servido para mejorar en algo la vida de las personas más necesitadas de ello.

Parece evidente que hay que ampliar el espacio de acción política más allá de los parlamentos -y no sólo de manera retórica

apelando a los colectivos sociales porque queda bien cuando se acercan las elecciones. Por otra parte, ampliar esos espacios, no significa negar toda forma de representatividad pero sí comenzar por aquellos ámbitos más cercanos, lo cual viene a significar más accesibles y más controlables. Si hay que empezar por algún lugar, ha de ser por el principio: de abajo a arriba, por el ámbito local, donde las personas y sus actuaciones públicas se conocen mejor y se puede intentar dialogar con ellas y, si llega el caso, fiscalizar sus atropellos; así que sería en el campo del municipalismo libertario donde deberíamos empezar a buscar respuestas.

El estudio y análisis de la creación de colectividades a partir de la Revolución Española de 1936, sería un buen punto de partida. En palabras de Anastasio Ovejero, “no cabe ninguna duda de que fueron las circunstancias concretas del golpe militar fracasado lo que posibilitó esa “revolución social”. Y lo hizo al menos a estos dos niveles: por un lado, los obreros, sumamente irritados con las tradicionales clases poderosas en España (los terratenientes, la iglesia y el ejército) a causa de décadas de sufrimiento, trabajo y hambre, tomaron en sus manos las riendas de los acontecimientos como respuesta al golpe de estado orquestado conjuntamente por esos tres sectores sociales dominantes; y por otro, el fracaso del golpe militar en gran parte del territorio nacional, gracias en gran medida a la resistencia obrera, creó un vacío de poder que fue rápidamente ocupado por los trabajadores organizados principalmente por los libertarios, que pusieron en marcha un orden social nuevo, basado en la libertad, la igualdad y la solidaridad: en eso consistieron esencialmente las colectividades. Y su éxito se basó sobre todo en que satisfacían las principales necesidades humanas de pertenencia, de identidad, de cooperación y de autonomía, dándoles a sus miembros el sentido de que controlaban los acontecimientos que afectaban a sus propias vidas. () de alguna manera podemos decir que la revolución libertaria de 1936 fue la respuesta de los ciudadanos y de los pueblos, de la industria y del campo no sólo a los militares golpistas sino también a la crisis económica del 29 y, por ello, al propio sistema capitalista que es el que la había provocado.”

Así pues, tomando el estudio de las colectividades como punto de partida crítico y por supuesto, con la adecuada contextualización al momento socioeconómico actual, marcado por el neoliberalismo, la crisis de la vieja izquierda y el auge de la extrema derecha, en un momento de hipercconsumo e hipertecnologización de la sociedad, podríamos empezar a considerar el municipalismo libertario, entendido de una manera contextualizada, abierta y heterodoxa, como alternativa y punto de partida para la reflexión y la acción.

Harina de otro costal es lo que entendemos por municipalismo libertario, donde hay puntos de vista muy diferentes acerca de la forma de organizarse y actuar; visiones que de alguna manera habría que armonizar.

En cualquier caso es un reto que habría que asumir si queremos avanzar en el camino hacia la lejana ciudad de Utopía.

¡Oh, aquella gran amistad frustrada!

Quién no recuerda aquellos felices tiempos en los que el amado líder de PODEMOS acudía a los mítines triunfales de Shiriza y subía al escenario a felicitar y felicitarse por sus victorias? ¿Quién ha podido olvidar esos calurosos abrazos entre Iglesias y Txipras con sabor a triunfo electoral incontestable? ¿Quién ha podido desterrar de su memoria aquellos momentos mágicos en los que parecía al alcance de la mano tomar por asalto electoral el paraíso parlamentario soñado? ¿Dónde quedaron? Lo que parecía el comienzo de una gran amistad, pronto devino en momentos efímeros de plenitud y melancolía, pronto se marchitaron el esplendor en la hierba y la gloria en las flores. En Grecia, tras el triunfo electoral, comenzó una larga serie de sometimientos a los dictados de los bancos alemanes y franceses a través de los mandatos de la Unión Europea; en España no hizo falta porque no alcanzaron el poder y, donde lo hicieron como en el caso de Cádiz, la autoproclamada izquierda anticapitalista de PODEMOS se dedicó a conceder medallas a la virgen y apoyar la industria bélica con destino a las masacres de Arabia Saudí.

Pues bien, pasados los instantes de epifanía y de disculpable euforia, quizás sería pertinente analizar, con la distancia que proporciona el paso del tiempo, donde está la gloria en las flores de antaño, por donde andan aquellos partidos y sus respectivos líderes, aunque sólo sea para renovar la vieja mentira acerca de las enseñanzas que se extraen de los errores pasados para no vernos condenados a repetirlos.

Por lo que se refiere a Shiriza, desde su triunfo electoral y su acceso al Gobierno de Grecia, ha venido representando el poco lucido papel de jugador de póker novato. Una de las reglas bási-

cas cuando vas de farol en el póker, es aguantar el envite hasta el final de la jugada y no enseñar las cartas. Si vas con todo y pierdes, te vas. Así de simple. Si aflojas y te retiras en mitad de la apuesta, no sólo demuestras tu debilidad sino que, a partir de ese momento, has descubierto tu juego y conviertes así tu partida en un largo suplicio sin futuro.

En las entrañas financieras de la Comisión Europea, el FMI y el Banco Mundial, hay tahúres de reconocido prestigio y a su lado, el presidente griego Txipras no pasó de ser un jugador novato. Como ya le advirtió Varoufakis, a la sazón su ministro de Economía, había que aguantar el envite hasta el final. Si juegas fuerte de farol y convocas un referéndum para ganarlo y así forzar a tus adversarios a aceptar tus condiciones en la negociación, no puedes ceder y arrojar las cartas en mitad de la partida. Por muy mal que las veas venir, no puedes aflojar aunque ello suponga en último extremo dejar el Euro e incluso la Unión Europea, porque ello significa no sólo transigir con las denigrantes condiciones impuestas por la Troika y agravar así la miseria del pueblo griego sino sentar un precedente de debilidad frente a los tiburones de las finanzas que va a hipotecar sin remedio la vida de las futuras generaciones helenas.

Cuando a la hora de arbitrar una solución, la opción es elegir entre una mala y otra peor, el asunto se presenta difícil. Aquí debería entrar en la decisión final un elemento de juicio que no suele estar presente en este tipo de deliberaciones: el factor ético. Bien al contrario, siempre se suele presentar el dilema bajo el prisma macroeconómico. Se hacen números y se calculan en miles de millones de euros los "rescates" (por cierto, ¿Por qué se le llama rescate cuando en realidad es un nuevo secuestro?), los plazos de devolución de la deuda, los intereses devengados... ¿Y cuándo se habla en estos doctos foros de las personas? ¿Cuándo de la pobreza energética y la desnutrición infantil? ¿Cuándo de las múltiples precariedades que asolan a los griegos de a pie? Parece claro que el factor humano no forma parte de la ecuación que se discute y mientras esto siga siendo así, la idea de Europa, tal como está planteada, seguirá siendo sólo una gran patraña para

encandilar a los pocos ingenuos que van quedando. Si Shíriza pretende seguir siendo un referente moral respecto a unas nuevas formas de entender la política parlamentaria, debería tomar esto en consideración y no dejarse arrastrar sólo por el lado financiero de la cuestión.

En lo tocante a España, el partido “hermano” PODEMOS presenta algunas semejanzas y notables diferencias. En cuanto a las semejanzas en su proceso evolutivo, probablemente la más importante sea el abandono de una cierta radicalidad para abrazar de manera decidida la *real politik*, *en su caso*, las posturas más tibias y pactistas de una socialdemocracia como las de siempre. Si a ello le unimos en el caso de PODEMOS una creciente burocratización piramidal, un abandono de las primitivas formas horizontales de funcionamiento como los Círculos y un constante navajeo interno por asumir mayores cotas de poder personal junto con una defenestración inmediata de cualquier disidencia,

Así las cosas, ha acabado en distanciamiento y desamor lo que pudo haber sido el principio de una gran amistad. Una demostración incontestable de que dentro del ámbito parlamentario aún quedan muchas cosas por decir de cara a mejorar las condiciones de vida de las personas más en precario. Así, se ha convertido en el caso de PODEMOS en un fracaso sin paliativos; la enésima demostración de que, en estos momentos, lo que se conoce como democracia parlamentaria no es sino una trampa para incautos preparada por los de siempre para lo de siempre y en la que los papeles principales ya están repartidos y donde los grupos políticos de toda la vida, -véase PP-PSOE- que ya han demostrado, tanto su capacidad de engañar como de gestionar adecuadamente los intereses de los amos del cortijo, tienen siempre las de ganar.

¡Se ha acabado el bipartidismo! Pues no: Cánovas y Sagasta siguen aquí.

Où sont les neiges d'antan?



Dónde están las nieves de antaño que recordaba Villon?
¿Dónde el esplendor en la hierba y la gloria en las flores que
evocaba la nostalgia de Wordsworth?

Ahora que se acerca el décimo aniversario del 15M acudían a mi cabeza estos versos a propósito del abandono de la Vicepresidencia del Gobierno por parte de Pablo Iglesias y su huída en dirección a la frustrada candidatura a la presidencia de la Comunidad de Madrid.

Lo que en el estallido social del 15M fue un soplo de aire fresco de virtualidades libertarias en la viciada atmósfera de la política española de aquel momento, se desinfló pronto debido a diversas circunstancias represivas y fue capitalizado por un partido oportunista de nueva creación, que se dedicó con cierto éxito a pescar en río revuelto, en una maniobra pretendidamente audaz, arropada con una retórica rupturista, que tantas esperanzas despertó en aquellos que confiaban en que la vía parlamentaria era la más adecuada para “asaltar los cielos”... y que diez años después da la sensación de que empieza a entonar su postrero canto de cisne, tras sus malos resultados electorales y con movimientos tácticos tan aventurados como la presentación de la candidatura de Iglesias en Madrid, que evidencia una fuga hacia delante de pronóstico más que previsible.

Todo ello suscita inevitablemente una reflexión sobre el desarrollo y el destino de los movimientos sociales de indignación y rebeldía frente a lo inicuо establecido.

Si bien es cierto que los poderes fácticos mantienen habitualmente bajo control la situación, con la inestimable ayuda de unos medios desinformativos de su propiedad y por tanto bajo su cen-

sura mejor o peor encubierta, esos poderes no pueden evitar que periódicamente se produzcan deflagraciones sociales motivadas por situaciones insoportables para tantas y tantas personas.

En un contexto en el que los abismos de renta avanzan exponencialmente, el paro de los jóvenes roza el 50%, por no hablar del subempleo de la otra mitad y el umbral de pobreza afecta a casi un tercio de la población, con unos servicios sociales insuficientes y desbordados, lo único que parece funcionar - de manera tan solidaria como triste – es la función asistencial de comedores sociales y bancos de alimentos, cada vez más saturados de demandantes. En una situación tal que así, no es de extrañar que periódicamente, la gota de la exasperación desborde el vaso de la indignación y se derrame por las plazas de las ciudades.

No importa, para los distintos poderes estos estallidos sociales, operan como válvulas de escape que liberan la tensión acumulada, la descargan hasta la próxima explosión controlada y permiten, tras su emulsión y posterior desleimiento, seguir manteniendo el *statu quo* habitual.

En cualquier caso, cuando en los libros de Historia leemos acerca de la Comuna de París, la Barcelona de julio del 36 o incluso mayo del 68 o el 15M, no podemos evitar un sentimiento agridulce y paradójico de derrota victoriosa, la convicción de que, a pesar de los muchos pesares, todavía es posible. Como nos recordaba Wordsworth:

*"Aunque nada pueda hacer
volver la hora del esplendor en la yerba,
de la gloria en las flores,
no debemos aflijirnos
porqué la belleza subsiste siempre en el recuerdo..."*

Pandemia y cambio climático

El maldito virus corona oculta, enmascara y por otra parte, paradójicamente, pone de manifiesto, muchos problemas que siguen estando ahí y que cuando pase lo peor seguirán siendo vitales para nuestra supervivencia. Uno de los más importantes es sin duda aquel que tiene que ver con todo lo relacionado con la ecología de la que parece que ahora casi nadie se acuerda.

Recientemente han aparecido los datos relativos al último quinquenio de calentamiento global y han indicado que el periodo 2015 -2019 ha sido el más cálido desde que se tienen registros. Si esta tendencia continua, y es de suponer que sí, la temperatura global aumentará en este siglo entre 3 y 5 grados según las pre-visiones más optimistas. Según los meteorólogos, un sistema inusual de anticiclones, está provocando prolongadas sequías e imparable aumento de las temperaturas. La actual crisis sanitaria no será suficiente, como algunos optimistas sostienen, para frenar la tendencia al calentamiento. Si bien es cierto que estos días estamos viendo sorprendentes imágenes de Beijing, Tokio, Nueva York, Madrid o Barcelona con inusuales cielos azules, es de temer que cuando esto acabe volverán a las andadas. La paralización del transporte y de buena parte de la actividad industrial supondrá un descenso del 6% de las emisiones de CO2 este año, pero eso, según la OMM -Organización Meteorológica Mundial- será radicalmente insuficiente para frenar el cambio climático. La concentración de CO2 fue en el periodo 2015 – 2019 un 18% más alta que en los cinco años anteriores. Según el fracasado acuerdo de París, no sólo el descenso debería ser como mínimo del 7%

sino que ese descenso debería prolongarse durante décadas. La caída de emisiones es un fenómeno a corto plazo y muy probablemente se regresará a índices anteriores o incluso habrá un repunte de la contaminación.

Lo que sí se ha puesto de manifiesto en la actual crisis sanitaria es donde está el foco del problema. Según la OMM, los problemas meteorológicos han aumentado exponencialmente y no desaparecerán a causa del coronavirus. Sus responsables han declarado que deberíamos mostrar la misma unidad y determinación contra el cambio climático que contra la pandemia, ya que no hacerle frente puede poner en serio peligro el bienestar de personas, ecosistemas y economías durante siglos.

Ya hace tiempo que hemos traspasado el tan traído y llevado "punto de no retorno" y según la OMM el mundo está abocado al cambio climático con independencia de cualquier reducción transitoria de las emisiones. De hecho, según las mediciones de distintos observatorios como el de Izaña en Tenerife, pese a la actual bajada de la contaminación, la concentración de CO₂ sigue aumentando incluso en estos meses de paralización industrial y confinamiento.

Por si esto fuera poco, desastres naturales aparentemente contradictorios como sequías y lluvias torrenciales e inundaciones, abonan el terreno para la aparición de nuevas epidemias de enfermedades infecciosas. El informe de la Organización Mundial de Meteorología, acaba señalando que al menos un tercio de la población mundial vive en zonas climáticas potencialmente peligrosas, aunque eso sí, en países que no cuentan demasiado para la economía global de mercado, como no sea para acabar de esquilmar sus recursos naturales.

Pandemia y sumisión: reflexiones pandémicas

Ahora que las cifras de personas afectadas parece que descienden y los que dicen saber nos anuncian que la cosa parece controlada, tal vez sea el momento de plantearse algunas cuestiones.

Hace tiempo, contaba un amigo una fábula moral muy reveladora:

Érase una vez, había un hombre que tenía un caballo al que quería castrar y no sabía cómo hacerlo. Se lo comentó a un amigo y éste le dio la solución. – Mira, le dijo- coges un par de ladrillos, uno en cada mano; los sitúas en ambas partes de los testículos del caballo y los cierras con mucha fuerza: los testículos caerán al suelo. - ¡Uy!, pero eso hará mucho daño, ¿no? Y el amigo le respondió: -no, si no te chafas las manos, no. Al que le pique que se rasque, y si tú no te pisas los dedos, no pasa nada.

En dos largos años de pandemia, y lo que nos queda, lo que ha caracterizado la situación social en general, ha estado caracterizada por la sumisión y el no chafarse los dedos. Frente al miedo a la muerte, cualquier aquiescencia a las normas dictadas por los poderes que controlan el Estado, resulta poca. La empatía parece ser una pasión inútil. Se trataría de obedecer antes que cuestionarse la procedencia de las medidas adoptadas.

Frente a la ortodoxia de las normas prescritas por quienes saben, e impuestas por quienes pueden, cualquier disensión viene demonizada y perseguida por los buenos ciudadanos sumisos al poder, que siempre abundan.

Una vez más el pensamiento binario se impone: o conmigo o contra mí. O estás del lado de la ciencia y la verdad o eres un antisistema, un peligro público ignorante y populista porque lo que emana de las fuentes del poder, resulta incuestionable. En este caso, cualquier forma de heterodoxia resulta inaceptable y culpable de crímenes de lesa humanidad. Cualquier matiz disidente de la versión oficial resulta sospechoso. La verdad trasciende cualquier cuestionamiento y está siempre en manos de los que detentan su propiedad incontrovertible. La ciencia –cualquier cosa que sea- llega a ser paradigma axiomático de la realidad legitimada desde el poder. Por tanto, no se concibe que resulte ser algo contingente y en continua revisión como ha venido siendo y debería ser.

Y no se trata de negar la utilidad social de la ciencia que a lo largo de la Historia ha demostrado sobradamente su eficacia y su versatilidad, sino de alejarla de una consideración religiosa y dogmática que la aparte de uno de sus principales valores como es su capacidad de autocuestionamiento y revisión permanente de sus supuestos. Ninguna verdad es inmutable y eterna, todo es cuestionable y sometido a contingencias. Los descubrimientos científicos no pueden acabar siendo instrumentos incuestionables en manos de los poderes financieros y estatales para imponer sus intereses.

La libertad individual de expresión y elección debería ser inalienable e irrenunciable, porque los distintos poderes financieros y estatales tienen una larga práctica en no pillararse los dedos cuando mutilan el escroto del personal que molesta.

Por boca ajena

En demasiadas ocasiones nos expresamos con meras vaguedades inanes o terribles que hemos ido escuchando aquí y allá. Y como ya nos llegan precocinadas y listas para usar, no hay apenas necesidad de que pasen por nuestro cerebro: tan solo rozan levemente nuestras neuronas; a pesar de lo cual, las repetimos cual loros bien adiestrados allá donde haga falta – o donde no proceda, tanto da- e intentamos que pasen por ser nuestra más esencial opinión sobre lo que sea. Como en nuestro contexto social la mayor parte de entes supuestamente pensantes, actúan de la misma manera, apenas se nos nota.

Por si fuera poco, en algunas ocasiones, somos capaces de defender frente a quien sea esas ideas prestadas, como si fueran dogmas de fe asumidos *personalmente en persona*. Dogmas de fe en lo que han dicho otros individuos, claro, basándonos en el principio de autoridad (cómo no va a ser cierto si lo ha dicho fulanita o menganito...) y sin haberlo digerido en ningún caso ni haberlo hecho pasar por el tamiz de nuestro sentido crítico.

En un mundo agobiado por un flujo hipertrofiado de información, resulta difícil cruzar ese puente sobre aguas turbulentas, preñadas de feiknius, posverdades y majaderías múltiples, hasta llegar a la otra orilla para intentar discernir el grano de la paja; aquello de lo que podemos obtener una siempre relativa certeza de lo que es simple manipulación, en unos casos producto de oscuros intereses y en otros pura y simple estupidez.

En cualquier caso, en nuestro ajetreado presente se impone la presunción de culpabilidad comunicativa, el uso sistemático de la duda, para trazar un cordón sanitario preventivo ante todo el confuso maremágnum informativo que nos agrede a diario. En

este contexto, siempre es preferible una actitud tendente a la paranoia a otra proclive a la ingenuidad.

Pongamos un ejemplo. En medio del galimatías y la incoherencia tenaz de la política institucional en el Estado español de estos ajetreados días, sería harto aventurado otorgar credibilidad a lo que dicen unos y otras, teniendo en cuenta el auge imparable del *dondedijedigodigodiegismo*, la velocidad a la que se desdiken de aquello dicho de manera supuestamente incontrovertible y el carácter efímero de los principios más fundamentales.

En este estado de cosas, apoyándose en un control exhaustivo de los medios de comunicación manipulada en su poder, al servicio de los intereses de los grupos propietarios, sería difícil conjutar el valor de verdad de una determinada información sin conocer a fondo el subtexto que oculta, generalmente mucho más determinante que aquello que nos cuentan.

En principio, podemos establecer que nada es lo que parece a primera vista, cuando, encima, tenemos que soportar que nos lo presenten con el cinismo descarado (perdón Diógenes) de una “operación transparencia”. Dime de lo que presumes...

Frente a todo ello, la única respuesta posible es un examen en profundidad de todo el caudal informativo que nos interese, para que cuando hablemos, lo hagamos, equivocados o no, pero con nuestro propio criterio.

Prensa y Poder

Cuando, tantas veces, hablando de los medios de comunicación, nos hemos esforzado en vocalizar, en pronunciar correctamente, la expresión: MEDIOS DE FORMACIÓN, para que se entendiera claramente que los catalogábamos como de "formación" y no de "información", había bastante más que la intención de hacer un chiste; se trataba, en todos los casos, de evidenciar el carácter en absoluto inocente o casual, profundamente manipulador, sesgado, tendencioso y cargado de valores, de cualquier información al uso. Cuando se nos intenta advertir desde prensa, radio y televisión, con una mezcla de candor virginal y sentimiento de honradez mancillada, que ellos tienen muy claro que una cosa es información y otra opinión, que tienen siempre presente que una cosa es contar lo ocurrido, y otra muy distinta y expresada por separado, es opinar sobre ello, no creo que a nadie -excepto quizás a algún despistado e idealista estudiante de 1º de Periodismo- se le ocurra poner en duda que mienten como bellacos cuando así se expresan.

Por mucho que desde sus "libros de estilo" y otras zarandajas de tal jaez, se empeñen en hacernos creer en su objetividad de cronistas desapasionados y objetivos que dejan pasear su fría mirada sobre una realidad que no perturba su relato, cualquiera puede comprender con sólo leer unas líneas, que toda narración de unos determinados hechos está "cargada" de valores, de consideraciones previas, de intenciones más o menos ocultas.

Empezando por el punto de vista elegido para abordar el tema -eso que llaman el enfoque-, continuando por el método elegido para desarrollarlo y el estilo utilizado y acabando por las conclusiones, declaradas, implícitas o sugeridas, todo el proceso está lastrado por un mundo de valores que condicionan el discurso.

¿A qué vienen entonces los denodados y continuos intentos de aparecer ante los sufridos espectadores, lectores o escuchadores, como una especie de angelicales espíritus alados, vestidos de un blanco siempre más inmaculado que el de su vecina de dial o cabecera.

“Diario independiente de la mañana” y cosas así dicen en sus cabeceras; ¡Anda sshháá!, a otro perro con ese hueso. ¿Por qué, a pesar de no hacerles la más puñetera falta, a pesar de tenerlo todo perfectamente bajo control, insisten en vendernos la cabra de su supuesta inocencia virginal, cuando cada paso que dan pone en evidencia que están pringaos hasta las cejas con la sucia mirada del poder y comprometidos a muerte con la defensa de sus intereses?. ¿Será que tienen mala conciencia? Lo dudo. Dudo que tengan conciencia; ni mala ni buena, porque la conciencia no cotiza en bolsa. ¿Será que su nicho sociológico es la hipocresía y la falsedad, ya no pueden pasarse sin ellas y les da un ataque de asma cuando se les escapa alguna verdad a medias? ¿Será que el poder piensa que sus mantenidas mediáticas, ante la imposibilidad de ser honradas, deben al menos parecerlo?

Al menos nosotros, los que pretendemos ejercer de periodistas libertarios, en nuestra ingenuidad, como la prueba del algodón, no engañamos: ponemos las cartas encima de la mesa, estamos por lo que estamos y no pretendemos ocultarlo. Como además no tenemos nada que ganar en términos de mercado o poder, que vienen a ser las dos caras de lo mismo, y mucho menos en términos de lucro, se puede tener la confianza de que no vamos a vender ninguna moto manipulada. Charlamos un rato. Intercambiamos ideas, experiencias, sensaciones... si después de eso, nos mola recorrer un pedazo del camino juntos, mejor. Si no es así: buen viento y buen camino, que el mundo es ancho y diverso.

Presente eterno: el mundo es ancho y ajeno

Mientras en la orilla izquierda del Sena, una mujer bajo la lluvia camina apresurada junto a las casetas cerradas de los buquinistas de libros viejos y postales, para llegar a casa antes de que dé comienzo el toque de queda, en ese mismo soplo de tiempo, en una playa de Bangla Desh, unos niños refugiados rohingyas juegan a saltar las olas para olvidar un hambre que no les abandona y en la ciudad de Sana'a, en Yemen, un anciano se dirige con paso cansino hacia un precario refugio, huyendo de las bombas saudíes. En ese mismo instante en la isla griega de Samos una familia siria expatriada busca cobijo entre los escombros del último terremoto y en el Sur del Congo un niño soldado engrasa su kalashnikov con un trapo sucio en la mano.

Al mismo tiempo, en una favela de Rio dos bandas rivales se enfrentan a tiros ante la complacencia policial y en una acera de Bombay un hombre muere deshidratado y famélico a pocos metros de los apartamentos más caros del mundo. En ese preciso momento, en una calle de Brooklyn, una persona sin techo deambula sin rumbo con todas sus pertenencias metidas en un carrito de supermercado y en Petersburgo, junto al pretil del río Neva, un hombre vistiendo dos abrigos raídos, apura los restos de su botella de vodka para intentar combatir el frío. En un CIE de Laredo, una niña a la que han separado de su madre por el delito de ser mexicana, llora sin consuelo, en el mismo instante que en Varsovia, grupos de mujeres salen a la calle para exigir sus derechos frente a la todopoderosa Iglesia Católica y en Buenos Aires, delante de la Casa Rosada, se manifiestan en demanda de su derecho a un aborto libre y gratuito.

Mientras esto sucede, un barco de salvamento marítimo está desembarcando en el puerto de Arguineguín a las 20 personas supervivientes, junto con dos cadáveres, que navegaban a bordo de un cayuco procedente de Nigeria, al tiempo que en una madrasa de Pershawar el imán está explicando a sus discípulos el necesario esfuerzo de la yihad. En Manresa, una mujer está vendiendo calcetines de puerta en puerta y de paso aprovecha para preguntar si saben de algún trabajo para ella, otra mujer, de plan-tón en una calle oscura de Munich, se frota las manos para entrar en calor, mientras espera la llegada del próximo cliente y es controlada desde un coche cercano por su chulo.

En un rincón de la insólitamente vacía escalinata de la Piazza di Spagna en Roma, una pareja adolescente está liando un canuto en el mismo momento en que en Ereván un nutrido grupo de armenios está rodeando la residencia del presidente de la nación para manifestar su indignación por la situación en que los ha dejado, separados de su familia y amigos residentes en el enclave de Nagorno Karabaj, en ese mismo instante, en lo más intrincado de la medina de Fez, un muchacho arrastra penosamente un pollino con las alforjas sobrecargadas mientras en La Habana grupos de gente pasean tranquilamente por el Malecón y observan a algunos pescadores que lanzan la caña a ver lo que se pesca que alivie su dieta...

La vida es efímera, el tiempo es efímero. Cada segundo existe únicamente en ese momento y después ya habrá desaparecido para siempre, pero cada momento de cada vida es insustituible o inolvidable o inimitable o inicuo o inane o injusto o ininteligible o inmutable o inoportuno o iniciático o infame o indolente o indescriptible... o infinito en su brevedad... y todo ese caudal de presentes, para bien o para mal, forman lo que somos.

Y es que, como nos recordaba Ciro Alegria en el título de su excelente novela, *el mundo es ancho y ajeno...* Y nuestra tribu es la humanidad.

Qui lo sa!

Uno de los elementos que caracteriza con mayor fuerza nuestro contexto histórico inmediato es su condición de imprevisible. Certezas que hace nada parecían incuestionables se desmoronan como castillos de naipes ante nuestros ojos alucinados. Recuerdo que hace unos años, escribía yo que en el actual estadio de desarrollo capitalista, el fascismo no le era tan necesario al sistema como lo fue en el periodo de entreguerras del siglo pasado. El capitalismo había desarrollado mecanismos de explotación y sumisión mucho más complejos, sofisticados y efectivos y ya no necesitaba que el fascismo entrara en la realidad actual como elefante en cacharrería. ¿Para qué queremos hitlers, francos y mussolinis si tenemos mafos, draghis y lagardes? Pues bien, ahora mismo no lo tengo tan claro, ni mucho menos.

Al fondo a la derecha, agazapada en un rincón y presta a saltar sobre nuestros cuellos permanece la bestia fascista de toda la vida. Cara al sol con la camisa nueva, aguardan impacientes la llegada de nuevas auroras doradas y entretanto, entretienen la espera apaleando emigrantes, homosexuales y todo aquel que ose cruzarse en su camino y no comulgue con sus disparates.

Es cierto que el capitalismo posee en la actualidad mecanismos sutiles y poderosos para alcanzar sus fines de manera discreta pero no lo es menos el hecho de que si le falla la sutileza y la discreción, si nos negamos de manera decidida a dejarnos engañar por sus cantos de sirena, sus perros de presa aguardan impacientes.

Los ojos electrónicos del sistema nos vigilan permanentemente para que no nos salgamos de nuestro papel. Si detectan un aumento significativo de los momentos de rebelión, si notan que

sus supuestos súbditos se niegan a seguir siéndolo y comprueban que todos sus bibelots juntos no consiguen distraer la atención de la gente de lo que realmente les interesa, si ventean brisas de revuelta que pueden degenerar en huracán de revolución, entonces habrá llegado el momento de sacar a pasear a sus mastines para intentar por la fuerza parar lo inevitable.

Como decía hace unas líneas, la imprevisibilidad define nuestro presente y hace que casi cualquier cosa, por absurda o improbable que parezca, acabe siendo posible; consecuentemente, lo que parecería mas lógico suponer acaba por convertirse en lo más improbable. Así las cosas, resulta difícil situarse frente a lo inmediato

¿Réquiem por la comunicación interpersonal?

Ahora ya no se escriben y por tanto no se reciben cartas por correo al estilo del XIX o incluso del XX. De hecho, las personas menores de 40 años, posiblemente jamás hayan escrito una. Eso sí, nuestros buzones están rebosantes de comunicaciones bancarias, reclamos publicitarios y en época electoral, comunicados de los distintos partidos, vendiendo cada cual su burra en forma de papeleta. Como nuestros buzones físicos no disponen de tecla spam, se lo tragan todo. Consumimos montañas de papel inservible y después nos quejamos de que cada vez sobrevivan menos bosques.

El caso es que nos estamos quedando sin interlocutores, sin espacios interpersonales para la reflexión escrita y comunicada. En la sociedad cibernetica los mensajes escritos son necesariamente breves y por lo general, tan banales como prescindibles, con los emoticonos como paradigma y elemento casi inexcusable del discurso. En este contexto, Tuiter o Guasap, pongamos por caso, con su número obligatoriamente limitado de caracteres, imponen su ley de manera casi absoluta y crean un hábito de expresión que dentro de muy poco, resultará difícilmente prescindible, si no lo es ya. Si a ello le unimos unos mal llamados medios de comunicación, en los que esa espuria comunicación, adecuadamente manipulada por las empresas propietarias, siempre circula en una sola dirección, sin posibilidad alguna de intercambio entre el emisor y el receptor, el círculo de confinamiento, queda por fin cerrado.

Por si esto fuera poco, obviamos demasiadas veces las comunicaciones directas y cara a cara entre personas, que frecuen-

temente quedan reducidas en la práctica a un teléfono móvil omnipresente, en manos de legiones de zombis *movildependientes* que utilizamos exhaustiva y compulsivamente nuestro telefonillo aunque tengamos al interlocutor frente a nuestras narices.

Estamos ahítos de recibir a diario toneladas de información aparentemente banal pero en ningún caso inocente frente a la que nuestra única defensa es seleccionar nuestros propios datos y a partir de ellos, elaborar nuestra visión personal y crítica del tema que nos ocupe.

Así las cosas, sólo nos queda el recurso a esta especie de cartas abiertas, dirigidas específicamente a cada uno de sus lectores y que demandan algún tipo de respuesta transitiva porque la comunicación nunca debería ser unidireccional sino continuo intercambio de pareceres.

¿Dónde quedaron esas tertulias inacabables en las que se arreglaba el mundo frente a una cerveza o un vaso de ron?. ¿Dónde esos sabotajes cotidianos contra la notoria injusticia? La posible solución parece sencilla: debatamos y escribamos más y sobre todo, practiquemos más la acción directa y comprometida sobre la realidad.

La carta postal ha muerto. ¡Vivan las mil formas de comunicación no mediatizada entre las personas!

Resiliencia y procrastinación obligada

Dando un paseo por los márgenes del actual contexto, los días de reclusión pandémica obligada y secuenciada en fases, están sirviendo para muchas cosas, por ejemplo para que comprendamos mejor la situación insopportable de las personas presas, y en otro ámbito muy distinto para que salgan a relucir algunos conceptos propios de la psicología que ignorábamos o teníamos olvidados. De entre ellos quizás valdría la pena fijarnos ahora en dos: la resiliencia y la procrastinación o postergación.

La resiliencia, que es un concepto de semántica amplia y viene a dar cuenta de la capacidad que posee una persona para superar circunstancias traumáticas. No sólo como demostración de su determinación de ir más allá de una adversidad sino también de su mayor equilibrio emocional, soportando mejor la presión frente a situaciones de estrés y huyendo tanto del determinismo genético (caracteres innatos) como del determinismo social (influencia de hermanos o amigos del barrio)

Si bien empezó siendo un factor propiamente individual, posteriormente se entendió también como un proceso social comunitario, en el que las sociedades en situación de estrés, interpretan ese estrés como un desafío a su capacidad de hacerle frente. Estos tiempos están poniendo a prueba la capacidad de resiliencia de nuestra sociedad.

En cualquier caso, no se trataría de una cuestión de optimismo o pesimismo sino de la confianza en uno mismo a la hora de afrontar los retos que la vida plantea, así como la lucidez a la hora de interpretar y encauzar los acontecimientos, organizando es-

trategias para hacer lo más adecuado con las posibilidades que se tienen a mano y saliendo incluso reforzado de las situaciones adversas.

En otro orden de cosas bien distinto, la procrastinación, o postergación, podemos entenderla como la acción puntual o la costumbre de posponer situaciones o actividades que deberíamos atender en el presente. Podríamos resumirla en la popular frase "hoy no... mañana". Los que padecemos este feo vicio maravilloso, tenemos en esos momentos la excusa perfecta porque el confinamiento impide efectivamente la realización de numerosas actividades y tareas pendientes que nos están vedadas por razones obvias, pero como digo no es más que una excusa.

El inefable placer de la pereza -que la Iglesia, siempre atenta a reprimir, se apresuró a situar con los pecados capitales- la deliciosa sensación de dejarse llevar por la indolencia mientras vemos transcurrir el tiempo a nuestro lado como si la cosa no fuera con nosotros, es algo que la situación de enclaustramiento pone en evidencia.

Frente a la máxima de "el tiempo es oro" la de "el tiempo es sólo tiempo" frente a "no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy" el "no hagas hoy lo que puedes dejar para mañana". "Haz lo que deseas cuando lo deseas".

Cuando las secuelas de la imposición de los mecanismos de sumisión y control de Estado se relajen, veremos si somos capaces de volver a nuestros hábitos cotidianos de un tiempo cronometrado y cautivo.

Retórica y poliacroasis

Si, en la definición de retórica, alejándonos irremediablemente del concepto latino del *ars bene dicendi*, nos quedamos con la definición habitual de: "Conjunto de reglas o principios que se refieren al arte de hablar o escribir de forma elegante y con corrección con el fin de deleitar, conmover o persuadir" o quizás con más propiedad con la 3^a acepción de retórica en el DRAE: "Sofisterías y razones que no son al caso", tal vez pudiéramos entender algo del discurso con el que nos bombardean sin piedad en esta historia interminable de una campaña electoral con apariencia de eterna.

Visto así, habría que enfocar el discurso político como un discurso sustancialmente publicitario encaminado al fin último, no como cabría pensar con ingenuidad, de mejorar las condiciones de vida de sus conciudadanos, sino más bien, de conseguir el voto para su partido en la cita electoral. Y siendo así, se resuelve y disuelve en una retórica que aglutina procedimientos persuasivos de variada tipología que se acoplan perfectamente con todo un conjunto de componentes pseudoculturales, convirtiendo las ideas en marcas y los mensajes en elementos propios de una sociedad dominada por el mercado.

En este contexto, cabría tomar en consideración la poliacroasis, -término puesto en circulación por Tomás Albaladejo y formado a partir de la palabra griega *akróasis* ('audición', 'interpretación') y el prefijo *polý-* ('múltiple')- y que se refiere a los procesos múltiples y plurales de audición e interpretación de los mensajes y nos permite explicar la pluralidad y diversidad en la recepción de los discursos, siendo una noción fundamental para entender el carácter persuasivo del discurso publicitario-electoral. El mensaje, que viaja por distintos canales entre el emisor y los

receptores, está sujeto inevitablemente a los distintos avatares de una hermenéutica que no puede dejar de contemplar los distintos contextos interpretativos de quien recibe la comunicación. En cualquier caso, la retórica del discurso electoral está encamionada a limar y limitar las diferencias en la interpretación del mensaje mediante la utilización de comunicados simples que apelen a elementos emocionales, huyendo de planteamientos racionalistas que puedan hacer pensar y así, poner en peligro la efectividad de lo que se pretende, que no es sino atraer sus votos a la urna.

El contenido del mensaje, cuanto más simple, más directo, más unidireccional y más carente de matices y sutilezas, tanto mejor.

Y sobre todo, que no deje el menor resquicio para que penetre ningún componente racional que pueda ensombrecer y complicar la nitidez del propósito comunicativo. Aunque siempre hay un tipo de receptor prioritario en función de los grupos de edad, el hábitat rural o urbano, o la situación económica, no importa tanto la tipología del potencial votante como su receptividad a unos determinados planteamientos demagógicos.

Nos esperan tiempos vacíos de argumentos y repletos de tópicos y posverdades en los que todo valdrá –una vez más, el fin justificaría los medios- con tal de conquistar la codiciada papeleta.

Parafraseando a Gorgias, padre de la retórica clásica, no se trataría tanto de explicitar el mundo a través de las palabras, como de secuestrar las voluntades votantes.

¡Saquemos la Religión de las escuelas!

Si hay un ámbito en el que la iglesia católica ha luchado por defender sus privilegios, ese ha sido siempre el de la educación. Ya desde las universidades medievales, pero especialmente desde la revolución industrial burguesa y la incorporación progresiva a la educación de cada vez más amplios sectores de la clase trabajadora, la iglesia ha puesto cada vez más empeño en monopolizar la enseñanza a través de sus órdenes religiosas, conscientes de la importancia de la escuela como ámbito de adoctrinamiento y control.

En el momento actual, conscientes de su imparable pérdida de cuota de mercado “espiritual”, con sus iglesias cada vez más vacías y graves dificultades para conseguir curas que las atiendan, han decidido pasar al contraataque.

Aprovechando primero la “comprensión” de un partido supuestamente laico como el PSOE, se introdujeron en su plan educativo (LOGSE) con carácter opcional –teóricamente podía escogerse entre Religión y Ética- y sin que su calificación constase en el expediente académico. Además, lo que no es menos importante, contando con la total connivencia de los autodenominados “socialistas y obreros” consiguieron que se les permitiera contratar a dedo y despedir arbitrariamente a su profesorado, “religiosamente” pagado con fondos públicos. Después, bajo la égida del PP, se limitaron a cosechar los frutos sembrados en la etapa anterior.

Tensando un poco más la cuerda y contando con la complicidad entusiasta de la administración educativa, que se pasa por el forro su propia Constitución, en la que se establece claramente

el carácter aconfesional del Estado, lograron que la Religión dejase de ser una "maría" y pasase a ser obligatoria y evaluable.

En un contexto social en el que los dioses del mercado han hecho que apenas un 35% de contribuyentes - el 22% en Cataluña- marque en su declaración de la renta la casilla de la Iglesia, y que sólo tengan párrocos para un 50% de parroquias, a pesar de que, al parecer, el 90% de los españoles son nominalmente católicos, no pueden permitirse más veleidades.

En consecuencia, la Conferencia Episcopal, jugando a fondo sus cartas de poder, hizo que figurase en el currículum de la LOCE (Ley Orgánica de Calidad de la Enseñanza) una nueva asignatura denominada "Sociedad Cultura y Religión" , con dos opciones, una confesional, diseñada por la autoridad religiosa e impartida por "catequistas" y una no confesional, impartida por profesorado de Ciencias Sociales o Filosofía.

Dado que ambos enfoques son excluyentes y que el conocimiento del hecho religioso desde una perspectiva amplia y no doctrinaria, es sumamente importante para el conocimiento de las manifestaciones culturales históricas, impregnadas de mitos y creencias, los discípulos de la enseñanza estrictamente religiosa, permanecerán ajenos a una parte importante del acervo cultural de la humanidad. Por otra parte, la nueva asignatura, contará con 210 horas anuales frente a las 185 de Ciencias Naturales, sentenciando la preeminencia del conocimiento basado en la fe y las convicciones religiosas sobre el basado en la razón y la experimentación. Todo ello, supone en definitiva, un viaje en el tiempo a la oscuridad medieval, un ominoso agujero negro que nos aboca a un proceso imparable de progresiva analfabetización científica.

Ahora, las huestes del beaterio patrio, andan soliviantadas con la nueva Ley de Educación (y ya van 8 leyes) porque la asignatura de religión (católica por supuesto) va a quedarse sin ser evaluada –vaya por dios. Hondamente preocupados por la salud moral de sus hijos, no ocultan que lo que les molesta de la nueva Ley es que, si reciben la subvención de fondos públicos, no podrán cobrar "extras" arbitrarios como venían haciendo hasta ahora y en-

cima, no podrán seleccionar su alumnado y tendrán que matricular a quien les toque por proximidad, incluidas minorías étnicas y personas migrantes.

La batalla será larga y “cruenta” porque la educación es uno de sus últimos baluartes de sumisión. La religión ha pertenecido desde la noche de los tiempos y pertenecerá por siempre al ámbito de lo privado, de lo que cada cual en su fero interno necesita creer o descreer, es por eso por lo que la escuela, como paradigma de lo público, de lo que ha de ser igual para todos, debe ser en cualquier caso laica y aquellos que quieran transitar los caminos de la metafísica y la magia, deben ser remitidos a las respectivas iglesias donde puedan ser debidamente adoctrinados en aquellas creencias de su elección.

En otro orden de cosas, resulta intolerable que padres y profesores puedan decidir por el niño, desde una edad tan temprana que impide cualquier elaboración de elementos de juicio válidos y fiables, a que secta resuelve pertenecer o si de forma más plausible, acaba por concluir que no desea pertenecer a ninguna.

Lo dicho: ¡Fuera la Religión de las escuelas!

Scripta manent verba volant

Si acabamos por asumir que los breves *tuits* apresurados e improvisados con ligereza hayan sustituido a la reflexión serena, a la tranquila meditación sobre aquellos asuntos que nos preocupan, es que hemos perdido irremediablemente algo muy valioso que nos conectaba con un aspecto hasta ahora irrenunciable de la condición humana. Y es indudable que en buena medida los aceptamos, hablamos de ellos, los tomamos en consideración, los discutimos...

Uno de los pilares fundamentales del pensamiento político moderno, el insigne intelectual Donald Trump, derrotado pero no acabado, ha venido desarrollando toda su filosofía social a través de breves mensajes en las redes. Tanto daba que fueran exabruptos, paranoias, descalificaciones gratuitas de sus rivales o acusaciones sin una sola prueba. Sea como fuere, su peregrina forma de proceder ha casi inaugurado una nueva forma de comunicar que le ha servido para cosechar más de 70 millones de votos entre sus adeptos. En cualquier caso, si hay algo evidente y revelador en todo esto es su efectividad a la hora de llegar a quienes pretende llegar y cosechar aquello que le interesa cosechar.

Situados en esta perspectiva, podemos conjeturar que haríamos bien en no menospreciar de manera displicente este fenómeno, relativamente nuevo, nacido de la facilidad de utilización masiva de las nuevas tecnologías. Antaño, lo que ahora ocupa kilómetros de fibra óptica desaprovechada, era sustanciado en conversaciones de barra de bar, en la cola del autobús o en el centro de salud mientras esperábamos para ser atendidos; eran episodios comunicativos orales que no solían tener mayor trascendencia y agotaban sus virtualidades en el momento en que se

producían; sin mayores consecuencias, ya se sabe: "lo escrito permanece, las palabras vuelan".

Así las cosas, si queremos caminar hacia la utopía de un pueblo pensante y no una amorfa masa *tuiteante*, deberíamos saber a quiénes y a qué nos enfrentamos. Si siempre ha sido difícil nadar contra corriente, ahora, las personas que nos empeñamos en el desarrollo de un pensamiento crítico, nos enfrentamos a un auténtico tsunami heterogéneo y siniestro de embustes y quimeras. Frente a todo ello, la única herramienta de la que disponemos es la perseverancia, la insistencia en la necesaria racionalidad de todo el ingente caudal de informaciones diversas que llega hasta nosotros, para seleccionar lo que nos interese, procesarlo y diluir su valor de verdad.

Quizás aún estemos a tiempo, y, si es así, parece evidente que la condición previa indispensable para resolver un problema es reconocer su existencia y tomarlo en consideración.

Silencio y algarabía

"El elemento primordial del control social es la estrategia de la distracción que consiste en desviar la atención pública de los problemas importantes y de los cambios decididos por las élites políticas y económicas, mediante la técnica del diluvio o inundación de continuas distracciones y de informaciones insignificantes. () Hacer uso del aspecto emocional es una técnica clásica para causar un cortocircuito en el análisis racional, y finalmente al sentido crítico de los individuos. Por otra parte, la utilización del registro emocional permite abrir la puerta de acceso al inconsciente para implantar o injertar ideas, deseos, miedos y temores, compulsiones, o inducir comportamientos".

Noam Chomsky, del texto: "Armas silenciosas para guerras tranquilas"

Como indica Chomsky en su acertado y revelador título, en el seno de las sociedades capitalistas supuestamente desarrolladas y mientras las cosas no se les desemanden, las guerras son tranquilas y se hacen empleando armas silenciosas. Ya no es necesario, salvo error o situación de extrema emergencia, el sacar los tanques a las calles. Basta con manipular adecuadamente y en discreto silencio los mecanismos de control a su disposición, puestos en sus manos en la mayoría de ocasiones - voto mediante - por las propias personas damnificadas por ellos.

Esas guerras, perfectamente "democráticas", se suelen librar en los parlamentos y gobiernos estatales, autonómicos y municipales, adecuadamente mediatizados por las consignas y los grupos de presión del poder real para que, si por azar o despiste se les cuela en ellos algún grupo político con pretensiones transfor-

madoras, sea neutralizado con presteza por el resto de grupos defensores del statu quo social imperante, para que la sangre no llegue al río y todo siga siendo como sus dioses mandan.

Teniendo en su poder la práctica totalidad de los medios de desinformación y formación de conciencias sumisas, pueden dedicarse con toda tranquilidad a sus trapicheos de altos vuelos en la seguridad de que todas aquellas personas que pudieran resultar potencialmente peligrosas, andan adecuadamente distraídas con el partido de fútbol del siglo, la boda del milenio, la incesante corrupción o persiguiendo el señuelo del último embrollo electoral.

El problema para el buen orden reinante, podría aparecer cuando en algunos lugares como el Estado Español de ahora mismo, desaparece el silencio y su lugar lo ocupan el galimatías, el guirigay, el lío, la algarabía, la confusión, el mucho hablar y el poco escuchar, porque tienen claro que la razón siempre está de su lado y ellos son los que saben de sobras de qué va la cosa y el culpable indefectiblemente, siempre es el otro.

El problema surge cuando en los parlamentos, las tertulias, las barras de bar o las reuniones de vecinos, las personas conformamos un farragoso gallinero en el que nos movemos con total ausencia de sosiego y reflexión porque lo que prevalece es el componente emocional que, como nos recuerda Chomsky, es el más adecuado para entrar a saco en el inconsciente y, una vez allí, inducir comportamientos e imponer la estrategia del miedo que tan buenos resultados les viene dando.

Pero no, que nadie se alarme. Ese guirigay que parece formar parte del problema, también forma parte de la solución para que todo fluya en su previsible devenir. Ese gallinero mediático y social en el que parece que el sentido se diluya y sea imposible discernir algunas migajas de significado, no es casual ni gratuito. Cuando el silencio se revela insuficiente y las tropelías de los servidores de Estado y Capital (ivaya pleonasio!) son tan descaradas que resultan difíciles de encubrir con un velo de mutismo, se monta un guirigay suficientemente potente como para que las personas obedientes perdamos nuestras ya escasas energías mientras cla-

mamos sinsentidos contra lo que sea, da igual que se trate de disparatar sobre el derecho a decidir en Catalunya, el caso Gürtel, los ERE en Andalucía, los supuestos “privilegios” de las personas migrantes o el último crimen mediático; el caso es leer poco, reflexionar menos y dedicarnos con fruición a repetir como loros lo que hemos ido pillando aquí y allá y hacerlo con total convicción huérfana de toda lógica y a ser posible a voces, para que resulte más difícil escuchar y entender nada.

Silencio o algarabía, según convenga, forman parte de la misma estrategia de distracción para evitar que pensemos, desarrollemos nuestro sentido crítico y acabemos por descubrir la trama de la farsa.

Frente a ello: la reflexión, la duda metódica sobre todo lo que llega hasta nosotras –incluidas por supuesto estas palabras.

La falta de fe siempre ha sido el camino más adecuado para intentar entender algo de lo que pasa.

Tiempo y reclusión: reloj no marques las horas...

La situación que vivimos durante la pandemia nos hace reflexionar sobre algunas cuestiones que en épocas de "normalidad" nos pueden pasar más desapercibidas, una de ellas es el paso callado del tiempo. Un tiempo que no se deja encerrar en relojes ni calendarios. Uno de los tópicos de moda en estos días es ese transcurrir del tiempo. Nos cansamos de oír frases como "ahora que tenemos tiempo..." "cómo sobra tiempo hasta el aburrimiento..." "a ver cuando acaba esto..." "qué largo se me está haciendo..." Y es que el tiempo, ahora nos damos más cuenta, nunca transcurre de manera uniforme porque una de sus paradojas es que lo percibimos a la vez fugaz y eterno. Ya decía Platón que el tiempo es una imagen móvil de la eternidad y ahora lo que define nuestro tiempo es la lentitud, nos toca vivir esa movilidad con la percepción de toda su lentitud posible. Por otra parte, la percepción del tiempo siempre es subjetiva, cada cual está viviendo el transcurso de la reclusión a su manera.

Sostenía el físico austriaco Godél que cada espectador tiene su conjunto de "ahoras" y ninguno de estos sistemas diversos de capas de tiempo puede arrogarse la prerrogativa de representar el paso objetivo del tiempo.

Y en uno de esos presentes subjetivos, nos damos cuenta que toda certidumbre individual, todo aquello que nos parecía inmutable, seguro, incuestionable, quizás no lo sea tanto. Axiomas que parecían verdades fuera de toda duda, caen derribados como castillos de naipes.

Vivimos en estos momentos en un campo abonado y fértil para todo tipo de distopías y en el que sin embargo, los vínculos utópicos como punto de referencia ético se hacen más necesarios que nunca. Para las que no creemos en ningún tipo de paraísos perdidos ni ganados, para las que sabemos que, de la misma manera que antes no fuimos, después no seremos y que todo lo que nos queda es vivir el presente de la mejor manera posible, para nosotras el tiempo es un factor determinante a tener en cuenta para negociarlo adecuadamente.

Si aceptamos la hipótesis de Stephen Hawkins cuando conjectura que en el mundo que llamamos real los viajes en el tiempo solo se pueden dar en la ciencia ficción o en los comics, entonces son imposibles por paradójicos: cualquier cambio en el pasado modificaría nuestro presente y si lo hiciese, ya no sería el que es, lo cual es imposible y la mejor demostración de ello es que no tenemos turistas del futuro entre nosotras.

Así que, todo lo que nos queda es vivir nuestro presente de la mejor manera posible. ¡Que así sea!

Time goes by... (De generaciones)

El hecho de que la percepción del tiempo sea subjetiva, implica la sensación de que el tiempo se mueve constantemente hacia delante, día tras día, año tras año, generación tras generación y esa misma concepción subjetiva nos impide imaginarnos un cambio en la dirección del tiempo fuera de la literatura de ficción. Por otra parte, desde Einstein, el tiempo ya no es un fenómeno absoluto sino un concepto relativo dependiente del espacio, o lo que es lo mismo, de la posición del observador. Si contemplamos en el cielo nocturno el brillo de una estrella situada a dos mil años luz, un espectador situado en ella estaría observando la Tierra de la Roma a principios del Imperio. Pero como aún queda lejos la posibilidad de alcanzar la velocidad de la luz y por tanto de viajar en el tiempo, habremos de conformarnos con contemplar como pasa ante nosotros y como se van sucediendo las generaciones hasta que lleguemos al final de nuestra corta experiencia biológica. Sólo en los agujeros negros, donde no hay ni el mínimo rastro de luz, el tiempo deja de existir.

Así pues, como no vivimos en agujeros negros, aunque en ocasiones lo parezca, cuando la constatación empírica y cotidiana nos muestra con toda evidencia que los días placenteros pasan en un vuelo y los días aciagos se hacen interminables, podemos concluir que, desde un punto de vista personal, el tiempo objetivo no existe más allá de nuestro vano intento de encerrarlo en relojes y calendarios, y que lo que en cualquier caso existe es nuestra percepción subjetiva de él.

Mi bisabuelo estuvo en la Guerra de Cuba, de mi abuela conservo una foto en una plaza abarrotada, con mi madre en brazos y cara de júbilo, tomada el 14 de abril del 31, mi padre malvivió 40 largos años de fascismo franquista, y yo... El tiempo pasa y

las generaciones con él. "Porque lo nuestro es pasar/ pasar haciendo caminos/ caminos sobre la mar". Para cuando queremos darnos cuenta, ya estamos pensando en como despedir la función de la mejor manera posible.

De la misma manera, es un lugar común la percepción de la progresiva aceleración en el paso de nuestro tiempo de vida - "tiempo de vida", menudo pleonasio: como si para nosotros existiera otro cómputo que no fuera el breve paréntesis que pasamos entre dos grandes oscuridades vacías, ni luces al final del túnel ni pepinos en vinagre- de manera que hasta los diez años no tenemos idea de qué cosa pueda ser el tiempo, la década de los diez a los veinte se nos antoja inacabable con sus tardes de verano infinitas, de los veinte a los treinta comienza el proceso de aceleración en nuestra percepción del transcurso de las cosas y las personas aparejado al inicio de la inevitabilidad en la toma de decisiones y responsabilidades y a partir de ese momento, tal parece que comience una carrera desenfrenada hacia ninguna parte. Podríamos concluir por tanto que desde un punto de vista individual, el tiempo no es otra cosa que la vivencia progresivamente acelerada que tenemos de él.

No obstante, el tiempo está dentro de la Historia -o más propiamente, la Historia está dentro del tiempo- y por tanto, sometido a sus avatares de tal forma que los usos y costumbres sociales también se ven sujetos a sus cambios. Tradicionalmente se consideraba que cada veinte o treinta años, se producía el relevo generacional, pero eso también se ha modificado considerablemente. Entre la generación de nuestros abuelos y nuestros padres existían seguramente muchas menos diferencias en cuanto a usos y costumbres que las que se dan entre nosotros y nuestros hijos y la aceleración generacional es de tal calibre que entre hermanos de un mismo núcleo familiar ya se dan notables diferencias tanto en su concepción del mundo como en sus prácticas cotidianas – por poner un ejemplo, hace sólo veinte años, nadie entendería el tinglao que hemos montado con las "redes sociales" en internet.

Hay otro aspecto de la cuestión que no podemos ignorar y es la entronización de la idea de “juventud” como uno de los máximos referentes de negocio en la economía de mercado. Hay que ser joven a toda costa y durante toda la vida y permanecer constantemente “*enamorados de la moda juvenil*” –y comprarla profusamente, claro está. Así vemos a personas de setenta años, vestirse con carísimos tejanos destrozados, embadurnarse con cremas y afeites mágicos y estirarse denodadamente los pellejos en el vano intento de aparentar treinta años menos. Es evidente que tienen todo el derecho del mundo a comportarse así. Resulta patético pero da igual, en cualquier caso lo que realmente importa es que el negocio funcione.

Por otra parte, sigue habiendo gente empeñada en poner de relieve el llamado “conflicto generacional” ignorando la evidencia de que la estupidez humana es generalizada y “*transgeneracional*”, se obstinan en no tomar en consideración el hecho de que imbéciles los hay de 18 y de 80 y personas razonables y valiosas, también. No se trata de destacar el valor de la experiencia que dan los años como algo incontrovertible y encomiable “per se”, todos hemos conocido personas para las que el paso del tiempo sólo les ha servido para empecinarse en sus obsesiones y profundizar en sus errores. Se trataría en todo caso de lograr la convivencia armoniosa de todas las edades de la vida para aprovechar las potencialidades de cada cual y construir entre todos un mundo algo más habitable.

Que así sea.

Trampas y miserias del lenguaje “político”

La plaza de toros de Valencia, pertenece al territorio mítico del Partido Popular. En ella han lidiado y triunfado con sus mejores verborreas personajes y personajillos como Zalpiana, Camps, Aznar o Rajoy. Recientemente, como guinda final de su gira para reforzar un liderazgo amenazado por el imparable ascenso de la popularidad demagógica de Isabel Díaz Ayuso traducida en votos, Pablo Casado, ante la amenaza de más que probable cumplimiento, de pasar a la historia como Casado I el Efímero, ha vuelto a recurrir al talismán de la plaza de toros de Valencia para escenificar un acto masivo de afirmación.

Es sabido que el campo semántico del lenguaje político es propicio al disfraz y el enmascaramiento así como al estilo indirecto, y los recursos expresivos, frecuentemente en forma de litote (no voy a decir que eres un corrupto, no, no lo voy a decir...) con todo lo cual, la lectura entre líneas se impone y el subtexto se convierte en la parte sustancial del texto. El acto taurino abundó en ejemplos reveladores. Veamos algunos de ellos:

- * *"Menos tonterías de 'matria' y 'niñas' y más defender el empleo femenino y su autonomía personal"*. Traducción: *Utilicemos los excesos del lenguaje "progre" políticamente correcto para ridiculizarlo y de paso dar la impresión de que hemos olvidado las ideas acerca de la mujer de la Sección Femenina de la Falange que poco a poco ya iremos reintroduciendo. Todo se andará.*
- * *"Eliminaremos la Ley Celáa, los niños son de los padres y de nadie más"*. Traducción: *Los padres son los amos y señores del destino de unos hijos que no deben tener ninguna*

opinión ni capacidad de decisión sobre lo que les afecta. Hay que encarrilarlos en los valores de Dios, Patria y Rey, que si no, se tuercen y luego no hay quien los recupere para la causa. Deben dar religión y catecismo. ¿Dónde se ha visto eso de una escuela laica?

- * "Aprobaremos una Ley de concordia que dejará sin efecto las leyes de memoria histórica y servirá para reivindicar la Transición y la reconciliación entre los españoles". Traducción: Que se olviden de hacernos gastar dinero en chorrad as de fosas y cunetas. Cuando acabaron así, es porque algo habrían hecho. Hablemos de concordia y reconciliación, que eso siempre suena bien y de paso, hagamos memoria de la Transición, que esa sí que nos salió redonda.

Hasta aquí algunas de las perlas de Casado. Y para acabar, la perla final del evento a cargo de Díaz Ayuso. Cuando se viente el olor de la sangre en la que se prevé encarnizada lucha entre Casado y Ayuso por el liderazgo del PP, las palabras de la presidenta de la Comunidad madrileña pretendían resolver cualquier duda al respecto del incondicional respaldo a Casado y de sus intenciones sobre un posible asalto a la presidencia del Gobierno. Un texto "muy pensado", según el equipo de la presidenta. De hecho, según confesó, lo llevaba escrito. Decía así: "Tengo meridianamente claro dónde está mi sitio y sé que mi sitio es Madrid y que daré lo mejor para Madrid porque Madrid es España y porque necesitamos que tú llegues a ser el presidente del Gobierno (...) "Mi proyecto siempre ha sido el tuyo, no se entiende esta historia de otra manera". Traducción: Pues sí, sí que es de temer que se entienda de otra manera, diciendo en clave lo contrario de lo que expresan sus palabras: cuento más énfasis en la afirmación, más evidente resulta la negación. En el momento en que sus asesores consideren oportuno, cuando estén más cerca las elecciones, la Ayuso alegará causa de fuerza mayor, que se lo han pedido y no se ha podido negar... o cualquier otra excusa de las habituales y anunciará su candidatura, para salvar al PP, a España o al mundo si se tercia.

Aparte del hecho apuntado y suficientemente probado de que cuando cierta gente niega determinada cuestión, hay que entenderlo como una afirmación de la misma, la presidenta madrileña lo enfocaba en una doble dirección. De una parte, vendía a los madrileños el que estaba volcada en su bienestar y en la defensa de sus intereses porque para eso la habían elegido (y de paso protegía su retaguardia por si las cosas le salían mal) de otra parte, subyacía en sus palabras el hecho implícitamente sugerido de que el ámbito autonómico se le había quedado estrecho y que se sentía llamada a más altos destinos.

Casado no tenía otra alternativa que permitir el aliento en el cogote de Díaz Ayuso y sus espurias declaraciones de fidelidad. Ya decía Sun Tzu en *El Arte de la Guerra*: “Ten cerca a tus amigos, pero más cerca a tus enemigos”; a pesar de lo cual, tal vez el espectáculo valenciano no le haya servido de mucho, únicamente a la espera de que algún suceso salvador en los próximos dos años, interrumpa la lógica de los acontecimientos. De no ser así y vistas las inconsecuencias del actual Gobierno, es muy de temer que en la próxima legislatura veamos a Díaz Ayuso en la Moncloa.

Que los dioses del azar no lo permitan.

Trapecio

Cuenta Georges Perec en su genial e insólito texto "La vida, instrucciones de uso" que cierta vez hubo un trapecista tan ensimismado en su trabajo que cada vez le costaba más bajar de la barra en la que desplegaba sus piruetas. Pasaba la mayor parte de su tiempo en las alturas ensayando nuevos volantines hasta que llegó un momento en que fue incapaz de bajar a tierra y llegó a cortar la soga que le permitía descender. Cuando llegaron los bomberos con su escalera mecánica, el trapecista, incapaz de soportar la vida en tierra, se lanzó al vacío y tras una parábola perfecta en el aire, se estampó contra la pista.

Muchas veces nos comportamos en la vida como ese trapecista. Enfrascados en lo que tiene que ver con nuestras desazones personales, ignoramos por completo lo que ocurre a nuestro alrededor. Distraídos con la compra del último cachivache inútil, con la clasificación de nuestro equipo de fútbol o entretenidos con las peripecias del programa basura del momento, rehusamos ser conscientes del sufrimiento de las personas que comparten nuestro mundo. Construimos una barrera infranqueable con lo que sucede a nuestro alrededor, porque ese no es nuestro problema.

Entretanto, diferentes genocidios y desastres de variada especie asolan el planeta ante nuestra mirada desafecta. Doscientos mil saharauis viven refugiados en el desierto malviviendo de la ayuda internacional desde hace más de 45 años. Miles de rohingyas se hacinan en una isla tan llana que en cualquier momento puede ser devorada por el Océano Índico. Centenares de palestinos son asesinados en una lucha sin otro futuro previsto por sus enemigos sionistas que no sea su desaparición como pueblo. Un sinnúmero de mujeres son violadas en países de África y Asia ante la indiferencia generalizada. Numerosos niños son raptados y llevados a una muerte segura con un fusil en la mano. Millares

de migrantes son amontonados en insalubres campos de refugiados u obligados a volver a sus lugares de origen donde sólo les espera la desolación, la guerra o la muerte. Por no hablar de las cada vez mayores bolsas de pobreza al lado nuestro, en los llamados con infame eufemismo "países desarrollados".

Sin embargo, el trágico error es que esos sí son nuestros problemas a pesar de nuestra pasividad indiferente. No somos inmunes a nada; viajamos todas en ese mismo barco y el tsunami puede llegar hasta nosotras en cualquier momento.

Y es que, como en el famoso poema alemán de los años 30 contra la indiferencia:

"Primero vinieron a buscar a los comunistas y no dije nada porque yo no era comunista.

Luego vinieron a por los judíos y no dije nada porque yo no era judío.

Luego vinieron a por los sindicalistas y no dije nada porque yo no era sindicalista.

Luego vinieron a por los intelectuales pero como yo no era intelectual tampoco me importó.

Después vinieron a por mí, pero para entonces ya no quedaba nadie que hablara por mí."

Tal parece que ignoremos que todas nos columpiamos en el mismo trapecio y en cualquier momento podemos caer.

Tren

Desde que mediado el siglo XIX, los primeros raíles y las primeras traviesas comenzaron a dibujar caminos de hierro a través de los campos de una España entonces no tan vaciada, el tren se instaló en la cotidianeidad de los paisajes y los paisanajes con total naturalidad. Fue uno de los pocos elementos –si no el único- que, procedente de la inicial industrialización, se integró con normalidad y desde el primer momento en la vida de las gentes.

Casi todos los pueblos tenían su estación que constituía uno de los centros de socialización más señalados. Allí se iba a esperar a los que venían o a despedir a los que se iban, a recoger el correo, a vender o a comprar. En los cruces de líneas más importantes, la estación estaba situada en el centro con un andén a cada lado y una fonda en medio donde se podían degustar potajes de legumbres o bocadillos regados con chatos de vino o cañas de cerveza, y con tranquilidad, porque entonces los trenes hacían “parada y fonda” y las esperas podían llegar fácilmente a la media hora.

No importaba, nadie parecía tener prisa, los trenes llegaban cuando llegaban y partían cuando partían. Eso sí, además de los “correos” que paraban en todas las estaciones para repartir la correspondencia, estaban los “expresos” de largo recorrido que a veces alcanzaban terroríficas velocidades de 80Km/hora y sólo paraban en las estaciones más importantes. Sus vagones estaban divididos en departamentos en los que las personas que los ocupaban durante el largo trayecto (Barcelona – Coruña: 24 horas) hacían vida social y compartían comida y experiencias.

Todo eso, hace tiempo que acabó y ahora nos ha invadido la “alta velocidad”, trenes bala que cruzan como una exhalación ante la perplejidad de los paisanos. 300Km/h que no llevan a ninguna parte y sólo unen ciudades importantes. A las pequeñas ciudades

y a los pueblos... que les den. Esa función fundamental del ferrocarril que era vertebrar territorios y comunicar diferentes núcleos demográficos se ha acabado porque, al parecer, no es rentable. Claro, no es rentable en términos estrictamente económicos que es la única rentabilidad que conocen nuestros políticos de los diferentes partidos que durante el último medio siglo se han dedicado con un denuedo digno de mejor causa, a desmontar toda la red ferroviaria que no fuera el AVE. Un AVE que, además, sólo es negocio para las grandes concesionarias durante su construcción, porque su explotación comercial, ya es otro cantar y las pérdidas se acumulan imparablemente. Da igual: el negocio ya está hecho mientras las construían (un millón de euros el Km.) y las correspondientes comisiones y mordidas, ya han sido cobradas puntualmente. La rentabilidad social del tren convencional parece que no les importa en absoluto.

Una tras otra se van desmantelando y suprimiendo líneas alejando baja rentabilidad, ignorando (a sabiendas) que un servicio público no tiene por qué ser rentable desde el punto de vista económico, puesto que ya lo sufragamos suficientemente con nuestros impuestos y dando adecuado servicio a los usuarios. Y todo ello mientras otras partidas prescindibles, como el desmesurado e injustificado gasto militar, va aumentando año tras año.

Numerosos testimonios literarios y cinematográficos han dado cuenta de la presencia y la importancia del ferrocarril en la vida de las personas. Desde hace no tantos años, cuando los viajeros debían cerrar las ventanillas para evitar que entrara la carbonilla procedente de la locomotora de vapor hasta ahora mismo cuando prácticamente toda la red ferroviaria está electrificada, el tren convencional ha demostrado ser el transporte público más eficiente, barato y ecológico. Recuperarlo en su auténtica dimensión social, no sólo debería ser una obligación ética ineludible sino una necesidad prioritaria tanto desde el punto de vista de la sostenibilidad, como desde el punto de vista relacional humano.

Ninguno de los gobiernos que hemos sufrido durante casi 50 años de supuesta democracia ha sabido ni querido verlo así. Afortunadamente, cada vez más personas están tomando conciencia

del problema y optan por salir a la calle a demandar la vuelta del tren como columna vertebral de nuestras comunicaciones para todos los territorios y no sólo como instrumento de negocio para unir las grandes ciudades.

Esperemos que no sea demasiado tarde.

Va, pensiero, sull'ali dorate

*iVuela, pensamiento, con alas doradas,
póstate en las praderas y en las cimas...*

Solera, Verdi - *Nabucco*

Los recuerdos del pasado que guarda nuestra memoria son sólo una historia, en buena parte ficticia, que nos contamos a nosotros mismos, mientras chapoteamos día tras día a través de la inabarcable ciénaga de la estupidez propia y ajena, comprobando a cada momento que para una persona que busca a tientas la lucidez, cualquier conocimiento sólo conduce a una mayor ignorancia.

Kalos kagathos decían los antiguos griegos: la belleza y el bien caminan indisolublemente unidos, pero ¿qué hacer cuando la belleza y el bien andan extraviados y un mal sin ningún tipo de belleza invade el mundo que conocemos? Por poner ejemplos: ¿acaso el racismo es algo ocasional o más bien es estructural, como un cáncer que en mayor o menor medida todos llevamos dentro? ¿qué bien o qué belleza encontramos en el hecho de poner en las manos de un niño un fusil? ¿qué bien o qué belleza encontramos en las interminables colas a la puerta de los bancos de alimentos o los comedores sociales? Podríamos seguir poniendo ejemplos interminablemente... ¿En qué recodo del laberinto hemos extraviado bellas palabras, bellas prácticas, como solidaridad y apoyo mutuo para sustituirlas por la pestilente caridad cristiana, una caridad que sólo sirve para apuntalar las ruinas que sostienen el tinglado de la antigua farsa y así evitar que se derrumben sobre las cabezas de los que nos han convertido en esclavos satisfechos de nuestra condición? Deambulamos perdi-

dos en un entorno de pequeños caos desperdigados a nuestro alrededor que nos sumen en una permanente perplejidad apática y escasamente empática.

Entretanto, huyen las horas escapando de la tormenta de los días mientras descansan en un lecho demasiado ancho para su melancolía. Y es que la belleza y la verdad son pasajeras pero la mierda es eterna. A través de unas pantallas sobresaturadas, nos asaltan a diario imágenes que hacen que nos avergongemos de pertenecer a la especie humana. Muy de tarde en tarde, alguna muestra aislada de actos generosos que hacen que nos reconciliemos con nuestros semejantes. Poco más. Sin embargo, en un contexto tal que así, no existe la inocencia. En mayor o menor medida todos somos responsables.

Ahora mismo, en ese territorio incierto al que llaman España, un Gobierno de coalición y autocalificado *de progreso*, al parecer se preocupa por el pasado y quiere promulgar una Ley de "Memoria Histórica Democrática" que es de prever que sea tan inútil como la anterior. $40+40 = 80$ años tirados al sumidero de la Historia, cada cual puede recordar lo que le interese, que los muertos entierren a sus muertos y aquí no ha pasado nada que no sea tiempo. Otra ocurrencia aciaga.

Ya digo, poco más. Humo en la niebla. Entretanto, algunos siguen esperando a Godot.

Vidas ejemplares: comisario Villarejo

Recientemente ha sido abierta una nueva causa a su nombre y aún le quedan unas cuantas. Villarejo (sinónimo de aldehuela) ha sido –y muy probablemente aún lo sea– un personaje clave y paradigmático dentro de la abigarrada fauna de depredadores que ha pululado durante 40 años y sigue pululando, a todo lo largo y ancho de esa España de nuestras transiciones – traiciones y nuestros Gobiernos de bipartidismos rampantes y turnantes en sus lenocinios.

Parafraseando a Groucho, diríamos que Villarejo fue capaz de ascender desde la inanidad y la sordidez de una comisaría hasta las más altas cimas de la miseria de una corrupción institucionalizada y sistemática.

Su caso no es la excepción sino la regla general; multitud de compañeros suyos han sido pillados haciendo lo mismo, sin embargo él ha demostrado ser el más listo de todos y su único problema ha sido pasarse de frenada confiado en su evidente y sempiterna impunidad. De cualquier manera, su trayectoria es ejemplar porque puede servir de ejemplo para todas aquellas personas que quieran medrar desde los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado (vulgo: pasma o bofia) y hacerse con un capitalito en algún paraíso. La trayectoria profesional de Villarejo debería ser estudiada como asignatura troncal en las academias de policía.

En cualquier caso, su hábitat natural han sido las cloacas y es por ellas por donde fluye toda la mierda que los distintos estamentos del poder y la sociedad en general producen. A partir de ahí, tan sólo se trata de saber utilizar convenientemente (cámaras de botón, micros ultrasensibles, ordenadores hackeados...) todo

el arsenal tecnológico a su disposición. Y lo que resulta evidente es que el ex comisario ha sabido moverse entre la mierda como nadie. El ingente volumen de información comprometida y comprometedora que ha ido acumulando durante sus muchos años de hozar en las alcantarillas y dosificar el destape – “hoy filtro esto, aquello me lo guardo para mejor ocasión” – le va a permitir navegar por los procelosos mares judiciales contando con la connivencia de unos jueces venales, proclives a mostrarse comprensivos con unos asuntos suficientemente turbios como para que puedan salpicar territorios y personas que, según ellos, deberían estar más allá del bien y del mal.

Por otra parte, en el currículum de tres páginas en el que detalla su trayectoria en el Cuerpo Nacional de Policía, aparte de las numerosas operaciones en las que intervino durante 30 años de abnegado servicio y los consiguientes reconocimientos a su trabajo, hace constar su formación académica: miente. Dice estar en posesión de dos licenciaturas universitarias y de un doctorado. En realidad, según un portavoz de la Universidad Complutense, posee una licenciatura en Derecho, obtenida siendo ya policía, y un inicio de Doctorado que nunca acabó. En Valladolid obtuvo el título de Estudios Policiales, lo que en otras universidades se conoce como Criminología. El resto de su currículum académico es pura imaginación.

En 1992, año de grandes cosechas y eventos, se inauguró en Madrid una sociedad que bajo el nombre de Stuart & Mckencie Spain SL, tuvo como primer administrador único a José Manuel Villarejo y según consta se dedicaba a: “intermediación en la prestación de servicios jurídicos y legales de asesoramiento y gestión en materia legal, contable, tributario y financiero, de relaciones sociales, laborales, administrativos y urbanísticos” ; un amplísimo campo de actividades que podríamos resumir en meter la cuchara en cualquier cosa que diera dinero.

Ahora, Stuart & Mckencie Spain SL, es una de las empresas investigadas en el marco del *caso Tándem* por facturar servicios a clientes valiéndose presuntamente de información a la que tenía acceso por su condición de funcionario de policía.

En 1993 José Manuel Villarejo acabó la excedencia que había iniciado en 1983 y se reincorporó como agente encubierto adscrito a la Secretaría de Estado de Interior. Con todo, se mantuvo como administrador único de dicha sociedad hasta el 18 de septiembre de 1996, según la información del Registro Mercantil.

Al fin había encontrado su lugar en el mundo. Bajo el paraguas de "agente encubierto" podía llevar a cabo todos los trapicheos y espionajes para sus clientes con total impunidad y, eso sí, todo convenientemente grabado por lo que pudiera pasar. Sin embargo, al final, era todo tan descarado que sus superiores no tuvieron más remedio que levantar las alfombras y hacer ver que lo habían píllado con el carrito del helado para que sus trapicheos no salpicaran más altas y sensibles instancias.

En el momento en que escribo esto, Villarejo está en la cárcel de Estremera (Madrid) desde el 5 de noviembre de 2017, días después de su detención por la posible comisión de delitos de blanqueo de capitales, organización criminal y cohecho. El juez Diego de Egea rechazó el pasado 4 de octubre por última vez la excarcelación de Villarejo, al seguir apreciando que sigue existiendo riesgo de fuga por la gravedad de los delitos que se le imputan y la elevada pena de prisión a la que podría enfrentarse en el futuro. El instructor también considera que podría obstruir nuevas líneas de investigación que se pongan en marcha con la información que arrojen las comisiones rogatorias cursadas a siete países.

Aún le queda un largo trayecto judicial por recorrer, porque como chivo expiatorio no tiene precio. Si la información que aún guarda no lo remedia, pagará por las culpas de toda la tribu de corruptos y ladrones y su cabeza de turco quedará expuesta a la vergüenza pública, mientras otros como él aprovechan para seguir su inestimable y necesaria labor porque la sombra de Estado es muy alargada y las cloacas deben seguir funcionando a pleno rendimiento para evitar que la mierda se desborde y acabe afectando a quien no debe.

José Manuel Villarejo, dechado de virtudes policiales, ique otros compañeros sigan tu camino y acaben donde tú!

“Viva la comunicación, abajo la telecomunicación”

En el lejano año precibernético de 1968, en Paris, pintadas como las del titular, escritas en las paredes del Odeon, ya anuncian lo que se nos venía encima. Lo que hoy nos resulta un elemento básico constitutivo de lo cotidiano, hace tan sólo treinta años, resultaba inimaginable excepto para las mentes más intuitivas. En cualquier caso, hoy no podríamos concebir el mundo en el que vivimos sin contar con los muchos y diversos artefactos mediadores y condicionantes de lo que hay, que pululan en los abigarrados canales de la comunicación. Equipos y programas de una variedad y complejidad apabullantes, transitan por nuestras vidas con tal fuerza y eficacia que no sólo ayudan en el intercambio de información sino que han venido para sustituir en gran medida, los canales tradicionales como la conversación cara a cara o la escritura en papel.

Por otra parte, sería de una candidez imperdonable conjeturar que este cambio de paradigma comunicativo es un simple producto del desarrollo tecnológico y el progreso. Todo el proceso de cambios producidos en la sociedad cibernética y “cibernetizada” tiene profundas implicaciones económicas y en los vastos y ominosos territorios de Mercado, nada ni nadie es inocente ni casual. Ahora mismo estamos viviendo un tenebroso y espeluznante ejemplo de ello: los trasvases de capitales viajan sin problemas, sin fronteras ni pasaporte, gracias a una serie de sofisticados programas informáticos, a través de una tupida red de paraísos fiscales mientras al mismo tiempo, centenares de personas están naufragando y en muchos casos pereciendo ahoga-

das en el "Mare Nostrum" -qué ironía- o retenidas en siniestros campos de concentración porque ningún Estado de la democrática y cibernética Europa les acoge, al tiempo que las empresas transnacionales siguen provocando su éxodo y esquilmando sus territorios de origen con su rapiña neocolonialista. Eso sí, los que tienen la suerte de ser rescatados de las aguas pueden, gracias a la tecnología y a su esquilmando coltán, hablar vía satélite con sus familiares...

Si los griegos clásicos hubieran intuido para lo que íbamos a utilizar el prefijo "tele-" posiblemente lo hubieran desterrado de su vocabulario. Tal parece que la comunicación directa resulte obscena. El mensaje ha de llegar convenientemente mediatizado por algún soporte. En nuestros aciagos días se dan casos de personas sentadas a una misma mesa, incapaces de mirarse a los ojos y hablándose por *guasap* mientras sus dedos se deslizan a gran velocidad por las teclas de su *esmartfon*. En los servicios de psiquiatría de los hospitales, cada vez entran más casos de *yonquis* de las pantallas producto de un contexto social, en el que estamos de manera absorbente, colonizados por la tecnología. Y iojo! eso lo digo mientras contemplo ensimismado la pantalla de un ordenador ¡Yo soy yo y mis contradicciones...!

Alfred Jarry, en su "*Hechos y dichos del Dr. Faustroll, Patafísico*" decía de la Patafísica que va más allá de lo que creemos saber: "la patafísica es a la metafísica como la metafísica es a la física", también conjeturaba que suponía un avance desde el vacío hacia la periferia; su personaje Ubú "diserta sobre todas las cosas, con ganas y de manera absurda". Cortázar por su parte, proponía como vacuna al excesivo utilitarismo de la vida moderna, hacerle un nudo a un cabello, tirarlo por el desagüe del lavabo y dedicar los años siguientes a buscarlo. Jarry, Edward Leary, Lewis Carroll, Gómez de la Serna, Tzara, Kafka, Pèret, Vian, Cortázar, Beckett y muchos más, manifiestan de manera diversa pero complementaria su radical estupefacción frente a las dificultades que presenta el proceso comunicativo en la sociedad contemporánea. A pesar de -o debido a- los avances tecnológicos para facilitar el acceso a la información y el intercambio de todo tipo de mensajes, cada

vez resulta más complicado y confuso el acceso a una información clara y sin intermediarios que la mediaticen y manipulen. En lo que los situacionistas denominan sociedad del espectáculo, los mensajes circulan a través de canales en gran parte accesibles pero cuyos códigos cada vez nos son más ajenos porque cada vez vivimos más ignorantes de las leyes que rigen la comunicación de contenidos en el seno de esa sociedad espectacular progresivamente vacía para nosotras de significado. Por mucho que poseas venturosamente un *esmartfon* de última generación y pases tus días *guasapeando* con fruición.

Es vagamente coherente que, frente al radical abismo de injusticias, necesidad e infamia, frente al despotismo iletrado que define a nuestras sociedades, frente a tantas impotencias cotidianas, el aparente absurdo patafísico, el dadaísmo reinventado, sea la respuesta más lúcida y más revolucionaria para que, más allá de cualquier *bibelot* tecnológico, aquellas que quieran pensar, piensen.

Alfred Jarry comienza su tragedia cómica "Ubú Roi" con una primera línea esclarecedora:

"-Mierdra" (sic).

Pues eso, poco más que decir.

Yo zoi ejpañó, ejpañó, ejpañó...

*"Sin ciudad, sin casa, sin patria,
Un mendigo, un vagabundo
Con pan para un solo día."*

Diógenes Laercio

Obien, "Jo soc català, català, català..." lo mismo da, que da lo mismo. Desde los lejanos tiempos helenísticos de Antístenes y Diógenes en los que los filósofos cínicos observaron que el mundo es un pañuelo y se declararon ciudadanos del cosmos, el patriotismo ha venido siendo de manera consecuente para muchas personas, una pasión de idiotas que sólo acarrea violencia, dolor y frustración.

Teniendo esto en cuenta, si además, por avatares de los tiempos históricos y de la insoslayable estupidez humana, dos patriatismos colisionan, entonces: los conflictos, las limpiezas étnicas, las masacres, las guerras, los campamentos de refugiados...

En ese territorio al que suelen llamar España, desde hace algún tiempo se han venido dando los enfrentamientos entre el Estado central y algunas de sus periferias. Primero fue en Euskadi, con su fracasado intento de guerrilla etarra y después, desde hace una década se viene desencadenando en Catalunya ante la insensatez y los despropósitos de todos los políticos implicados en uno y otro bando.

Desde los medios de manipulación informativa del sistema, se clama sin piedad contra los independentistas. Pues bien, más allá del derecho inalienable a decidir su futuro y teniendo en cuenta que los patriotas catalanes se encuentran lejos de buscar nuevas formas de organización social no estatal, como están intentando

ahora mismo los kurdos, no seré yo quien defienda la lucha contra un Estado para acabar creando otro Estado similar, pero desde todos los medios y de manera obviamente interesada, se está soslayando el hecho de que el verdadero problema de fondo no es otro patriotismo que el español, verdadero objeto de deseo y disputa de todos los políticos españoles, que así pretenden rentabilizar en votos su pasión patriótica.

Abascal, Casado, Rivera y por supuesto Sánchez, pero también Iglesias y Errejón, proclaman en cualquier ocasión y a los cuatro vientos, su imperecedera españolidad, sobre todo en tiempos de elecciones, que últimamente son casi todos. El patriotismo más desaforado y casposo parece que vuelve a crecer con fuerza nueva en los páramos de España, vuelve a estar de moda, quizás porque nunca ha dejado de estarlo. Y así, el nacimiento de cualquier persona en un determinado contexto histórico y geográfico, que por razones obvias es un hecho puramente aleatorio, se convierte en motivo de injustificado orgullo, cuando, de manera evidente, no se ha hecho nada personal al respecto.

Por otra parte, lo que algunos llaman el franquismo sociológico, esa España de José Antonio Primo de Ribera, *"portadora de valores eternos y unidad de destino en lo universal"*, junto con el lastre secular de un nacional catolicismo de sotanas pardas y pecados omnipresentes, siempre han estado ahí. Siempre han permanecido junto a nosotras no sólo durante los 40 años de franquismo sino también durante esos 40 años de eufemismo trámposo que ellos llamaron Transición y calificaron de ejemplar, cuando no era sino un sórdido viaje de ninguna parte a ningún lugar, un viaje – en palabras de Groucho - de la nada a la más absoluta miseria, para acabar donde solíamos, donde nos querían ver para que todo permaneciera *atado y bien atado*. Para ello se hacía necesario cargar con todo un aparato simbólico - banderas, himnos, efemérides, desfiles militares, eventos deportivos - que convenientemente ritualizado y manipulado, se convirtiera en un mecanismo de sumisión a lo establecido de incuestionable eficacia.

Lamentablemente, el patriotismo no es una epidemia endémica española, el ominoso fantasma patriotero se esconde tras el ascenso, a lo largo y ancho de todas las tierras de la vieja Europa, de los partidos más *nazionalistas*, que tradicionalmente se han situado en la derecha más extrema; quizás la novedad sea que últimamente los miembros de otros partidos pertenecientes a unas supuestas izquierdas que siempre habían proclamado su internacionalismo, les han comprado su discurso rancio y se aprestan con fruición a ser más devotos de la patria que nadie, conscientes del tirón electoral que posee el recurrir a enaltecer la tierra sagrada donde les han nacido.

Si a todo ello le unimos la estupidez inherente a todo grupo social convenientemente manejado y aleccionado, entonces, ya la hemos *liao*, entonces los tópicos, las simplificaciones, la identificación simbólica acrítica, la xenofobia y el “yo zoy ejpañó, ejpañó, ejpañó...”

Ya lo decía Brassens, cuando dedicaba su “*balada de las personas que nacen en alguna parte*”: “*a los imbéciles orgullosos de haber nacido en algún lugar*”.



